

Mirame, mamá



ANA BELÉN MARTÍNEZ

Resumen

Empecé a trabajar hace seis meses en la editorial New York Pages, en Seattle, la ciudad esmeralda, como ayudante de uno de sus editores: el señor Harris, pensando que tendría un gran futuro en esa empresa. Estar todos los días rodeada de miles de libros maravillosos, era mi sueño más anhelado. No obstante, la realidad muchas veces se impone a los sueños y algo que creía podía ser maravilloso, se volvió deprimente y aburrido.

Odiaba mi trabajo. Me pasaba el día atendiendo el teléfono y haciendo recados personales para el señor Harris.

Y, por si fuera poco, no tenía acceso a poder disfrutar o trabajar con futuras promesas editoriales ya que mi editor no confiaba en mi capacidad y eso que tengo un Master en Filosofía, Filología y Humanidades.

Según Alex, mi amigo gay, un cerebro privilegiado, pero nada aprovechado.

Tenía que tomar una decisión: Conformarme y ser una infeliz o...

Capítulo 1

No es el mejor día para llegar tarde, pensé mientras buscaba desesperada entre montañas de ropa.

—¡Alex! ¿Se puede saber dónde has puesto, esta vez, mi sujetador negro?

Escuché como mi compañero de piso se reía con disimulo cerca de mi habitación.

—¡Vamos Alex, que llego tarde! —gruñí desesperada.

Se apoyó en el marco de mi habitación mientras me miraba con arrogancia.

—Mira bonita, esa cosa es tan fea que daña la vista. No sé por qué narices lo usas. Sin embargo y para que veas que soy tu más querido amigo, te diré que lo dejaste ayer colgado en la mampara de la ducha. —Me miró con expresión divertida mientras yo volaba hacia el baño—. ¿Y ya que estamos, por qué tienes tanta prisa? No es que tu trabajo sea precisamente interesante. La verdad es que no sé ni siquiera porqué te molestas en trabajar—se rió ya sin disimulo moviendo sus manos con petulancia.

—¿Hoy estás gracioso eh? —puse los ojos en blanco mientras acababa de vestirme a toda prisa y le saqué la lengua—. Tenemos una reunión dentro de una hora con el señor Thorn.

Hoy por fin, iba a conocer al dueño de la editorial, Jake Thorn. Esperaba que pudiera darme algo de tiempo para intentar hablar sobre mi futuro en su empresa. Mi contrato especificaba que se me contrataba como ayudante de editor y que una vez asumido todos los roles de la empresa y confirmado que era capaz de realizar mi trabajo con efectividad, se me recomendaría para ascender a editora.

Después de seis meses seguía como al principio, haciendo recados para el señor Harris: Recogiendo su ropa de la tintorería, cuidando de sus hijos,

llenándole la nevera de comida y miles de tareas que se le ocurrían cada día.

Decididamente la peor hasta la fecha había sido cuidar a su perro Bonifacio. Era horrible y no sólo por su nombre.

Me encantan los perros, siempre los he amado con locura, pero este en concreto me inspiraba muchas veces ganas de ahogarlo. Era un animal repelente y arisco que cada vez que me veía disfrutaba gruñéndome durante un buen rato y después se distraía mordisqueándome los zapatos. Ya no recordaba cuantos pares había tenido que tirar a la basura por su culpa. Cuando le ponía la comida se paseaba alrededor observándola altivo y si no le gustaba, - normalmente lo hacía cuando era pienso-, golpeaba la cazuela con la pata y la esparcía por toda la cocina.

Estaba tan grueso y era tan vago que cada vez que intentaba sacarlo a pasear tenía que arrastrarlo mientras él no paraba de lloriquear, lo que conllevaba que los transeúntes con los que nos cruzábamos me miraran con mala cara. Al final Bonifacio conseguía lo que quería, que lo cogiera en brazos y continuara con el paseo mientras yo me lamentaba, pues sabía que mi espalda se resentiría de nuevo ese día. Juro que en alguna ocasión me pareció entrever una sonrisa en su mirada. Supongo que serían imaginaciones mías.

Mi situación era ya insostenible. Alex se burlaba de mí diciendo que eso me pasaba porque era incapaz de decir que no a nadie. Esa palabra no existía en mi vocabulario. No obstante, eso iba a cambiar hoy mismo. Me había prometido aprovechar la llegada del señor Thorn para solicitar, se atuvieran a lo que se había pactado o bien me tendría que ir. Probablemente este sería mi último día en el New York Pages. Sin embargo, estaba decidida y no pensaba cambiar de opinión.

A mis 22 años, estoy mejor preparada que muchos profesionales de mi ramo, gracias a mí cociente intelectual y mis ansias por aprender de todo, una fuerza que me empuja continuamente a encerrarme en mí misma en mi mundo particular y olvidarme del mundo real. Gracias a Dios tengo al mejor amigo del mundo, que evita me evada totalmente y como él dice, me pierda para siempre.

Alex es un amor de hombre, guapo hasta rabiarse, con unos ojos azules, que parecen de otro mundo, simpático, cariñoso y sobre todo muy chistoso,

cualidad que muchas veces me saca de quicio.

Lo conocí hace unos meses, en una cafetería de Seattle. Por entonces, me encontraba sentada en una pequeña mesa tomando un té de menta y mirando a través de una pequeña ventana, ensimismada en ningún punto en particular. Intentaba descifrar que hacer con mi vida y acabé por sentir lástima de mí misma por lo sola y vacía que creía que estaba. Era tan tímida y con tan pocas habilidades sociales, que aún no había hecho ningún amigo después de tres meses y ya se preveía que mi trabajo no iba a ser tal y como había imaginado tantas veces.

Soy huérfana desde que tengo memoria. Viví con mi abuelo, hasta que falleció hace tres años. No era una persona amable ni empática y mucho menos profunda ni cariñosa; aun así, procuró que todas mis necesidades estuvieran cubiertas.

Por ese motivo, mi apego emocional hacia otro ser humano había sido prácticamente nulo, hasta que tuve la suerte de conocerlo a él. Se apiadó de la chica analítica, seria e introvertida y poco a poco me fue abriendo a este mundo tan maravilloso e imperfecto.

Yo creo que le di tanta pena, que se ofreció a dejarme vivir con él, argumentando que necesitaba pagar a medias los gastos de la casa porque iba muy justo. Es fotógrafo artístico y la verdad, que de los buenos. Tiene mucho talento y eso le permite escoger sus propios trabajos y viajar a menudo.

Después de un tiempo, pude comprobar que vive holgadamente y no tenía ninguna necesidad de acogerme; sin embargo, jamás ha hecho mención a este hecho y yo lo agradezco.

De forma lenta y progresiva, empecé a crear lazos de amistad y cariño hacia él y otras pocas personas.

Vivimos en una casa que heredó de sus padres, con tres habitaciones, dos cuartos de baño, comedor y cocina. Aunque lo mejor es la terracita. Pequeña y acogedora y con unas vistas increíbles, donde hemos pasado siempre los mejores y peores momentos. Nos encanta llegar por la tarde para comentar como nos ha ido el día mientras vemos el atardecer sentados en ese espacio tan especial. No necesitamos nada más.

Soy una persona muy estable económicamente, por las muchas inversiones que he ido haciendo desde muy temprana edad, así que, como bien dice Alex,

no tengo ninguna necesidad de trabajar; pero me encanta estar rodeada de libros. Creo que no podría vivir sin ellos. El olor, el tacto, su belleza visual, miles de historias maravillosas y personajes inolvidables. Me apasiona la lectura, la vivo y es parte de mí. Sin embargo, lo que más me emociona, es poder conocer y trabajar con los genios que crean estas maravillas y poder aportar un pedacito de mí en su obra, aunque sea una mínima parte. Ayudarles a que su trabajo pueda ser apreciado por otros.

—Entonces, a por todas flor, seguro que cuando el señor Thorn te conozca caerás rendida a sus pies —dijo riéndose perversamente... y nunca mejor dicho.

Cogí corriendo mi bolso y las llaves de casa, le di un beso, un abrazo y un pellizco y salí casi volando por las escaleras de la entrada. Menos mal que tengo a poca distancia el metro, que me deja en cuestión de minutos prácticamente en la puerta de la editorial.

Sabía que iba a llegar tarde por primera vez; aun así, no podía dejar de hacer una parada de rigor antes de incorporarme a mi trabajo.

—Buenos días señor Peterson. ¿Cómo se encuentra hoy? —pregunté al guardia de seguridad apostado en la entrada de la editorial.

—Buenos días señorita Baker. Me encuentro mucho mejor. El remedio que me dio a base de plátano verde es perfecto para mi úlcera tal y como recomendó. Marián le manda recuerdos y me ha pedido, le haga llegar una bolsa de galletas de chocolate que están de rechupete. Luego pásese por la oficina y se las entregará.

—¡Qué bien! ¡Luego me acerco! ¡Gracias! — le contesté amablemente.

Los Peterson, eran de las pocas que personas que al igual que Alex, me mantenían con los pies en la tierra. Me habían acogido como si fuera de su propia familia. Eran una pareja muy cariñosa. El señor Peterson decía que no habían tenido hijos porque no quería compartir a su mujer con nadie. Lo decía con tanto fervor que tenía que aguantarme la risa. Marián siempre me mandaba a través de su marido montañas de dulces. Me avergonzaba reconocer que no me gustaban los dulces, así que aceptaba todo lo que traían simulando que los adoraba. Menos mal que Alex se lo comía todo, aunque siempre me decía que algún día tendría que compensarle por tamaño sacrificio. Por supuesto, el día que no le llevaba nada, me miraba como si fuera un perrito abandonado.

—Que pase un buen día señorita Baker.

—Igualmente señor Peterson. —Me despedí y luego entré en la editorial con paso firme.

Me encantaban estos pequeños momentos de conversación con el señor Peterson. Hacían que entrara con optimismo cada día en la editorial aún a pesar de lo que me esperaba durante las siguientes horas.

Así pues, con una semi sonrisa reflejada en mi rostro, me dirigía hacia el ascensor comprobando en mi teléfono la agenda del señor Harris para ese día, cuando choqué contra una chica que iba igual de despistada que yo. El impacto hizo que ambas saliéramos despedidas hacia atrás, cayendo irremediamente al suelo.

Ella tuvo suerte de caer sentada, pero yo, debido a la poca sincronización que tengo —la verdad es que soy bastante torpe— y la fuerza del impacto, acabé golpeándome la cabeza contra el suelo.

Fue como cuando miramos una escena de dibujos animados: creí ver pajaritos volando alrededor de mi cabeza y en cuestión de pocos segundos, me quedé sin respiración y el tiempo pareció congelarse: la aparición más asombrosa que había visto nunca, estaba casi pegada a mi nariz.

—¿Cómo dices nena? —dijo la aparición con voz profunda y grave retirándome con suavidad el pelo de la cara.

—Creo que eres tan bello que me he quedado sin respiración. ¿Me he muerto? Sí, eso debe ser. No es posible que exista alguien con unos rasgos tan perfectos ni tan fascinantes —repetí casi para mí misma y me sonrojé de forma violenta mientras intentaba incorporarme.

—Jake, creo que esta chica se ha golpeado muy fuerte en la cabeza y no sabe lo que dice —entonó la chica rubia sonriendo a su lado. Era muy guapa, con una piel casi tan perfecta como la porcelana y unos ojos traviosos y preciosos de color gris verdoso.

Yo la miraba con irritación, pues me quitaba la vista de aquel espécimen tan fantástico.

—Emma ya la has oído. Aparta que no puede verme. —más risas se oyeron a mi alrededor. El choque había sido tan aparatoso que ya estábamos rodeados por varias personas.

Es curioso el recuerdo que tengo de entonces, pero creí que, aunque parecía que el tal Jake había hecho una broma, realmente decía en serio que se apartara.

Palpó todo mi cuerpo en busca de posibles heridas. Yo lo miraba con adoración mientras le aseguraba que me iba a quedar con él. Era tan guapo que quería llorar de la emoción. Volvió a fijar su vista en mis ojos y me ayudó a incorporarme un poco hasta quedar sentada.

—Nena ¿Estás bien? ¿Sabes cómo te llamas? —y tal cual acabó de preguntar me desmayé.

Con el pasar del tiempo, supusimos que el motivo fue el golpe, aunque la realidad es que, fue tal la sorpresa de verlo la primera vez, que mi cerebro colapsó, porque cuando desperté, no recordé nada de lo que había pasado hasta un buen rato después.

Abrí los ojos poco a poco, y por segunda vez tenía casi pegado a mi nariz a un hombre muy atractivo, aunque no tanto como el otro, mirándome intensamente. Rubio, con ojos azules y mirada clara y confiable. Por un momento me recordó a Alex. Sonreía de forma traviesa como si tramara algo. Lo miré atentamente en busca de respuestas, pero su expresión pasó a ser hermética.

Me encontraba estirada en un sofá muy cómodo, de color oscuro, parecía, en un despacho decorado con muy buen gusto y muy masculino. Amplio y con grandes ventanales, ofrecía unas vistas fantásticas al lago Washington. Se notaba además que era un espacio muy utilizado, por la cantidad de documentos y libros esparcidos por toda la habitación que, aunque pudiera parecer desordenado no lo estaba. Era un espacio acogedor y tranquilo.

—Gracias por lo de atractivo, aunque creo que te equivocas. Mírame bien; soy más guapo que Jake, —dijo todo convencido y con una sonrisa torcida. — Lucas Andrew a tu servicio flor.

Soy una bocazas. Muchas veces no me doy cuenta y pienso en voz alta, según Alex una cualidad que me hace única, pero otras veces me dejó en ridículo a mí misma.

—¿Qué os pasa a los hombres? ¿Tengo cara de planta o qué? —le dije enfurruñada.

En ese momento recordé que la mayoría de las veces no entiendo las reacciones de las personas, mientras observaba a aquel hombre riéndose a carcajadas sin saber el motivo de tal derroche expresivo.

—Joder, eres un diamante en bruto —me soltó de repente—. Creo que me voy a quedar contigo.

—Apártate de ella —oí como gruñía alguien detrás. Mi primer instinto fue salir corriendo y más cuando giré mi cabeza y lo vi.

Increíble era poco. Estaba atónita ante aquella masculinidad que tenía delante. Él también me miraba de forma penetrante, como si pudiera entrar en mi cuerpo para llegar hasta el fondo de mi alma. Una mirada profunda y posesiva.

Era muy alto, de aproximadamente metro noventa, y cabello oscuro, completamente negro, que parecía tan suave como la seda. Era el sueño de cualquier mujer, vestido con un traje elegante de tres piezas, una corbata que combinaba con unos ojos increíblemente verdes e inteligentes, una boca firmemente delineada y una nariz afilada.

Oía los latidos de mi corazón a gran velocidad, golpeando furiosos mi esternón y me empecé a marear de nuevo. El miedo a estos sentimientos desconocidos arraigó en mi corazón, me levanté y empecé a hiperventilar. No era capaz de respirar. Estaba teniendo un ataque de pánico.

—Vete Lucas y dile a Emma que traslade la reunión a mañana —oí que le decía al otro hombre, y en cuestión de un par de segundos me encontré de nuevo en el sofá, en el regazo de este hombre, que me sostenía con su abrazo protector mientras me decía suavemente—: respira nena, vamos respira despacio cariño —y la puerta se cerraba tras de mí.

Sorprendentemente, empecé a relajarme poco a poco hasta estar totalmente en calma. Sus brazos eran enormes y me engullían entera. Aun así, me sentía reconfortada mientras me acariciaba la espalda con movimientos lentos y sensuales.

¡Y qué bien olía! Aspiré el aroma de su cuello con deleite, mientras le escuchaba reír con suavidad. ¡Ostras!, seguro que lo había dicho en voz alta otra vez.

Era inexplicable. Me sentía segura, protegida, cuidada y amada. Como si

hubiera llegado al fin a mi hogar. No tenía sentido. En mi mente racional era impensable tener estos sentimientos por una persona que ni siquiera conocía y que seguro podía pensar que estaba loca, por lo que empecé a ponerme nerviosa de nuevo.

“Tengo que irme, tengo que irme” —rezaba mi instinto protector.

—Mírame —me susurró al oído con voz profunda—. No voy a soltarte hasta que no lo hagas y hables conmigo. —Lo cual hizo que emitiera un pequeño gemido.

—Venga nena mírame —volvió a decirme con voz sensual, pero a la vez protectora.

Me incorporé poco a poco y alcé la mirada. Lo primero que vi fue una sonrisa preciosa. Decididamente, este hombre, es aún más guapo cuando sonrío pensó.

Creo que de nuevo había hablado en voz alta, porque amplió su sonrisa.

—¿Cómo te llamas?

—Elena, Elena Baker.

—Jake Thorn. Es un placer señorita Baker —se acercó para besarme y sus labios rozaron ligeramente mis mejillas, mientras masajeaba muy lentamente la zona afectada de mi cabeza. —¿Estás mejor? —preguntó con voz ronca.

—Sí, gracias. —Me hablaba de una forma tan íntima que sentí mi cara arder por la vergüenza.

—¿Te duele la cabeza?

—No ya no.., bueno sólo un poco. —En realidad ya no me dolía nada, pero no quería que parara nunca de tocarme. Mi cuerpo, inconscientemente, se acercaba cada vez más al suyo en busca de aquel contacto tan placentero. No era capaz de comprender lo que estaba sintiendo y aun así poco me importaba mientras no dejara de acariciarme.

—¿Recuerdas lo que te ha pasado?

—No. Sólo despertarme en este sofá —dije con voz temblorosa. Volví a mirar alrededor de la habitación en busca de respuestas. La realidad se impuso de nuevo en mi mente y empecé a ponerme nerviosa de nuevo. ¿Cómo

había acabado en ese sofá? ¿Y por qué estaba en los brazos de mi jefe? ¿Es que el mundo se había vuelto loco o qué?

—Ibas distraída y has chocado contra Emma. —No conocía a ninguna Emma y antes de que pudiera preguntarle quién era siguió—. Ella está bien, aunque casi me muero del susto cuando he visto que te golpeabas la cabeza al caer. Después te he traído aquí.

En ese preciso momento recuperé la memoria y recordé todo lo que había pasado y todas las estupideces que le había dicho allí tirada en el suelo. ¡Qué vergüenza! Me tapé la cara con las manos. Jamás iba a superar este bochorno. ¿Qué me había llevado a comportarme de forma tan estúpida? Decididamente no entendía que hacía aún ahí. Me extrañaba que el señor Thorn estuviera tan tranquilo y no me hubiera echado a patadas de su empresa.

Intenté incorporarme para huir, pero me tenía agarrada como un león a su presa y no parecía que tuviera intención de soltarme.

—No. —Alzó mi barbilla para mirarme con detenimiento.

—¿No qué? —pregunté con un hilillo de voz.

—No te voy a soltar Elena. Mírame, vamos nena.

Le devolví la mirada, suplicándole entonces que me soltara. Sus ojos eran tan hermosos, que pensé que en cualquier momento me iba a desmayar de la impresión. Por segunda vez en mi vida, me encontraba en una situación fuera de mi control. Mi cuerpo y mi mente estaban fascinados con este hombre que tenía tan cerca de mí.

—¿En serio estás bien? —continuó con el masaje en mi nuca.

—Sí...—tartamudeé.

—¿Quién eres? Nunca te había visto por aquí —susurró cada vez más bajo. ¡Madre mía, que me derrito!

—Yo.... —Ambos seguíamos manteniendo el contacto visual porque era imposible no hacerlo. Nuestros labios fueron acercándose hasta casi tocarse y nuestras respiraciones estaban cada vez más agitadas. Podía oír nuestros corazones latir con fuerza. Por un momento, creí que iba a besarme.

Muy al contrario, sentí como aflojaba su agarre y se separaba de mí e instintivamente jadeé ante la pérdida y me encogí.

“Joder”, escuché que murmuraba, me apretó contra su pecho y empezó a besarme hasta dejarme sin aliento. Su lengua acariciaba la mía a un ritmo lento pero intenso.

Era la primera vez que me besaban y no sabía qué hacer. A él no parecía importarle mientras asaltaba mi boca cada vez más voraz y salvaje. Me besaba como si no pudiera despegar sus labios de los míos, posesivo y necesitado. Sentía cada parte de su cuerpo y deseaba fundirme en él. Empezaba a arder, literalmente.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar paró, con la respiración aún acelerada y masculló con voz entrecortada:

—Nena, tenemos que hablar, pero ahora no es el momento. Te has dado un buen golpe y debes descansar. Quiero que vayas a casa y te relajes. Mañana tú y yo tendremos una conversación muy larga. —susurró de forma sensual. Se levantó conmigo en brazos y me fue soltando poco a poco, muy lentamente, como si le costara dejarme ir y sin dejar de darme pequeños besos en la comisura boca unas veces más profundos y otros más ligeros.

—Yo.... no puedo irme. Tenía una reunión... con el señor Thorn..., es decir..., contigo y tengo que exponer... —siguió dándome besos cortos como si no pudiera parar de hacerlo.

—Mañana hablaremos. Ahora vamos a llevarte a casa.

No dije nada porque la situación me sobrepasaba y necesitaba irme lo antes posible para intentar comprender qué era lo que estaba pasando.

Había llegado ese día para intentar renegociar mi puesto de trabajo y me encontraba entre los brazos del hombre más fascinante que había conocido en mi vida, que además resultaba ser mi jefe.

Me cogió de la mano y me guió hasta la salida. Intenté soltarme de manera discreta, pero me miró enfurruñado: —No te voy a soltar. Deja de mirar al suelo, Elena. Quiero ver siempre tus preciosos ojos.

Estaba tan asombrada que no me salían las palabras. Fue muy incómodo atravesar la editorial cogida de su mano, mientras todos nos miraban sorprendidos. A él no pareció importarle, estaba muy tranquilo. Es más, parecía incluso feliz.

Ya fuera, dio instrucciones para que me acercaran a casa.

—¡Espere señorita Baker! ¡No se olvide las galletas! —escuché que me decía el señor Peterson. Se acercó a mí preocupado interrogándome con la mirada.

—Gracias señor Peterson —le contesté con una sonrisa, mientras se acercaba para entregármelas—. Es usted muy amable. Hasta mañana.

—Hasta mañana señorita Baker. A su disposición. —A mi lado me pareció oír un gruñido. Giré la cara, pero no vi nada que indicara que hubiera sido el señor Thorn. Que extraño.

Al ir a entrar en el coche, me acercó a él, me rodeó el cuello con sus manos de forma afectuosa y después me besó la comisura de la boca.

—Hasta mañana pequeña. Descansa —me dijo mientras me empujaba suavemente para entrar en el coche.

—¡Espera! —le pedí y le entregué unas cuantas galletas de chocolate—. Te encantarán. —Tierra trágame... No sé qué me había poseído para hacer algo tan infantil, pero no lo pude evitar.

—Eres muy especial señorita Baker. Gracias. —Me cogió la muñeca y pasó su lengua por la palma de mi mano de abajo a arriba muy despacio—. Tenías chocolate —me susurró al cabo de unos segundos con una sonrisa devastadora. Me metí en el coche en un estado de excitación febril mientras él me observaba con anhelo.

Las últimas palabras que me pareció oírle decir fueron:

—Cuidado Bryan, llevas en el coche lo más valioso que tendré nunca.

Capítulo 2

De camino a casa empecé a escribir a Alex:

Elena: ¿Estás aún en casa?

Alex: Sí. ¿Estás bien?

Elena: Te necesito. En breve llegaré a casa. Por favor, no te vayas.

Alex: Mierda flor, cógeme el teléfono que te llamo ahora.

Elena: No Alex, no puedo hablar. Llegaré en quince minutos.

Alex: Ok tranquila cariño, aquí estaré esperándote.

Elena: Gracias.

Alex: ??????

Cerré mis ojos intentando relajarme. No comprendía que había pasado. ¿Por qué no era capaz de controlar los latidos de mi corazón? y ¿Por qué me sudaban las manos, me dolía el estómago y me temblaba el cuerpo?

Te necesito.

Sólo otra vez le había dicho estas palabras a Alex, en ese momento un extraño para mí, cuando tuve mi primer ataque de pánico, el día que lo conocí, por lo que ya sabía que algo había trastocado mi mente de forma drástica.

Hacía cuatro años estaba acabando la carrera de Humanidades en la Universidad de Washington en Seattle, cuando conocí a Geoffrey. Venía de la Northwestern University en Illinois decía, porque a su padre lo habían ascendido y su nuevo puesto de trabajo tenía que ejercerlo en aquella ciudad.

Teníamos muchas cosas en común y con el tiempo nos hicimos inseparables, hasta que un día decidió que quería más e intentó besarme. Giré la cara y acabó dándome un beso en la mejilla. Le dije que no quería nada con él y aunque apesadumbrado, lo entendió. Más allá, en la oscuridad una persona observaba aquél beso que fue lo que desató la locura posterior.

Una tarde, volviendo a mi residencia una chica me acorraló

amenazándome porque según decía, era la puta que se había quedado con su chico. Tuve suerte de que aparecieran en aquel momento unos chicos que me ayudaron a quitármela de encima. Salió huyendo y aunque bastante asustada, con el tiempo me olvidé de ella y rehíce mi vida con total normalidad.

Pasados dos meses volvió a acorralarme, en uno de los lavabos de la universidad. Esta vez no tuve tanta suerte y me apuñaló en la pierna mientras sonreía como si de una bestia se tratara. Había perdido el juicio. No le importó agredirme frente a otras personas que estaban en el lavabo como yo y eso fue lo que probablemente salvara mi vida. La rapidez con la que llegó la ambulancia por la llamada de varias personas que presenciaron el ataque, así como los primeros auxilios que me dispensaron fueron la razón de que no falleciera aquel día. Mientras me desmayaba pude ver como se la llevaban esposada y la escuché maldecirme con gritos obscenos, horribles todos ellos.

Geoffrey se disculpó lamentando lo que me había ocurrido y me confesó que había cambiado de universidad, porque huía de esa loca que lo acosaba todos los días desde hacía seis meses. Incluso una vez, llegó a amenazarlo de muerte.

Me acompañó a denunciarla y después del juicio la ingresaron en una institución para enfermos mentales. Ya nunca más supe de ella.

Desde ese día me encerré del todo en mí misma y dejé de tener contacto con el mundo en general por miedo a sufrir de nuevo. Me obligué a ello, hasta dejar de sentir.

El día que conocí a Alex, se presentó tan eufórico, con tanta alegría y fuerza, que me asusté de nuevo y entré en pánico.

Por suerte, Alex fue capaz de comprender la situación y me abrazó hasta que dejé de temblar. Después de eso y no dando importancia a lo que había pasado, aún a pesar de mi vergüenza, hizo que nuestra amistad fluyera hasta conseguir que me fuera a vivir con él. Una vez le pregunté qué había visto en mí que le condujera a acercarse sin conocerme y me abriera las puertas de su casa y su vida sin el menor miedo. Me contestó que había sido mi mirada. Le había transmitido algo que creía haber perdido hacía tiempo: Esperanza.

Abrí de nuevo mis ojos cuando Bryan llegaba a casa. Tras darle las gracias y despedirme de él, entré, solté el bolso, me descalcé, me dirigí a la terraza y me lancé prácticamente encima de Alex buscando consuelo.

—Parece que alguien ha tenido un mal día. ¿Qué ha pasado flor? ¿Por qué has vuelto tan temprano? —me preguntó preocupado.

—Siento cosas.

—¿Qué?

—Tengo sentimientos extraños.

—¿Sentimientos extraños? A ver cariño, recapitulemos que no te entiendo. Explícame desde un principio que ha pasado.

Nos sentamos en el pequeño sofá de la terracita y empecé a contarle todo lo que me había sucedido aquella mañana en la editorial, así como todas las emociones y sensaciones que me había provocado Jake, perdón el señor Thorn, desde la primera vez que lo había visto. Varias veces durante la explicación, veía cómo sonreía e incluso en algún momento se sonrojaba.

—Cariño, lo que sientes por ese hombre es deseo.

—No lo entiendes Alex. La primera vez que lo he visto quería arrancarle la ropa y la segunda lamer todo su cuerpo. Dime si eso es muy normal, porque yo creo que me he vuelto loca. Mi cerebro ya no funciona. Está frito literalmente. En mi cabeza ya no hay letras ni números, sólo le veo a él. Y lo peor de todo es que ¡Es mi jefe! ¿Qué crees que pensaría de mí si supiera que me lo quiero comer como si fuera un bollo de chocolate? —Paré de repente el chorro de palabras—. Alex, ¿te encuentras bien? Estás muy rojo y te caen lágrimas por las mejillas —dije toda preocupada.

Se incorporó en el sofá y tras alzar la mirada hacia mí, empezó a reírse a carcajadas, agarrándose la barriga como si le doliera.

Entonces me di cuenta de que lo que le hacía gracia era mi situación, así que le dije toda ofendida:

—Ya te vale Alex, ¿no te da vergüenza reírte de mí?

—Perdona, perdona flor. A veces me olvido que no tienes casi experiencia en lo que se refiere a las relaciones humanas y menos con los hombres. Tu forma de pensar es demasiado inocente para tu edad por mucho que seas un genio—me besó fuerte en la cara y continuó—. Esto que sientes es deseo sexual. Quieres besarle, tocarle, acariciarle..., te mueres por hacerlo.

—Sí es verdad. Cuando lo tengo delante no puedo dejar de mirarlo

atontada. Es como si mi cerebro se fuera a tomar un té mientras mi cuerpo quiere pegarse al suyo para restregarse como una gata en celo... —volvió a desternillarse de la risa.

—Alex, deja ya de reírte. Es un tema serio el que estamos tratando. A ver si dejas de comportarte como un niño. Si quieres te voy a buscar el chupete del hijo de la señora Candela para que te calmes —lo regañé. La señora Candela era nuestra vecina. Su casa colindaba con la nuestra y tenía tres hijos, uno de los cuales era un bebé de ocho meses precioso.

Decididamente se había vuelto loco. Se tiró al suelo muerto de la risa mientras yo lo miraba golpeando el pie en el suelo a la espera de que se le pasara la tontería. ¡Qué paciencia por Dios, tenía que tener una!

Al cabo de un par de minutos, creyó que ya era suficiente y aunque a duras penas, me dijo: —Perdona flor. Sigue por favor.

—Prosigo pues —dije un poco indignada—. Después está su comportamiento. Es un hombre muy intenso y posesivo conmigo. Si no creyera que es imposible, parece que a él le pasa lo mismo que a mí. Sin embargo, no es posible ¿Verdad? —a lo que él contestó ya más sereno:

—Puedes estar tranquila. Como ya te he dicho es normal que sientas este tipo de deseo. Raro es que no te haya pasado nunca hasta ahora. Y en cuanto a él, no sabría decirte pues no lo conozco, aunque imagino que también es normal que se sienta un poco posesivo Flor; ya te he dicho muchas veces que eres bellísima. Mi opinión ¡Lánzate a por todas y a disfrutar! En cualquier caso, te aseguro que todo el mundo siente deseos por otras personas y no hay nada malo en ello. Al revés, ya sabes, se ejercitan los músculos del cuerpo y la piel rejuvenece —bufé con su último comentario.

—Mañana quiere hablar conmigo. Aprovecharé para explicarle mi situación actual en la editorial. Debo buscar la manera de comportarme adecuadamente cuando lo tenga cerca. —esto último lo dije casi para mí misma. Alex sonrió de nuevo y respondió:

—Claro que sí flor, luego piensa cómo hacerlo, pero ahora, ven aquí y dame un abrazo de osito. —Me acerqué y lo abracé fuerte, mientras daba gracias de haber conocido una persona tan maravillosa y a la que quería tanto, aunque fuera un poco demasiado sonrisitas también.

—Yo también te quiero mucho pequeñaja —volvió a sonreír él.

Más tarde, comprobé el correo y vi que había recibido uno del señor Harris:

De: aharris@newyorkpages.com

Para: elena.baker@newyorkpages.com

Asunto: Aplazamiento reunión programada con el señor Jake Thorn

Señorita Baker:

El señor Thorn, ya nos ha informado del percance que ha sufrido la señorita Stern como consecuencia de que usted chocara con ella.

Debido a ello, le informo que la reunión programada para hoy, tendrá lugar mañana a las nueve de la mañana.

Aunque el señor Thorn nos ha informado que le había dado el día libre, tenga presente que no puede tomarse esta misma licencia mañana.

Le recuerdo además que debe recuperar las horas que ha faltado o bien se le descontarán de sus vacaciones.

Sus tareas de hoy han quedado pendientes de realizar hasta su vuelta.

La espero mañana como siempre para trabajar de forma eficiente.

Aaron Harris

Editor del New York Pages

Decididamente aquel hombre era inaguantable y estaba a punto de colmar mi paciencia. Era una persona ególatra, desagradable, egoísta y maliciosa que se dedicaba a hacerme la vida imposible. Todo lo que hacía lo valoraba negativamente y era tan pagado de sí mismo que no le importaba humillarme veladamente ante los demás.

No me molesté en contestar.

Por la noche, ya más relajada y después de cenar una ensalada con un poco de pescado a la plancha, me estiré en la cama para leer un rato. Necesitaba despejar la mente de ese hombre que se había metido en mi cabeza

inexplicablemente y que se negaba a irse.

Mientras intentaba leer, imposible al parecer, me llegó un mensaje al móvil:

Desconocido: Nena, recuerda que mañana tenemos una conversación pendiente.

Era él, pero me negué a responder.

Desconocido: Elena sé que estás ahí. Dime sólo que estás bien.

¡Otras!, estaba claro que este hombre cortocircuitaba mis neuronas. Estaba en línea y no me había dado cuenta. Aun así, seguía negándome a responder.

Desconocido: Vamos, pequeña, no me hagas ir a buscarte. ¿Te sigue doliendo la cabeza?

Mejor no seguía tentando al destino.

Elena: Estoy bien. Ya no me duele.

Desconocido: De momento me vale. Te espero mañana después de la reunión en mi despacho. Que sepas que hubiera preferido ir a buscarte.

Me duele el estómago. Madre mía, esto no puede ser muy normal. Debería sentirme inquieta por su forma de tratarme tan personal, como si me conociera de toda la vida y en cambio sólo deseaba que continuara con este acoso tan descarado. Tendría que ir a hacerme un tac para ver si me pasaba algo en el cerebro o simplemente me había vuelto loca.

Elena: Vale. Adiós.

Desconocido: Adiós es para siempre y no quiero eso para nosotros. No quiero que

uses esa palabra nunca más conmigo. Hasta mañana nena.

¡Grrr.! ¡Qué hombre más exasperante! ¿Siempre tiene que decir la última palabra?

Apagué mi móvil y me fui a dormir enfurruñada, no sin antes añadir a mi agenda de contactos su teléfono. Por nada en particular, la verdad.

A media noche me desperté sobresaltada. No recordaba la última vez que había soñado. El detonante había sido el último mensaje que me había enviado. Yo le decía de nuevo adiós y él me miraba con tristeza, lamentando mi decisión. Quería agarrarlo, pero cuanto más lo intentaba más se alejaba, hasta desaparecer para siempre de mi vida.

¿Qué significaba este sueño? ¿Una premonición? ¿Tal vez un aviso?

Me sentía triste y confusa. Era demasiado inquietante la necesidad de verlo y abrazarlo para recuperar mi estabilidad emocional. No era capaz de gestionar mis emociones por mí misma. Necesitaba perderme en sus ojos y entre sus brazos. Estaba completamente segura que ello ayudaría a dejar atrás la tristeza y la confusión que me había provocado ese sueño. Por más que había intentado racionalizarlo, mi mente seguía en un estado total de caos. Seguía sin encontrar solución para este enigma.

Seguro que todo lo que sentía en aquel momento era como consecuencia del propio sueño. Al día siguiente no lo recordaría tan vívidamente y seguro que no tendría los sentimientos tan a flor de piel.

Decidí que no tenía sentido seguir pensando de momento en ello. Debía descansar para estar preparada para afrontar el día siguiente, por lo que cerré los ojos buscando relajarme lo suficiente para dejar de sentir.

Capítulo 3

—¡Vamos dormilona, despierta! ¡Acaban de entregar un paquete para ti!

—¿En serio Alex? ¿¡Déjame dormir que son las siete de la mañana!? — dije mordazmente metiendo la cabeza debajo de la almohada.

—El mensajero ha dicho que tienes que abrirlo antes de que se enfríe.

—Pues ábrelo tú.

—Venga va, ya sabes que no soporto la intriga.

—Está bien... tráelo aquí.

Abrí lentamente el paquete para vengarme de Alex por haberme despertado tan temprano. Me taladró con la mirada. Se había dado cuenta de mi treta. Le saqué la lengua y me hice la despistada.

Dentro del paquete había zumo de naranja, té de menta y unos bollos deliciosos de chocolate, como mínimo para tres personas. Me sonrojé recordando lo que le había contado el día anterior. Estaba muy sorprendida. ¿Quién me lo había enviado? y ¿Cómo sabía lo que me gustaba para desayunar? No tardé en averiguarlo cuando leí la nota que había al fondo de la caja:

Buenos días nena,

Disfruta del desayuno.

Comételo todo.

Nos vemos en tres horas

Jake

—¿Estás segura de que ayer sólo pasó lo que me contaste?

—Ya no estoy segura. Recuerda que muchas veces pienso en voz alta sin darme cuenta. Espero no haber dicho nada inoportuno, como que odio mi trabajo —suspiré de forma cansada. —Mi vida se está desestructurando. Supongo que hoy lo averiguaremos.

—Perdona que te lo diga flor, pero tu vida se ha vuelto mucho más interesante desde ayer.

—¿Qué te parece si mejor dejamos de hablar de mi vida en general y nos comemos todo esto? —ya podía pasar lo que fuera, que nada me quitaba el hambre. Me encanta comer. Menos mal que mi metabolismo me lo permite, aunque creo que, si no hubiera sido así, me hubiera dado igual.

Después de desayunar, me duché y me vestí con ropa cómoda, pantalones de pito de color azul, una blusa de manga corta de color gris y unas merceditas multicolor. Estábamos en pleno verano y los días eran cálidos y secos. Últimamente, además, bastante lluviosos. Por eso nunca salía de casa sin un paraguas.

Me recogí el pelo en un moño improvisado y me apliqué un poco de brillo de labios. En realidad, no me gustaba pintarme, pero dentro de mi estilo, quería ir a trabajar hoy un poco más formal; parecer más seria.

Por primera vez en mucho tiempo, estuve más tiempo de lo normal, observándome en el espejo del baño. Según mi amigo Alex, tengo una belleza exótica que muchas desearían, aunque yo en realidad me veo corriente. Metro setenta, cara ovalada, ojos grandes y de color marrón oscuro, nariz respingona y labios carnosos. Mi cuerpo está proporcionado, excepto por los pechos. Son quizás un poco más grandes de lo normal; es por eso que intento disimularlos un poco con ese sujetador tan hortera, como lo define siempre Alex.

Creo, de todas formas, que mi mejor atributo es mi pelo. Castaño oscuro, largo hasta el final de mi espalda, completamente liso, brillante y sedoso. Casi siempre lo llevo recogido, por lo que son pocas las personas lo han podido

apreciar.

¡Ya estaba lista! preparada física y psicológicamente para enfrentar ese día.

—¡Alex me voy! —le dije desde la puerta de casa.

—Genial flor, nos vemos luego —y me lanzó un beso.

Cogí de nuevo el metro para ir a la editorial. Intentaba concentrarme de nuevo en la lectura de un libro, pero mi mente se dispersaba. Acabé mirando de nuevo a través de la ventana pensando en los besos del día anterior y en todas las sensaciones que me habían producido. En sus ojos, su sonrisa, su cuerpo, su voz tan varonil y seductora, pero sobre todo recordando la tranquilidad y necesidad que sentí abrazada a él. Llegué a mi parada en el mismo estado, caminando como en trance y cuando fui a bajar del metro me tropecé y caí de bruces, desplomada contra el suelo. Otra vez. Y esta vez me había torcido el pie.

Varias personas me ayudaron a levantarme y tras preguntarme si estaba bien y yo responder que perfectamente, nos fuimos dispersando todos.

Ostras, ahora iba coja. Tendría que apretar los dientes y esperar que el dolor remitiera.

Llegué a la editorial casi a pata coja y congestionada. Cuando el señor Peterson me vio fue rápidamente a ayudarme.

—¡Elena! —debía estar tan preocupado que me había tuteado—, ¿Qué te ha pasado?

—No es nada, no se preocupe. Iba distraída y he tropezado cuando salía del metro.

—¿Y esa distracción tiene un nombre por casualidad? Lo digo porque ayer la vi muy cercana al señor Thorn. —ya habíamos vuelto a las formalidades. Tenía la sensación de que me estaba regañando.

—No nada de eso. Sólo se aseguraba de que llegara bien a casa. Ayer choqué cerca de los ascensores con la señorita Stern y me golpeé en la cabeza.

—Menos mal. El señor Thorn, con todos mis respetos, no es un hombre que la merezca.

—¿Por qué lo dice? —pregunté por curiosidad.

—Dicen que todos los días va del brazo de una mujer distinta. Y todas impresionantes.

—Bueno, entonces no se preocupe, que yo no entro en esa categoría. —me sentí inferior y aunque el señor Peterson intentó explicarse mejor, no me apetecía seguir escuchando—. Tengo prisa señor Peterson, luego nos vemos. —y seguí caminando hacia la sala de juntas donde se iba a realizar la reunión. Hubiera corrido, pero como no podía, tuve que conformarme y caminar con torpeza.

—¡Jorder! ¿Se puede saber qué te ha pasado esta vez, Elena? Cuando Jake te vea así se va a cabrear —me dijo Lucas.

—Buenos días para ti también Lucas. No es nada, sólo ha sido un accidente. Y al señor Thorn no le importa lo que me pueda pasar. Así que déjame pasar que no quiero llegar tarde —le dije indignada. Entre el señor Peterson y Lucas empezaba bien el día.

—Perdona flor, no quería molestarte. ¡Vaya genio tenemos hoy! Vamos, agárrate a mí, que te acompaño a la sala de reuniones.

Eran las nueve menos cuarto por lo que la sala estaba desierta. Aproveché para sentarme en mi sitio habitual, al lado de donde se sentaba siempre el señor Harris, esperando no fuera a pedirme cosas inútiles como siempre, porque sería un poco vergonzoso ir cojeando por toda la habitación. Me empezaba a doler muchísimo el maldito pie. Creo que me había hecho más daño del que pensaba.

Lucas, se había acomodado a mi lado, repantingado en la silla mientras leía unos informes.

—Te estás poniendo colorada Elena. ¿Seguro que estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, por favor no digas nada ¿vale?

—Vale, pero si te pones verde o algo así, que sepas que Jake se va a enfadar mucho y a mí me va a matar. —no me dio tiempo de responderle porque todo el mundo estaba entrando ya.

—Señorita Baker, veo que ya está recuperada. Espero que hoy se digne a

hacer su trabajo correctamente —dijo el señor Harris mientras se acercaba a su sitio. Quería meterme debajo de la mesa, pero con el pie así, un poco difícil la verdad. Miré a Lucas que se había levantado indignado y le pedí que no dijera nada suplicándole mediante gestos.

Pareció comprender lo que le pedía y se sentó de nuevo, sin dejar de taladrar con la mirada al señor Harris.

—No se preocupe señor Harris. Lo haré lo mejor que pueda.

—Ya sabe señorita Baker, el trabajo bien hecho es la oportunidad de hacer más trabajo bien hecho. No se vaya a olvidar.

—No señor Harris. Lo tendré presente. —y se sentó a mi lado ruidosamente.

Por un momento pensé que la silla iba a ceder, pues el señor Harris era bastante obeso, y si hubiera sido una persona con maldad, hubiera deseado que pasara eso y que además se abriera la cabeza en el proceso, pero como no lo era, sólo desee que la silla cediera y cayera golpeándose el trasero.

Lucas estaba otra vez, muerto de risa. “¿Se puede saber qué le pasa a este hombre? ¿Es que tengo cara de payaso o qué?” —lo miré enfurruñada a ver si así se callaba, pero nada, aún se reía más. Por lo menos era discreto y el señor Harris no se había dado cuenta.

—Lucas, es la segunda vez que te oigo reír al lado de mi mujer. Al final tendrás que explicarme de que te ríes tanto y por favor, deja que corra el aire. NO te acerques tanto a ella —dijo el señor Thorn entre Lucas y yo. Menos mal que fue sólo un susurro y nadie más lo había oído. Respiré con alivio durante unos segundos hasta que, al retirarse, rozó mi mejilla con sus labios. ¡Ostras! ¡Seguro que todo el mundo se había dado cuenta! Y para rematarlo, se acercó a mi oído y me dijo—: No te olvides de pasar por mi despacho después de la reunión.

Me sonrojé como una colegiala y ese fue mi final. Si no se habían dado cuenta de lo que el señor Thorn había hecho, ahora ya no había confusión posible. Mi cara era todo un poema.

Lo miré con rencor y aunque me derretía por dentro observándolo, mientras se acercaba a su silla en la cabecera de la mesa, decidí que esto no iba a quedar así.

A mi lado derecho Lucas seguía intentando aguantar la risa, pero esta vez por la intervención del señor Thorn y a mi izquierda, el señor Harris me miraba enfurecido a saber por qué, esta vez.

Suspiré...Iba a ser una hora muy larga.

—Buenos días a todos. Soy el señor Jake Thorn. Mi socia la señorita Emma Stern está a punto de llegar y al señor Lucas Anderson ya lo conocen... —“¡Ostras!, ¿Los tres son mis jefes indirectos? ¿La señorita Stern también? Creo que no lo voy a soportar. No me gusta. ¿Pero, qué tonterías digo?, ¡si ni siquiera la conozco!”—

...Debido a mí muchos intereses en varias de las empresas que poseo en Seattle, me es imposible seguir formando parte tan activa de todas ellas, por lo que, aunque no voy a desaparecer del todo, debo delegar en algunas de ellas....

—El día anterior había investigado al señor Thorn. Quería prepararme todo lo que pudiera para mi reunión con él.

Averigüé que estaba soltero, tenía 29 años y un currículo impresionante — probablemente era más inteligente que yo: Máster en economía e informática y dominaba a la perfección seis idiomas. Además, era dueño de la mitad de Seattle. También era muy reservado con su vida personal y aunque se le relacionaba con muchas mujeres impresionantes, nunca se había pronunciado al respecto—.

...El señor Anderson y la señorita Stern, dirigirán desde mañana esta empresa. —No añadió nada más al respecto—. Una vez dicho esto y mientras esperamos a la señorita Stern, me gustaría que el señor Harris me explicara por qué tiene a la señorita Baker trabajando de recadera. —Las miradas de todos los presentes fueron del señor Thorn, a mí y después al señor Harris, a la espera de su respuesta.

Se acabó lo bueno.

Decididamente me quería morir.

—Bueno... verá...es que...—tartamudeó el señor Harris.

En ese momento entró en la sala la señorita Stern y aclaró mientras alcanzaba su sitio:

—Se está haciendo una auditoria de la editorial y a raíz de ella, recursos humanos nos ha informado que la señorita Baker tiene un máster en Filosofía, Filología y Humanidades y no entienden porque, después de seis meses, ni siquiera hace las funciones de un ayudante de editor que fue para lo que se la contrató.

—Le reformulo de nuevo la pregunta de antes señor Harris: ¿Por qué coño tiene a la persona más inteligente de esta empresa haciendo sus recados particulares? —volvió a intervenir el señor Thorn.

—Bueno verá... es que es muy joven y sólo hace seis meses que trabaja aquí. —empezó tartamudeando y acabó la frase con total firmeza, como si estuviera en posesión de la verdad.

—¿Usted sabe que la señorita Baker tiene un cociente intelectual de 175 y aun así la tiene trabajando casi de fregona? —Muchos de los presentes me miraban sorprendidos y con admiración.

—Yo.... —El señor Harris respiraba profusamente. Parecía que le fuera a dar un ataque ahí mismo. Estaba rojo como un tomate y ya me veía intentando salvarle la vida a la persona que más infeliz me había hecho en esta empresa. No puede ser el karma, pensé. Era mala suerte. Y últimamente tenía mucha. Lo observé a la espera de los siguientes acontecimientos, pero parecía que se calmaba y se serenaba lo suficiente para no tener que atenderlo.

—¿También eres doctora hermosa? —me soltó Lucas riéndose con discreción.

—No, sin embargo, tengo nociones de medicina —susurré sin mirarle, mientras le daba una patada por debajo de la mesa disimuladamente, sintiéndome complacida. ¡Me estaba volviendo perversa!

—Señorita Baker, —continuó el señor Thorn— lo primero y creo hablo en nombre de todos, le pedimos disculpas por el trato que ha recibido en esta empresa y le proponemos lo siguiente: que ascienda a editora y trabaje conjuntamente con la señorita Stern, que es quien ha abogado por su caso en particular, hasta que aprenda el funcionamiento de esta empresa.

—Me encantaría poder colaborar con una persona con sus conocimientos señorita Baker. Creo que podríamos trabajar muy bien juntas —acabó diciendo la señorita Stern. Parecía sincera mientras se pronunciaba. Quizás sí debería darle una oportunidad.

—En cualquier caso, se le retribuirá por lo que tendría que haber sido suyo desde que se la contrató. Espero una respuesta esta misma tarde... — acabó diciendo el señor Thorn mirándome con seriedad y sin réplica posible.

¿Cómo se atrevía a usarme para amonestar al señor Harris? Los demás iban a pensar que lo había delatado yo.

No podía mirarlo con mala cara porque quedaría en entre dicho y le debía un respecto por ser mi jefe. Aun así, interiormente lo maldije con todo mi ser, mientras me mordía los labios para contenerme.

—Sí señor Thorn —Susurré con la mirada puesta en los papeles que tenía delante de mí. Sabía la importancia que le daba al hecho de que lo mirara a los ojos cuando hablara con él y pensé que sería una pequeña venganza por lo que acababa de hacer. Esta vez, estaba tan enfadada que ni siquiera me sentí culpable y eso me preocupó, pero solo durante unos segundos.

—¿Señorita Baker? ¿Ha escuchado lo último que le he dicho?

Alcé la mirada sorprendida y esta vez no pude ocultar toda la vergüenza y rabia que sentía y más cuando me sonrió como si supiera lo que había intentado hacer.

—Por su puesto señor Thorn. —Le contesté educadamente, pero de forma contundente para que no existiera posibilidad de que no se hubiera escuchado perfectamente. No iba a permitir que se saliera con la suya. Incomprensiblemente me miró con orgullo. Después de aquello, se apiadó de mí y dejó de importunarme para dedicarse a otros temas.

—Con respecto a usted señor Harris, independientemente de lo que decida la señorita Baker, se le abrirá un expediente disciplinario y en breve se le informará de la decisión de esta empresa.

Y ahora vamos a empezar la reunión. Los puntos de hoy son...

Capítulo 4

La reunión había acabado.

¡Por fin! Necesitaba ir a mirarme el tobillo con urgencia. Todos iban saliendo de la sala comentando varios puntos que se habían tratado en dicha reunión. Parecía que se habían puesto de acuerdo para salir a cámara lenta. Soplé con fuerza interiormente, como si ello fuera a hacer que salieran con más rapidez de la sala.

Observé al señor Thorn mientras hablaba de espaldas a mí con la señorita Stern. Estaba bastante entretenido por lo que aproveché y me metí despacio y con mucho cuidado debajo de la mesa de la sala para ir gateando hasta la puerta de salida. El primer movimiento que hice para agacharme, casi hizo que gritara del dolor. Lamenté mi estupidez, pero ya había empezado mi huida y era imposible la retirada a menos que pidiera ayuda, cosa que no iba a hacer jamás. Prefería mil veces el dolor del pie que volver a pasar vergüenza de nuevo.

—Eres una inconsciente. Que sepas que te va a pillar —susurró Lucas mirándome con preocupación.

—Por favor no digas nada —contesté suplicando con la mirada y fui gateando por debajo de la mesa poco a poco, ya que el dolor era terrible. Me sentía como una escapista, pero ahora no estaba en condiciones para tratar con nadie más.

En cuestión de unos segundos más había llegado al final de la mesa y me disponía a salir por la puerta cuando...

—¡Maldita sea Elena! ¿Se puede saber qué mierda estás haciendo? —Ostras me había pillado. Estaba delante de mí con los brazos cruzados observándome cabreado, mientras la señorita Stern se encontraba a su lado mirándome con la boca abierta.

—Yo...

En ese momento la realidad me desbordó. Así que lo único que pude hacer fue dejarme caer y ponerme a llorar. No podía parar. Por primera vez en mi vida no era capaz de controlarme. El dique se había roto y me había superado.

Me cogió en brazos apoyando mi cabeza en su pecho, y con largas zancadas me llevo a su despacho y me dejó cuidadosamente en el sofá. Yo seguía llorando sin control.

—Nena ¿Qué te pasa? —Preguntó mientras me abrazaba de nuevo acariciándome con ternura la espalda.

—Me duele el tobillo —le dije hipando.

—¿Por qué?

—Me he caído esta mañana en el metro.

—¡Joder! ¿Y a que estabas esperando para decirlo?

—¡No me grites!

—¡Maldita sea! ¡Eres una inconsciente! Ahora te aguantas. Déjame ver.

Me soltó y se agachó para quitarme la mercedita con mucho cuidado mientras yo seguía hipando.

—Creo que es sólo una torcedura cariño. No te preocupes.

Cogió el móvil y avisó para que llamaran a un médico.

—Es la última vez que vas en metro. A partir de ahora Bryan o yo te llevaremos donde quieras.

—Ni hablar. Seguiré yendo en metro cuando quiera —intenté levantarme para irme.

—No me cabrees más Elena. Como llegues a hacerte daño...

Sentí vergüenza de mí misma por ser tan imprudente y volví a sentarme.

—Nena, ¿Qué te pasa realmente? —Está claro que no pensaba responder. Bajé la mirada y la fijé en mis manos que movía de forma nerviosa.

—Elena mírame o empezaré a besarte y ya no pararé. —Alcé la mirada hacia él enfadada y excitada... ¡Madre mía! ¿Por qué tiene que ser tan atractivo? Sus ojos me miraban con deseo brillantes y oscuros y yo sólo podía pensar en besarlo y acariciarlo. Sentía mi cara arder.

—Esto es un error —recapacité en el último momento y bajé la mirada de nuevo.

—¿El qué? Y mírame cuando me hables. Este será el último aviso.

—Tú y yo —volví a alzar la mirada.

—No es un error —y vi tanta angustia en su cara cuando lo dijo, que me olvidé hasta de respirar. Y por una vez en mi vida, hice lo que más deseaba y no lo que debía.

—Bésame, por favor, te necesito Jake —No llegué a pensarlo, simplemente lo dije y en cuestión de un segundo su boca ya se había apoderado de la mía con pasión. Se agachó ligeramente, pasó su brazo por debajo de mi trasero y por mi espalda y sin ningún esfuerzo, abrió las piernas y me levantó del sofá. Estaba pegada a su pecho. Volvió a besarme con pasión, mientras me dejaba con cuidado encima de la mesa de su despacho.

Soltó mi improvisado moño y todo mi pelo se desparramó por mi espalda. Oí que jadeaba por la impresión.

— Es precioso —susurró mientras lo acariciaba lentamente, con veneración. Se acercó a olerlo y aspiró su perfume. Cogió un mechón grande y tiró hacia atrás. Sus ojos volvieron a conectar con los míos. Su mirada era

salvaje, fuerte, orgullosa.

—Ahora eres mía —gruñó en mi boca y me besó de nuevo como si me estuviera marcando. No podía respirar. Era tan intenso que creía que iba a desfallecer. Su lengua se enredó salvajemente con la mía y gimió. No. Lo hice yo. O quizás ambos. Necesitaba que me tocara por todas partes.

—No tienes ni idea de cómo te deseo, nena. Me muero por besarte y acariciarte —susurró separándose escasos milímetros de mis labios.

Apretó su cuerpo posesivamente contra el mío, encajando a la perfección. Sentí como sus labios descendían despacio hasta mi cuello, dejando pequeños besos a su paso. Acercando su boca a mi oreja me dio un pequeño mordisco que hizo que estallaran todas mis terminaciones nerviosas.

Oí sonar el teléfono. Al principio no hizo caso y continuó mordiendo mi cuello mientras con una mano acariciaba y pellizcaba mi pecho. Me estaba derritiendo literalmente esperando sentir para siempre aquella explosión de sensaciones.

—Quieta —me dijo con firmeza unos segundos después y alargó la mano para coger el teléfono mientras con la otra seguía acariciando mi pecho.

—¡Qué pasa! —ladró a la persona que estaba en la otra línea—. Danos dos minutos —y colgó.

—El médico está aquí. Cógete fuerte a mi cuello, que te voy a llevar al sofá de nuevo —susurró mientras intentábamos recuperar el aliento.

Me dejó con delicadeza en el sofá y se acercó a la ventana de su despacho como si estuviera apreciando las vistas.

—¿Por qué te distancias? —No entendía esa indiferencia hacia mí después de lo que acababa de pasar por lo que no pude evitar preguntárselo.

Se giró y me miró sorprendido.

—¡Mierda nena! No me puedo creer que seas tan inocente. Necesito distancia porque me duele tanto la polla que creo que me va a reventar. Y no creo que sea aconsejable que el médico me vea en este estado. —me sonrojé violentamente cuando fijé mi vista en su miembro erecto. Este hombre era a veces muy crudo—. Sin embargo, no te preocupes que cuando se vaya lo vamos a solucionar... —Justo en ese momento entraron el médico, Lucas y la

señorita Stern.

Mientras hablaban entre ellos, me distraje pensando en lo último que me había dicho Jake. A ver cómo le explicaba yo, sin que huyera despavorido, que nunca había tenido relaciones con un hombre. Además, ¿realmente quería hacerlo sabiendo que sería una más de la larga lista de aspirantes?

Recordé lo mal que me había sentido cuando había hablado por última vez con el señor Peterson, así como la vergüenza que me había hecho pasar Jake hacia un rato en la reunión y tomé una decisión: Este no era el momento adecuado. Tenía que huir de él como fuera.

—¿Cómo te encuentras Elena? —me preguntó con amabilidad la señorita Stern y antes de que tuviera tiempo de responder se dirigió al médico con voz preocupada—: ¿Es normal que esté tan colorada?

¡Ostras! Mi vida siempre había sido gris y sin contratiempos y en cuestión de dos días parecía que todo el universo se había puesto de acuerdo para hacerme pasar vergüenza. Y no me consolaba saber, que Jake me miraba como si fuera a comerme, mientras Lucas intentaba no reírse a carcajadas. De nuevo.

—Es posible que sea por el dolor, —argumentó el médico sin mucha convicción, aunque de forma amable—. Señorita Baker, es una pequeña torcedura. Tendrá que hacer reposo durante un par de días. Le dejaré una receta con analgésicos por si le doliera por la noche y no pudiera dormir.

—Ya sabes, Elena, —dijo Lucas—. No te preocupes, en una semana podrás correr una maratón si quieres—. Me consolé cuando vi que Jake le daba un puñetazo en el brazo discretamente, como reprimenda. Esta vez fui yo la que lo miré con una sonrisa vengativa.

Mientras el doctor recogía sus cosas para irse, aproveché para soltar la bomba: —Lucas, ¿me podrías acercar a casa? Es que me duele bastante el tobillo y necesito descansar. —dije de forma clara y fuerte para que el médico nos oyera. Ambos, tanto Lucas como Jake me miraron con sorpresa.

Jake se recuperó rápidamente y me fulminó con la mirada, cuando se dio cuenta de la treta.

—Sólo dos días —me dijo sin voz y señalizando con la mano. ¡Ja! Si por mi fuera serían muchos más.

—Déjame que te coja en brazos flor. —dijo Lucas con cariño.

—No te acerques a ella; yo lo haré—soltó entonces Jake gruñendo.

Me temo que había despertado a la bestia y lo iba a pagar con creces.

—Elena, espero que te recuperes pronto y que podamos trabajar juntas. Reitero lo que te he dicho antes. Me encantaría y creo que ambas lo haríamos genial —dijo la señorita Stern mientras Jake me sostenía entre sus brazos.

—Gracias señorita Stern. Acepto su propuesta. A mí también me encantará trabajar con usted.

—Tutéame por favor. Prefiero que me llames Emma.

—Gracias Emma. —Cada vez me gustaba más el cambio de escenario laboral de este día.

—Vámonos —dijo Jake y salimos hacia el garaje para coger el coche.

Lucas abrió la puerta del copiloto y después abrió el maletero del coche ocupado con su móvil, para darnos un poco de intimidad. Jake me dejó con cuidado en el suelo.

—Es la última vez que te escapas. Esperaré dos días. Después serás mía ¿Entiendes? Se ha acabado huir. No te lo voy a permitir más —y antes de que pudiera replicar asaltó mi boca de forma contundente mordiéndome los labios con intensidad. Luego pasó la lengua sobre ellos para calmarlos.

Tendría que haberme sentido furiosa e indignada. En vez de eso, había mojado las bragas.

—Joder nena, ¿no puedes decir esas cosas y esperar que no reaccione! —jadeó en mi boca mientras metía la mano entre mis piernas apretándome el sexo. Pensé que iba a tener un orgasmo ahí mismo, pero al final me soltó.

—Hasta dentro de dos días Elena. —me sonrió con arrogancia.

¿Cómo se me había ocurrido decirle a Lucas que me acompañara a casa? A veces, parecía idiota.

—Lucas. Avísame cuando llegéis —le pidió. Me volvió a coger en brazos y me metió con suavidad en el coche.

—Tienes dos días para prepararte flor. Has despertado el instinto cazador de Jake y ahora no te va a dejar escapar —dijo Lucas encendiendo el motor del coche.

Durante un rato, no dije nada más. Por hoy ya había tenido suficiente de todo y de todos. ¡Necesitaba un respiro emocional! Estaba agotada así que me dormí hasta llegar a casa.

—Flor, despierta. Voy a cogerte en brazos para llevarte a casa ¿vale?

—No, no, Lucas. No sería adecuado. Ayúdame que iré andando.

—¿En serio?

—No lo entenderías.

—Creo que sí; sin embargo, aunque patalees, te voy a llevar. Si llegas a hacerte más daño, Jake no me hablará en la vida, así que bonita, perdona, pero prefiero tu furia antes que la de él. —me cogió en brazos mientras yo echaba chispas por los ojos.

La puerta de casa se abrió de repente.

—¿Quién eres tú y que haces con mi chica? —oí que decía Alex furioso.

Lucas lo miró sin disimulo como si acabara de ver el objeto más bello de todo el universo. La verdad es que era complicado muchas veces dejar de mirarlo. Alex causaba ese efecto. Parecía que te hipnotizaba con la mirada y Lucas había caído en su red.

Era la primera vez que veía a Alex furioso sin motivo. ¡Estaba celoso! Y lo peor de todo era que tenía celos de mí, no de Lucas ¡Increíble!

Volví a mirar a Lucas. No podía ser. Lucas era hetero. ¿O no?

—Se ha torcido el tobillo esta mañana en el metro y la he traído a casa para que descanse —Lucas recuperó la voz y le pidió paso para poder entrar en casa.

Alex lo guió hasta el sofá del comedor y allí me depositó con cuidado.

—¿Estás bien Elena? —me preguntó Alex preocupado.

—Sí sólo ha sido un traspies. En dos días estaré perfecta. No te preocupes.

—Flor, me tengo que ir. ¿Estarás bien? —me dijo Lucas y observé como Alex lo miraba enrabiado. Cada vez me sorprendía más.

—Sí. Gracias por todo Lucas.

—Por favor Alex ¿Puedes acompañar a Lucas a la puerta?

—Si no hay más remedio —contestó con desdén.

—¡Alex!

—No pasa nada flor. Ya voy sólo. Nos vemos en un par de días. Cuídate —y me besó en la mejilla.

—Espera, que te acompaño —gruñó Alex.

—Está bien —Alex entornó la puerta del comedor y juntos se dirigieron hacia la puerta de salida.

Habían pasado cinco minutos ya y Alex no volvía. Necesitaba ir con urgencia al baño. Pensé que no pasaba nada porque me moviera un poco así que le eché valor al asunto y me dispuse a cojear. Cuál fue mi sorpresa, cuando al abrir la puerta del comedor vi que Lucas tenía a Alex acorralado contra la pared.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? —Le decía Lucas a Alex— No te atrevas a empujarme nunca más.

—¿Qué coño haces tú? ¿Ya le has dicho a mi amiga que eres homosexual, o lo harás mientras te la estés follando?

—¡Maldita sea Alex! —le grité.

Lucas me observó con preocupación y se acercó rápidamente para llevarme de nuevo al sofá del comedor.

—Discúlpame flor. Creo que ahora sí voy a irme —y salió por la puerta de casa sin mirar atrás.

—¿Qué has hecho Alex?

—No sé, dímelo tú. ¿Qué haces tú con alguien como él?

—Porque te quiero te voy a responder, aunque no te lo mereces. Lucas es sólo un amigo que me ha acompañado a casa. No es él. No es a quien deseo. Que sepas que te has equivocado y has humillado a una buena persona sin motivo. —Bueno sí, los celos; sin embargo, no pensaba decirlo.

—Joder flor, perdóname. No sé qué me ha pasado. He perdido el control. Yo... —se lamentó. Me sorprendí cuando vi su expresión. Parecía que fuera a llorar en cualquier momento.

—Ven aquí bombón y dame un abrazo de osote —le sonreí mientras le daba un achuchón. No soportaba ver tanta tristeza en el rostro de mi amigo.

Después se fue a su habitación. Sabía que se culpaba por lo que había pasado. Y aunque realmente era responsable de ello, no evitaba que sintiera lástima por él y por la situación. A veces, necesitaba su propio espacio para intentar restaurar su paz mental y yo no lo atosigaba hasta que él me lo pedía.

Por la noche mientras estábamos cenando empezó a hablar:

—Tengo que arreglar esto. —Su cara era el reflejo del dolor.

—Sí, —le dije— y no va a ser fácil.

—Lo sé —suspiró con voz triste.

—¿Quieres dormir conmigo?

—Sí.

No dijimos nada más. Esa noche ambos nos fuimos a dormir abrazados, sumidos en nuestros propios pensamientos.

Capítulo 5

Al día siguiente

—¡Alex! ¡devuélveme el sujetador negro! —le grité desde la cocina.

—No puedo flor. Ha llegado de nuevo, un paquete para ti —dijo entregándomelo a una distancia prudente— y el mensajero me ha dicho que era condición indispensable, que le diera el sujetador negro antes de poder dármelo. Como comprenderás, me ha costado muchísimo decidirme, pero no he tenido otra opción —se mofó ya, desde la puerta de la cocina.

—¡Ostras Alex! ¡Como te pille te vas a enterar!

—Tendrás que dejarlo para otro momento flor, porque con la cojera lo único que vas a conseguir es perder tu orgullo. Y ahora con tu permiso, voy a vestirme tranquilamente y luego vengo para ver qué contiene el paquete —Y salió de la cocina caminando como si fuera un rey.

Grrrr...

Esta vez había un sobre pegado en la parte de arriba del paquete.

*Tus pechos son increíbles.
Pude comprobarlo ayer.
Son míos y pienso tocarlos
pellizcarlos y chuparlos cada
vez que tenga oportunidad.
No se te ocurra volver a esconderlos.
Quiero tener acceso a ellos cuando
y donde quiera.
Jake*

Colorada como un tomate, seguía tratando descifrar el mensaje. ¿Estaba enfadado? o, por el contrario, ¿pretendía que enloqueciera de deseo?

Dentro de la caja había montones de sujetadores de todos tipos y colores a cuál más escandaloso. Eran preciosos y muy sensuales.

Moví la cabeza con incredulidad. Imposible. No iba a ponérmelos. Nunca. Jamás.

—¡Joder, son increíbles! Por fin podrás lucir un pecho escandaloso. Ya era hora flor.

—No los manosees que voy a devolverlos. No pienso usarlos.

—Me parece que huelo tu miedo cariño —se mofó Alex.

—No voy a caer en tu provocación que lo sepas.

—Si tu señor Thorn te conoce un poco, seguro que sabe que no le harás ni caso, pero, ¿no has pensado que podrías darle una lección si te viera con uno de estos, puesto? —cambió de táctica.

Sabía que me estaba enredando, y aun así mi parte perversa, últimamente aparecía mucho, deseaba darle celos a Jake, como venganza por lo que había pasado al principio de la reunión el día anterior.

—Está bien. Quizás tengas razón —dije de forma sumisa cogiendo los sujetadores y saliendo por la puerta de la cocina como si fuera una reina.

Empezaba la venganza...

Me acerqué al móvil y empecé a escribir:

Elena: Gracias por el regalo. Lástima que no vaya a poder usarlos hoy. O quizás si...

—No tardó ni cinco segundos en responder.

Jake: ¿Tienes pensado salir?

Elena: No...es que hoy he quedado con unos amigos en casa, para cenar y claro como ya no tengo mi antiguo sujetador, tendré que usar uno de los nuevos. Son una maravilla la verdad, y me quedan fenomenales. Tienes muy buen gusto. ¿Cuál crees que debería ponerme para esta noche?

Jake: Voy para allá....

Elena: ¡No hace falta! Jake, ¡Jake! ¿¡Jake!?!...

Ya no estaba en línea....

¡Ostras! ¿Qué he hecho? Me he metido en un buen embrollo. ¿Cómo he podido pensar que iba a poder darle una lección a este hombre? Me agarré la cara con las manos para evitar golpearme la cabeza con la pared por idiota.

—Flor dame un besito, guapa. —me dijo Alex con prisa abrazándome—. Nos vemos luego. No camines mucho cariño y recuerda que lo más seguro es que se me complique el día y llegue tarde. Sin embargo, si me necesitas, llámame y vengo rápido —y salió por la puerta dejándome a merced de mi

estupidez.

A los diez minutos...

Toc, toc, toc

Abrí la puerta y ahí estaba. Una fuerza de la naturaleza. Hizo el amago de abalanzarse sobre mí, pero se contuvo unos segundos: —¿Cómo tienes el tobillo?

—Bien...mejor —fijó la mirada en mi pecho.

—No llevas puesto el sujetador. —no era una pregunta.

—No. —cada vez estaba más congestionado, como si intentara por todos los medios controlarse.

—¿Estás sola?

—Sí —no me dio tiempo a acabar de hablar, cuando ya lo tenía encima de mí devorando mi boca mientras yo le respondía con la misma intensidad. Tenía sus manos por todo mi cuerpo, como si no pudiera escoger con qué parte quedarse.

Me rompió la parte delantera del pijama y se quedó observando mis pechos.

—Joder, son enormes nena. —Me alzó apoyándome en la pared para morderme y chuparme con ferocidad cada uno de ellos, mientras con la otra mano pellizcaba y golpeaba fuerte mi sexo, varias veces. Un orgasmo tremendo asoló mi cuerpo. ¡Qué vergüenza! Intenté esconder mi cabeza en su pecho. Había tenido mi primer orgasmo en menos de tres minutos.

—Mírame nena. Nunca te escondas de mí.

Me observó con ternura mientras me sostenía presionando su pelvis contra la mía.

—Eres perfecta, cariño. Adoro tocarte —me susurró con voz ronca llevando una mano al interior de mis braguitas hasta llegar a mi centro húmedo.

—Mierda, eres demasiado estrecha.

De nuevo, sentí mi cuerpo temblar cuando metió dos dedos dentro de mí embistiendo mientras yo movía mis caderas sin control.

—Por favor. No puedo más —gemía sobrepasada.

—Sí puedes, nena. Siente lo que te hago. Córrete otra vez.

—Jake...—grité y me dejé ir en un orgasmo brutal.

—Tu habitación.

Me dejó en el suelo suavemente para volver a cargarme, esta vez sobre su hombro.

—¡Jake, suéltame! —me quejé y palmeó mi trasero con fuerza, para posteriormente acariciarlo con ternura.

¡Ostras!, apreté la mandíbula. No sabía que era lo que más deseaba: si golpearlo o besarlo. Estaba excitada de nuevo, aunque no creía que mi cuerpo pudiera soportarlo más.

Entramos en la habitación y me depositó con suavidad en la cama. Empecé a ponerme nerviosa. Ya no había marcha atrás. ¿Le hablaba sobre mi problemilla? o esperaba a que no se diera cuenta y..., no me dio tiempo a decidirme cuando ya lo tenía encima de mí.

—Lo siento nena, pero no puedo esperar más. Te necesito ya. —asentí con la mirada mientras se abría la bragueta del pantalón e introducía su miembro en mi interior.

Sentí que me partía en dos. Aunque estaba muy mojada por los anteriores orgasmos, fue brutal el dolor.

—¡Ostia puta Elena! ¿Por qué no me has avisado? —me ladró quedándose inmóvil e intentando controlarse.

—Lo siento. No pensé que fuera tan importante. —Se le empezó a hinchar una de las venas de la frente de puro cabreo. Apretó los dientes con fuerza, como si sufriera un dolor insoportable.

—Maldita sea nena. Lo siento. Necesito moverme —gimió y empezó a moverse poco a poco, primero despacio y a medida que fui acostumbrándome a esa extraña sensación, fui yo la que salí a su encuentro.

Las embestidas eran cada vez más rápidas y necesitaba acercarme más a él. Agarré su trasero hundiendo mis manos en él y noté como su miembro se engrosaba más si cabe. Me cogió las muñecas me las sujetó encima de la

cabeza mientras comenzaba a moverse despiadadamente, más duro, más profundo.

—Joder...me encanta follarte—soltó para después apoderarse de mis labios.

Me sonrojé de nuevo con sus palabras. Sin embargo, me encantó su expresión. Estaba dominado por el deseo. Le rodeé el cuello con mis manos para poder profundizar el beso.

En cuestión de segundos llegué al orgasmo entre suspiros. Entonces Jake también se dejó ir enterrando la cara en mi cuello ahogando un grito y vaciándose dentro de mí.

No podía moverme; estaba agotada, saciada y un poco dolorida por el esfuerzo.

Me besó delicadamente apoyando su frente contra la mía, bajando por mi cuello y besándome lentamente mientras yo le acariciaba la espalda con movimientos suaves y tiernos.

—¿Tomas la píldora? —me preguntó intentando aún recuperar el aliento.

—Sí. Me la recetó el médico hace unos años. —pensé que iba sentirse aliviado por lo que hubiera podido pasar, aunque no fue así. Su cara era de resignación, pero no dijo nada más y yo no tuve fuerzas para preguntar.

Unos minutos después, noté como me limpiaba cuidadosamente mientras yo lo observaba adormilada.

—¿Te duele mucho cariño?

—No. Sólo un poquito.

—He sido un bruto. Tendrías que haberme avisado, nena —me dijo con dulzura.

—Ha sido perfecto. No te preocupes. —Se metió de nuevo en la cama conmigo observando y acariciando muy lentamente todo mi cuerpo.

—Dios, adoro tus pechos —susurró. Se dedicó a lamerlos y acariciarlos hasta que el sueño le venció con uno de ellos dentro de su boca.

Aunque estaba agotada, no podía dormir. Eran tantas las emociones que sentía en ese momento que no lograba relajarme lo suficiente. La podía definir

como la mejor experiencia que había tenido jamás, incluso mejor que mi pasión por los libros y eso me tenía muy asustada.

No sabía que iba a pasar cuando Jake despertara. ¿Se iría? ¿Querría repetir? ¿Cómo me sentía? ¿Y él? Me empezó a doler la cabeza por tantas y tantas preguntas de las que no tenía respuesta.

Jake debió notar mi desasosiego porque se despertó y me observó fijamente.

—Deja de darle vueltas a todo, nena; duérmete —y me besó con ternura apretándome contra él. Nuestros corazones se acompañaron y me dormí al cabo de unos segundos.

Unas horas después me desperté buscando su calor, pero ya no estaba. Se había ido, pero había dejado otro paquete y una nota.

*Si fuera poeta te diría
muchas cursilerías bonitas
pero como no lo soy, sólo
te diré que ha sido el mejor
polvo de mi vida.
Me siento honrado de haber
sido el primero...y el último.
Voy de camino a Nueva York.
Ya sabes, trabajo.
Más tarde te llamo.
Jake*

Luego dice Alex que yo no tengo filtro, y aun así este hombre me superaba. Quizás por eso nos atraíamos tanto. El paquete contenía un pañuelo precioso de seda del color de sus ojos.

Sé que te encantan mis ojos

*No es lo mismo, pero me gustaría
vértelo puesto.*

Y quizá algún día atarte con él.

Jake

Me volví a dormir ruborizada y feliz, abrazando aquel regalo tan romántico y excitante.

Me desperté de nuevo al cabo de siete horas. Hacía años que no dormía tanto, tan bien y menos siendo de día, por lo que sentí un poco de vergüenza. Me levanté, me duché, me puse un pijama nuevo y cambié las sábanas de la cama, no fuera a ser que Alex volviera y viera aquel desaguisado.

Me acerqué la cocina para hacerme el desayuno, bueno la comida-merienda y vi el móvil encima de la mesa de la cocina.

Tenía muchísimos mensajes y llamadas de Jake preocupado al principio y muy cabreado después. Dudé en llamarle o no, pero decidí darle una oportunidad para demostrarle que yo era la más madura en esta relación. Por qué, teníamos una relación, ¿verdad? Las dudas me carcomían; aun así, decidí ser valiente.

Marqué el número de su teléfono esperando, o no, que respondiera. Estaba nerviosa, pero mi indignación lo escondía.

—¿Sí? —contestó la voz de una mujer.

¿Qué hacía una mujer con su móvil? Intenté tranquilizarme con respiraciones lentas y profundas. No. No iba a pensar mal hasta no hablar con él.

—¿Hola? —oí que volvía a preguntar la mujer.

—Hola, ¿me puedes pasar con Jake, por favor?

—Ahora es un poco complicado. Está en la ducha. ¿Quién... —en ese momento sentí tanta rabia que colgué.

Me había comportado como una niña pequeña, pero me daba igual. No volvería a dirigirle la palabra nunca más. Nunca, nunca, nunca.

Sonó mi teléfono

—¡Sí! —dije aun rabiando.

—¿Se puede saber, por qué coño le has colgado el teléfono a Emma? —me rugió y entonces lo vi todo rojo y con rabia le solté:

—¡Olvidame, maldito arrogante, soberbio, neandertal y..y... feo!, bueno eso no —y colgué.

¡Ostras! No sabía ni insultar en condiciones. Se había acabado. Puse el móvil en silencio, no fuera ser que me llamara Alex, y me senté en el sofá a meditar. Era eso o echarme a llorar.

Cerré los ojos e intenté concentrarme, pero era imposible. Por mi cabeza sólo se repetía una y otra vez la misma escena. Y tampoco ayudaba el móvil que rebotaba en la mesa por la vibración de las llamadas del indeseable. Al cabo de un buen rato dejó de sonar. Sin embargo, no me sentí mejor.

Unos minutos después volvió a vibrar el móvil. Era Alex.

—Flor, me ha surgido un imprevisto y no podré volver hasta mañana.

—¿Estás bien?

—Sí. Estamos buscando un tipo de fotografía más técnica para una película y no damos con ella.

—Ok. No trabajes mucho. Hasta mañana.

—Hasta mañana guapa.

Más tarde, llamaron a la puerta. Detrás estaba Lucas con el altavoz del móvil puesto y una llamada en curso.

—Me ha pedido que viniera a comprobar que estabas bien, por eso de los últimos accidentes y para decirte que no seas niña y le cojas el móvil. —Esto último lo dijo como obligado.

—¿Está ahí en línea?

—Sí.

—Dame el teléfono —y se lo arranqué prácticamente de las manos.

—Que sepas, —le dije acercando mi cara al teléfono— que eres un patán, ridículo, energúmeno, bruto y.. y un mentecato, bueno esto último tampoco —tú, deja de reírte que esto es serio— le dije a Lucas, —y que hasta que te

conocí, nunca había tenido ningún accidente.

Y le volví a colgar.

—Y tú ya te puedes ir. —Fui a cerrarle la puerta en las narices, pero luego me lo pensé mejor—. ¿Lucas, estás bien?

—Claro que sí, flor.

—¿Se equivocó, lo sabes verdad?

—Sí, ya he hablado con él. —me sorprendió pues Alex no me había dicho nada.

—¿Te gusta? —Me miró sorprendido.

—Sí. Pero no confío en él.

—Daos tiempo y verás como todo se soluciona —dijo la que sabe tanto de amores. ¡Qué desastre!

Me acarició la cara con el pulgar, me miró con tristeza y se fue.

Cerré la puerta y me volví a sentar en el sofá. La meditación se había ido a la porra, así que decidí tumbarme.

El teléfono volvió a vibrar. Había recibido un mensaje nuevo.

Jake: Estoy de camino. No se te ocurra escapar. Prepárate. Cuando llegue te voy a follar sólo para mi placer contra la pared, luego en la barra de la cocina y para acabar me vas a explicar qué mierda ha pasado, porque yo sigo sin tener ni puta idea. Y por último si me satisface tu explicación, te haré el amor en mi cama, en mi casa; porque te vas a venir a vivir conmigo hoy mismo. Eres mía. Y no me vas a dejar nunca más.

Este hombre está loco. Ni loca pensaba abrirle la puerta.

Otro mensaje, esta vez de Emma

Emma: Elena, no sé qué es lo que has pensado que había pasado entre Jake y yo, pero no es lo que crees. Jake es mi hermanastro. Nunca hacemos mención de ello porque yo se lo pedí. No quería que se valorara mi trabajo por estar emparentada con él.

Si te digo esto es para que reconsideres tu decisión y perdones al tontorrón de mi

hermano. Te aseguro que es un poco bruto, pero te quiere muchísimo. Dale una oportunidad.

“¡Madre mía! He metido la pata hasta el fondo. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? No creo que pueda mirarle a la cara nunca más. Por otro lado, Emma ha dicho que me quiere. ¿Será verdad? Supongo que era sólo una forma de hablar.”

Estaba agotada. Sólo habían pasado tres días desde que le había conocido y ya lo había deseado, amado y odiado a partes iguales. Espera, ¿amado? ¿en serio?

No. No podía ser. Seguro que era el cansancio y el hambre. Al final no había comido y por primera vez en mi vida, tuve que obligarme a hacerlo. Tenía un nudo en el estómago que no me dejaba respirar. Aun así, me preparé un sándwich de jamón y queso y un vaso gigante de leche muy fría.

Una vez acabé de cenar, me puse el pijama, trencé mi pelo y me fui a la cama. No tenía sentido torturarme más. Sabía que había metido la pata y tendría que asumir las consecuencias en breve. Mi cuerpo estaba agotado sobre todo por la tensión. Cerré los ojos y me dormí a los pocos minutos.

Me desperté sobre la una de la mañana acalorada deseando ir a beber agua, pero no podía moverme. Levanté la mirada y cuál fue mi sorpresa cuando vi a Jake dormido de nuevo con uno de mis pechos dentro su boca, - este hombre tenía una obsesión con los pechos-, y con su brazo atravesando mi cintura y agarrando mi trasero.

Yo estaba completamente desnuda.

No sé cómo lo había hecho. Me había quitado el pijama y se había metido en mi casa y en mi cama, sin darme cuenta.

Aproveché para observarlo. Aunque estaba profundamente dormido, sus rasgos estaban tensos; parecía preparado para atacar. Se podían apreciar unas pequeñas ojeras en su rostro debido al cansancio de aquel día tan horrible. Yo era la culpable. No había confiado en él y ahora, probablemente había roto el vínculo emocional que nos había unido hacia unas horas.

Seguí observándolo a mi antojo. Decididamente, tenía un cuerpo perfecto. Brazos musculosos, cintura estrecha y unas piernas largas y fuertes. Su

miembro era largo y grueso, aún no tenía claro cómo había sido capaz de meterlo dentro de mí; y tenía un trasero tonificado y tan duro que estaba desando pellizcarlo de nuevo.

Necesitaba agua. Ya. Estaba sedienta. Y no tenía muy claro de qué.

Retiré con mucho cuidado su brazo y mi pecho de su boca y me incorporé. Fue instantáneo. Un escalofrío recorrió mi cuerpo ante la pérdida de calor. Quería volver lo antes posible a sus brazos, pero primero necesitaba calmarme y me dirigí a la cocina a por agua.

—Quieta —ordenó detrás mío—. ¿Leíste mi último mensaje? —Asentí con la cabeza sin girarme.

—¿Vas a soportar lo que viene ahora?

—Sí —dije con convicción, y sin darme la vuelta me empotró contra la pared del pasillo y me penetró de un sólo empujón con un bramido. Estaba tan excitada que mi cuerpo aceptó su miembro sin dificultad.

—Apoya las manos en la pared, sobre tu cabeza, juntas —me ordenó apretando los dientes— Cómo te corras se acabó. ¿Entiendes? Esto es sólo para mi placer. —volví a asentir, esta vez sin voz.

¿Cómo se suponía que iba a hacer eso? Estaba ya casi a punto y aún no había empezado a moverse.

Apretó su cuerpo contra el mío inmovilizándolo, puso una de sus manos sobre las mías y con la otra agarró mi trenza para tirar de ella mientras empezaba a embestirme con furia. Oía su respiración acelerada en mi oído.

En menos de dos minutos se corrió con fuerza dentro de mí, gritando mi nombre.

Era increíble sentirlo pegado a mí mientras intentaba recuperarse. Sin embargo, mi cuerpo necesitaba más. Necesitaba el alivio que se me había negado e intenté mover mis caderas para encontrarlo.

—No —rugió mientras salía de mí. Me cogió en brazos y me dejó encima de la barra de la cocina y allí, volvió a penetrarme de nuevo.

—Otra vez —me dijo y volvió a embestirme de nuevo con fuertes estocadas, aunque mucho más lentas volviéndome loca.

De repente paró.

—¿Qué ocurre nena?

—Por favor —le dije yo.

—¿Sientes dolor? —Asentí con la mirada—. Así es como me siento yo cada vez que huyes de mí. —Gemí cuando empezó de nuevo a moverse contra mí.

—¡Por favor! —supliqué ya sin dignidad mientras una lágrima caía sobre mi mejilla.

—¡Joder! —oí que me decía descarnado aún dentro de mí—. Perdóname cariño. Lo siento tanto... —me cogió la cara entre sus manos y hundió su lengua en mi boca reclamando la mía con fuerza, apretando y amasando mi pecho izquierdo mientras su otra mano sujetaba mi cintura para poder embestirme con fuerza y más profundo. Una y otra vez. Me agité incontrolada debajo de él buscando llegar al clímax.

—Vamos nena juntos, córrete conmigo —exigió y con tres embestidas más, el orgasmo más increíble azotó mi cuerpo, a la vez que él rugía el suyo propio gritando de nuevo mi nombre.

Pasados unos minutos y una vez nuestras respiraciones se habían normalizado, se incorporó conmigo en brazos y empezó a besarme muy lentamente, mientras se dirigía al cuarto de baño. Me dejó encima del lavabo para abrir el agua de la ducha y así llenar la bañera.

—Déjame ver tu tobillo. ¿Te sigue doliendo? —Me miró fijamente con deseo.

—No. ¿Por qué?

—Necesito follarte duro, pero no lo haré hasta que estés totalmente recuperada.

—¿Más? —mi cara ardía en llamas.

—Sí, más. Ven vamos a meternos dentro.

Primero se metió él y luego me hizo sentarme a mí entre sus piernas. El agua estaba bastante caliente y espumosa, tal y como a mí me gustaba.

Estuvimos unos minutos en silencio, sólo abrazándonos y acariciándonos

las manos.

Era perfecto. No eran necesarias las palabras. Quería quedarme así para siempre. Me acomodé entre sus fuertes brazos mientras saboreaba el placer de tenerlo tan cerca de mí.

—Venga nena, salgamos antes de que te quedes dormida. —Estaba agotada, exhausta. Salió de la bañera se puso una toalla encima y después me secó a conciencia. Me estuvo peinando el pelo un buen rato y a continuación me cogió en brazos y nos metió a ambos en la cama.

—Descansa cariño. En pocas horas tendremos que levantarnos.

—Jake —le dije casi dormida.

—¿Qué pasa nena?

—¿Cómo has entrado?

—Si te lo dijera tendría que matarte a cosquillas —sonreí por la broma.

—¡Uf, que miedo! —su sonrisa era preciosa—. Jake...

—Dime pequeña.

—¿Estamos juntos?

—Sí cariño. Eres mía y yo soy tuyo, para siempre. —No quería ponerme a descifrar las connotaciones de lo que significaba ese para siempre, así que continué en mi línea de preguntas.

—Vale... Jake...

—Dime cielo.

—¿Entonces tenemos una relación?, porque a mí me gustas mucho y creo que es lo adecuado, después de todo lo que ya hemos hecho, ¿sabes?

—Claro que sí —y se rió con suavidad.

—Bien...Jake...—mis ojos se cerraron con lentitud por el cansancio.

—Dime amor.

—Me gustas mucho.

—Te amo pequeña —susurró; sin embargo, ya estaba dormida y no pude oírlo.

Capítulo 6

Otra vez se había ido.

¿Qué pasaba con este hombre? ¿No le gustaba dormir o qué?

Me dolían todos los músculos del cuerpo, incluso los que no tenía y aun así, no podía dejar de sonreír. ¡Era la mujer más feliz del mundo!

Tenía una relación con el hombre más increíble del mundo entero y además hoy empezaría a trabajar realmente en lo que quería. Me dolía la boca de tanto sonreír.

Me incorporé y grité:

—¡Soy feliz!

—Flor —Alex me habló desde tu habitación—, me alegra mucho que seas feliz, pero algunos tenemos que dormir. Hace sólo un par de horas que he llegado. Así que, por favor, ¡Cállate!

Entonces... ¡Seguro que había conocido a Jake! Salté de la cama, corrí hacia su habitación y me tiré dentro de la suya.

—Alex, ¿Le has conocido?

—Sí flor, y te digo desde ya, que como te descuides te lo quito.

—¡Alex! —y le di en la espalda con un cojín—. ¿Qué te ha parecido?

—Que está muy bueno —y le volví a golpear con el cojín, aunque esta vez en la cabeza.

—¡Eh! Te estás volviendo una salvaje como él.

—¿¡Cómo!?! ¿Qué ha pasado?

—Nada flor. Cuando me vio quiso marcar territorio hasta que se dio cuenta que no era una amenaza para él. Me gusta cariño, pero ten cuidado no rompa tu espíritu. Es demasiado intenso y posesivo. —Asentí con la cabeza—.

Por cierto, te dejó algo en la cocina. Y ahora lárgate que tengo sueño.

Antes de que saliera por la puerta añadió: —flor, luego pasaré a verte. Tengo que presentar un proyecto para la portada de un libro en tu editorial. He quedado con un tal... señor Andrew. —Abrí la boca para aclararle quién era; sin embargo, al final, preferí callar.

—Descansa Alex. Luego nos vemos—y cerré la puerta de su habitación sonriendo.

Me acerqué a la cocina para ver qué me había dejado esta vez.

¿Una maleta? ¿En serio?

Elena

No te voy a pedir que te vengas a vivir conmigo aún, pero,

¿qué te parece si pasamos este fin de semana juntos?

Aunque vaya en contra de mi instinto, voy a tratar de ir despacio.

Porqué para mí, eres lo más importante.

No hace falta que metas nada en esa maleta, porque pienso tenerte

desnuda y a mi disposición todo el fin de semana, para que me

compenses por lo de..., ¿Cómo era? Ah, sí: maldito arrogante, soberbio,

neandertal o quizás fuera lo otro: patán, ridículo, energúmeno y bruto...

Jake

Me sonrojé de nuevo, como venía haciendo últimamente por las mañanas. Este hombre me mantenía constantemente avergonzada y excitada a partes iguales.

Me arreglé rápidamente y después de desayunar y de lavarme los dientes, me fui a coger el metro.

—Espere señorita Baker. —Me giré para ver quien me hablaba y me encontré a Bryan.

—Buenos días Bryan, ¿Qué sucede?

—El señor Thorn me ha pedido que la lleve donde usted necesite. —
¡Ostras!, este hombre era un obseso del control y un manipulador. Sabía que
iba a hacerle caso por no ofender a Bryan. Grrrr... ¡cuando lo cogiera se iba a
enterar!

—Está bien Bryan —y subí al coche con un suspiro.

Una vez llegamos a la editorial, y tras saludar al señor Peterson, me dirigí
al despacho de Emma. Llegaba más temprano de lo habitual. Quería causarle
buena impresión.

Abrí la puerta y me sorprendí. Emma ya estaba allí.

—Buenos días Emma.

—Buenos días Elena. ¿Preparada? —Asentí con la cabeza—. Hemos
adecuado mi despacho para que podamos trabajar aquí las dos, por lo que
hasta que me abandones, —hizo un mohín— puedes considerarlo también
como tuyo...

—Se notaba que era un despacho de mujer, cómodo y práctico, pensado
para poder trabajar durante largas horas. Los muebles eran sencillos, pero de
calidad, con amplios escritorios y unos sillones tan grandes y cómodos que en
los que se podía fácilmente dormir. Entraba mucha luz a través de un gran
ventanal que acababa en un precioso sofá. Un espacio perfecto para poder
abstraerse mirando por la ventana las increíbles vistas mientras te tomabas
algo calentito.

Sin embargo, lo mejor eran las paredes. Estaban llenas de librerías
repletas de centenares de libros, colocados de manera que armonizaban con
toda la habitación.

Era un lugar increíble en el que disfrutaría trabajando—.

...Es importante, para que podamos trabajar de la manera eficiente, que no
me veas como tu jefa. Prefiero que seamos compañeras; y quien sabe, quizás,
con el tiempo, podamos llegar a ser buenas amigas.

—Yo... —No sabía que decir. Sólo me quedé observándola mientras me
caía una lágrima por la mejilla.

—Perdona Elena, no he querido angustiarte —se levantó de su silla, se
acercó a mí preocupada y me abrazó.

—No. Perdona tú. Es que me he emocionado —le dije sonriendo—. Espero poder estar a la altura.

—Y yo te aviso que soy bastante desordenada y que no soy persona hasta haberme tomado mi primer café de la mañana. Aun así, no me cabe la menor duda que juntas vamos a ser una fuerza muy positiva para esta empresa.

Pasamos toda la mañana entre montañas de textos, separando los que nos parecían más interesantes, para poder empezar a trabajar con ellos. Emma era tan exigente o más que yo y tenía unas ideas muy originales. Yo en cambio, era más conservadora, por lo que teníamos que encontrar un punto intermedio entre las dos.

Cerca del mediodía me pidió que me acercara al archivo de la editorial a buscar una documentación, mientras ella iba a recursos humanos. Tenía que dividir su trabajo de editora con el de jefa, por lo que no podía descuidar ninguno de los dos.

Estaba buscando dentro del archivo, cuando oí un ruido al fondo de la habitación. Me acerqué buscando la procedencia de los sonidos, un poco asustada, aunque jamás lo reconocería, pensando que podía tratarse de ratas. Procuraba ir despacio porque, con la mala suerte que tenía últimamente, seguro que alguna me acababa mordiendo.

Los sonidos cada vez eran más claros. Me acerqué con sigilo para mirar entre dos estanterías, aunque nada me podría haber preparado para lo que vi.

—Necesito que me perdones, —esta vez era Alex quien tenía acorralado a Lucas contra la pared. — por favor— le susurró apretándose y presionando sus caderas contra Lucas, una y otra vez, mientras apretaba con fuerza su trasero. Lucas gemía cada vez con más fuerza, excitado, perdido en los ojos de Alex y a punto de perder el control.

—Déjame —le dijo ya sin fuerzas a Alex.

—Jamás. —Alex aprovechó para besarlo con fuerza mientras Lucas le devolvía el beso con la misma intensidad.

Era maravilloso ver a dos personas tan bellas por dentro y por fuera amarse de esa manera. Me hacía muy feliz ver que estaban arreglando sus diferencias.

Decidí irme lo más silenciosa posible, para no llamar su atención. Me

parecía indiscreto continuar ahí. Reconocía, no obstante, que había sido muy excitante.

Me agaché para que no me vieran y fui caminando encorvada unos metros, hasta que tropecé con unos zapatos negros y brillantes que interrumpían mi huida silenciosa. Me incorporé de inmediato y me tapé la boca con las dos manos para evitar gritar por el sobresalto.

—¡Maldita sea Jake! ¡Me has dado un susto de muerte! —susurré para evitar que me oyeran Alex y Lucas.

Le cogí de la mano y lo arrastré fuera del archivo. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, me sonrojé, estado ya natural últimamente en mí, y le solté la mano. Menos mal que nadie nos había visto.

—Perdón señor Thorn. Ha estado fuera de lugar —solté apresuradamente su mano y agaché la cabeza golpeando uno de mis pies contra el suelo a la espera de la reprimenda.

—Elena, ¿recuerdas lo que te dije la última vez que te advertí que me miraras? —o no, no, no... —y eché a correr como si me fuera la vida en ello. Cuando creía que lo había perdido de vista, me metí en el cuarto de baño de mujeres para recuperar el aliento.

¿Se puede saber qué le pasaba a este hombre? ¿No se daba cuenta que no podía besarme delante de todo el mundo? ¿Cómo iba a parecer seria y responsable ante mis compañeros si...si... —¡Elena! —rugió mientras entraba en el baño. Menos mal que no había nadie.

¡Madre mía! Era como un dios del Olimpo furioso, a punto de atacar y sólo podía pensar en lamer todo su cuerpo.

Se frenó y por primera vez vi que se sonrojaba. Que extraño.

—Nena, me tienes loco con tanto huir de mí. Tú te lo has buscado —y me puso sobre su hombro mientras yo pataleaba y le gritaba que me bajase.

Pasamos delante de Alex y Lucas, que no se atrevieron a intervenir por la cara de cabreo que tenía Jake y llegamos de nuevo a su despacho. Cerró la puerta con pestillo.

—¡Eres un grosero Jake! ¿Se puede saber por qué me has avergonzado delante de todo el mundo? ¡No puedes hacer lo que te venga en gana y cuando

te venga en gana! Eres un animal, posesivo, insolente y.y... ¿por qué no dices nada?

—Estaba esperando a que acabaras de gritar —me dijo con indiferencia burlándose de mí.

En ese momento lo vi todo rojo y arremetí contra él para pegarle un pisotón, pero antes de que pudiera llegar a mi destino, me cogió en volandas y me lanzó al sofá. Se puso encima mío y empezó a besarme frenético mientras yo intentaba morderle y empujarle para que me soltara. Era una lucha de poderes sin igual. Perdí la razón al tenerlo tan pegado a mí. No podía parar de acariciarlo de forma salvaje apretando, arañando y mordiendo toda la piel que se ponía a mi alcance.

Acabamos rodando por el suelo y arrancándonos la ropa con desenfreno. Fui yo la que introduje su miembro dentro de mí. Le palmeé y arañé varias veces el trasero para que fuera más rápido y contundente, buscando mi propio placer sin pensar en él, hasta alcanzar el clímax. Él me siguió unos segundos después.

—Lo siento —le dije arrepentida un buen rato después—, yo no quería...

—Shhh —me dijo poniéndome un dedo en la boca—, joder nena, puedes usar me así cada vez que te dé la gana y me volvió a besar.

Un par de horas después seguía en el sofá del despacho de Jake pegada a él intentando que entrara en razón.

—Suéltame Jake, tengo que irme. —Habíamos comido en su despacho y quedaban sólo treinta minutos para reincorporarme al trabajo. Quería asearme un poco y tomarme un té.

—No.

—¡Jake!, cuanto más tardes en soltarme, más tardaré en salir hoy de la editorial.

—Prefiero que me expliques por qué salías del archivo como una ladronzuela.

—No salía como una ladronzuela si no de forma discreta, para que te enteres. Y nunca jamás te diré por qué, así que suéltame ya, que tengo que irme.

—Nunca jamás te voy a soltar —usó mis propias palabras—. Eres mía para hacer contigo lo que quiera y por supuesto que sí me vas a decir qué hacías ahí dentro. —Me miró de forma traviesa y empezó a hacerme cosquillas por todo el cuerpo. ¡Era horrible!

Al cabo de un minuto ya no podía más, pero no pensaba confesar.

—¡Para, para! ¿Sabías que las cosquillas pueden ser traumáticas?

—Las mías no. Vamos nena confiesa o sigo. Última oportunidad —me miró retándome.

—Jamás —y le saqué la lengua burlándome de él.

Sus ojos se oscurecieron por la pasión. Había aceptado el reto.

Observé cómo se quitaba la corbata despacio. Estaba tan ensimismada mirando como movía sus poderosos brazos, que cuando me di cuenta me había atado las muñecas y me encontraba boca arriba en el sofá. Se colocó encima mío, me abrió la camisa y él muy sinvergüenza empezó a hacerme cosquillas de nuevo con las dos manos mientras con los labios me mordía el cuello incrementando la sensación.

Tenía que buscar la manera de distraerlo para que se olvidara del maldito archivo y me soltara, así que hice lo primero que se me ocurrió, le mordí y lamí el cuello jadeando por el placer de poder tocar una parte tan íntima de su cuerpo y que olía tan bien. Sorprendido por lo que estaba haciendo se quedó quieto un momento, suficiente para quitarme la corbata y subirme encima de él. Me miraba extasiado a la espera de mi próximo movimiento. Le abrí la bragueta y le bajé los pantalones y los calzoncillos, hasta las rodillas, lo justo para poder acariciar el interior de uno de sus muslos, muy lentamente, subiendo y bajando sin llegar a alcanzar su miembro.

Puse la boca dónde antes había estado la mano y seguí el mismo trayecto, lamiendo y mordiendo de arriba a abajo. No paraba de gemir apretando los puños al costado como si le doliera lo que le estaba haciendo.

—¿Más?

—Sí —gimió con fuerza. Casi no era capaz de hablar.

Puse mi boca de nuevo en su muslo a la vez que agarraba su miembro con una de mis manos, subiendo y bajando. Lo tenía duro como una piedra.

—¡Joder, Elena! —Empujó sus caderas a la vez que jadeaba y me dedicó una mirada desesperada y hambrienta.

—¿Quieres que me lo meta en la boca?

—Sí.

—¿Así? —Lamí primero suavemente la punta y luego chupé y mordisqueé el tronco. Me metí la mitad en la boca y lo saqué varias veces. Sus caderas se movían suavemente acompasando mis movimientos.

—Mierda nena, más —suplicó con la mirada. Adoraba saber que tenía tanto poder sobre él.

Me lo metí entero en la boca hasta el fondo amando su sabor y ayudándome con la otra mano.

Perdió completamente el control y me agarró del pelo mientras empujaba cada vez más rápido y más profundo.

—Elena, estoy a punto de correrme. Apártate ahora. —jadeó de nuevo por el placer.

Sonreí e incrementé la velocidad hasta que se corrió en mi boca. Rugió tan fuerte mi nombre que era imposible que no se hubiera enterado todo el edificio.

—Te toca —con la respiración aún acelerada y mirándome con veneración, metió una de sus manos entre los pliegues de mi sexo y empezó a frotarme el clítoris. Estaba tan excitada que no tardé nada en sucumbir. Esta vez fui yo la que grité su nombre.

—Y ahora, ya puedes proceder a lamerme todo el cuerpo —dijo con sonrisa canalla. Y así lo hice, al menos durante un rato.

Era consciente de que me había dejado marchar, cuando se sintió satisfecho y no antes.

Capítulo 7

—Elena. Necesito pedirte un favor enorme —me dijo Emma entrando en el despacho esa tarde.

Estaba completamente concentrada en un libro biográfico sobre Svern Suzuki bióloga ecóloga y activista ambiental canadiense que, en 1992, con 13 años, recaudó dinero para asistir a la Cumbre de Medio Ambiente y Desarrollo organizada por la ONU en Río de Janeiro. Hablaba entre otras cosas, del discurso que hizo sobre cuestiones ambientales desde la perspectiva de los jóvenes y la reprimenda que echó a los asistentes que dejó muda a la sala.

—Perdona. —Se preocupó cuando me asusté—. No sabía que estabas tan concentrada.

Le expliqué el motivo de mi abstracción y después le pedí que prosiguiera con su petición.

—Estoy tratando de cerrar un acuerdo con una autora de ciencia ficción increíble y debo hacerlo mañana mismo porque está muy solicitada y temo se me escape de las manos.

El caso es que tengo dos entradas para asistir a la Comic-Con de San Diego que se celebra esta semana. Es importante que asistamos este año porque habrá muchas novedades. Ya sé que te lo pido muy precipitadamente, pero necesito que vayas tú. Y puedes llevarte a quién quieras contigo. Además, iréis en uno de los aviones de Jake con todas las comodidades. ¿Qué te parece?

Lo primero que pensé es que Alex se iba a emocionar cuando se lo dijera. Era un iluminado de los cómics y sobre todo el mayor fan de Los Vengadores. Este año, las entradas se habían agotado casi antes de que salieran a la venta.

—Acepto encantada. Tengo un amigo que es fan de este tipo de eventos y este año no ha podido comprar entradas antes de que se agotaran. —Sin embargo, después me acordé del grandullón que tenía a cincuenta metros de nuestro despacho. No sabía cómo se lo tomaría. El cabreo podría ser doble; me iba con Alex en vez de con él y además en nuestro fin de semana.

Lamentaba no poder pasar ese fin de semana con él, pero tendría que entenderlo, ¿no?

—Genial Elena. Disfruta de tu fin de semana —se giró para irse; sin embargo, se lo pensó y me preguntó—: Quizás me meta en lo que no me importa, pero me gustaría saber si estás mejor con Jake.

—Sí, Emma. Todo fue un malentendido y me disculpo por ello. Me cegaron los celos. Lo siento, en serio.

—No te preocupes. Me alegro que todo fuera bien. Cuidad lo que tenéis Elena, porque es único e irrepetible —dijo con nostalgia.

¿Qué le habría pasado? Estaba claro que había sufrido mucho y seguía haciéndolo. Quizás con el tiempo necesitara hablar y yo estaría ahí para apoyarla.

—Emma ¿te importa si te pregunto algo yo también?

—Claro dime —me respondió.

—¿No crees que Jake es un poco intenso? ¿Siempre ha sido así?

—No cielo. Jake siempre ha sido tierno, cariñoso y tranquilo. Tú eres la causa de que se haya vuelto un bárbaro intratable. Fue verte la primera vez y entrarle el instinto de posesión y protección más profundo que había visto en alguien. Sólo lo he visto en otra persona, aunque bueno, ahora no viene al caso hablar de ello.

Ahora ya sabes a lo que te enfrentas. Sabes lo bueno y lo no tan bueno. Y que sepas que es muy divertido e inspirador estar cerca de vosotros. Lo dicho: buen fin de semana. —Me lanzó un beso y se fue.

Decidí que debía enfrentar a Jake lo antes posible, pero por si acaso tenía preparada una vía de escape.

“Tú puedes, tú puedes, ya eres una adulta y no le debes explicaciones a nadie” —murmuraba para mí misma acercándome cada vez más despacio al despacho de Jake.

—Elena, ¿Se encuentra usted bien? —me preguntó la secretaria de Jake. Había estado tan absorta que casi me muero del susto cuando oí la voz de Madeline.

—Claro Madeline. ¿Cree que pueda entrar para hablar con el señor Thorn, antes de su próxima reunión? Sabía que era en diez minutos. Esa era mi vía de escape.

—Por supuesto Elena. Tengo orden de dejarla entrar siempre que venga.

—Gracias. —Golpeé suavemente la puerta y esperé a que me diera paso.

—Adelante.

—Buenas tardes, señor Thorn —hacía escasamente una hora que había estado en este mismo sitio, aunque en otros menesteres. Me sonrojé profundamente.

—Buenas tardes, señorita Baker —me miró con deseo de nuevo. ¡Madre mía!, ¿este hombre no se cansaba nunca o qué?

—Usted dirá —dijo apoyando la espalda en el respaldo de su silla y uniéndole sus manos a la espera.

—Veras... Jake...yo... —¡Ostras! No me salían las palabras.

—Dilo sin más, nena. —Me volví a sonrojar por el apelativo cariñoso.

Le miré a la cara, por Dios que guapo era este hombre, y me acobardé.

—Creo que mejor lo hablamos luego, si te parece. Tampoco es tan importante... Hasta luego. —Cogí el pomo de la puerta para abrir... —No se te ocurra abrir esa puerta, Elena. —Me quedé quieta de espaldas a él a la espera de su próximo movimiento. Se levantó de su silla y se acercó despacio —. Mírame y explícame qué pasa.

—Jake...mmm...—me di la vuelta, alcé la mirada y le solté todo de un tirón.

—No.

—¿No qué?

—¡Que no vas a ir a ninguna parte! —rugió.

—¿Y se puede saber por qué no? ¡Y no me grites! —empezaba a enfadarme por momentos.

—¡Pues no me cabrees, joder! Cuando te vean todos los degenerados de San Diego se van a querer quedar contigo así que no te lo permito. —gruñó con el pecho levantado y los brazos cruzados.

¿Se había vuelto loco o qué? Me lo quedé mirando atónita. No era sólo posesivo. Era también un bruto y peor que un cavernícola.

—Voy a ir con Alex así que no me va a pasar nada —suavicé mi voz intentando razonar con él.

—Tampoco quiero que vayas con él. Y ya que estamos, ¿por qué vives con él y conmigo no quieres? —me miró enfurruñado. Parecía un niño con una rabieta. Si no fuera tan seria la conversación me hubiera entrado la risa.

Grrrr... era como darse contra una pared, no había forma de hacerle cambiar de opinión y aprovechaba cualquier resquicio para sacarse algo nuevo de la manga.

—Mira Jake te lo voy a explicar muy fácil. Pienso ir a San Diego porque es importante para esta empresa y para mi futuro. Me voy a llevar a Alex porque es mi mejor amigo. Me ha cuidado y ha estado siempre cuando lo he necesitado, tanto en lo bueno como en lo malo. Quiero hacerle feliz, como él ha hecho siempre conmigo. Y no quiero irme a vivir contigo, porque hace sólo cuatro días que te conozco y creo que no ha pasado tiempo suficiente para que eso suceda.

—¿Entonces me estás diciendo que lo prefieres a él antes que a mí? —lo miré cansada. ¿Cómo podía un hombre de tanto éxito ser tan obtuso y celoso?

—De momento no tengo nada más que añadir. —Me negaba a seguir con esta conversación.

En ese momento entró Madeline para informar a Jake sobre su próxima reunión. Aproveché la ocasión para irme.

—Nos vemos el lunes, señor Thorn. —No pudo añadir nada más, así que me miró con una mezcla de anhelo y promesa de venganza mientras yo le soplaba un beso con la boca.

Diez minutos después, de camino a casa empecé a escribir a Alex.

Elena: ¿Dónde estás?

Alex: Ocupado

Elena: ?????

Alex: ¿Me necesitas?

Elena: No

Alex: Pues mejor hablamos luego

Debía estar con Lucas y por eso me evitaba. Sonreí y lo volví a intentar.

Elena: Vale. No te preocupes. Tendré que ir a buscar otra persona para que venga conmigo a la Comic-Con de San Diego. ??????

Al segundo...

Alex: ¿¿¿Queeeeé????

Elena: Pues eso, me sobra una entrada y no sé a quién llevarme; sin embargo, si estás ocupado mejor me busco a otro.

Alex: ¡Ni se te ocurra!

Mi teléfono sonó. Era Alex.

—Tienes una hora para hacer la maleta. Ha sido de improviso y no tenemos más tiempo —le dije con urgencia.

—Estaré preparado. Quita Lucas, déjame, que no tengo tiempo. —Se oía la risa de fondo de Lucas—. Hasta ahora flor.

Cuando entré en casa Alex y Lucas estaban medio discutiendo

—¿Y se puede saber por qué no puedo ir con vosotros? —decía Lucas enfurruñado.

—Pues porque sólo me ha invitado a mí y no puedo imponérselo ¿vale?

Me moría de la risa cuando los vi.

—Claro que puedes venir Lucas, pero no tengo más entradas.

—Yo sí —siguió Lucas—, siempre nos mandan varias a la editorial. Normalmente cuatro o cinco, ¿no te lo ha dicho tu querido señor Thorn?

—No. Qué raro...—no tenía tiempo pararme a pensar—. Venga vamos chicos. Quedamos en la entrada de casa en una hora ¿Vale?

Lucas salió volando de casa para hacer también su maleta.

Pasada la hora Bryan y Lucas ya estaban en la puerta de casa esperando.

Me hacía gracia verlos en posición de espera, como si fuéramos personas importantes. Cuando nos vieron salir se adelantaron para ayudarnos con las maletas. De reojo vi como Lucas acariciaba con disimulo el trasero de Alex que lo miraba echando chispas por los ojos. Iba a ser muy divertido ver a Alex enfurruñado.

Estuvieron todo el camino decidiendo que iban a hacer en San Diego. Cuando la conversación pasó a ser más íntima, me puse los auriculares y fijé mi vista por la ventana.

Mientras observaba el paisaje que dejábamos atrás, pensaba en todo lo que había pasado últimamente.

Mi vida había cambiado por completo en pocos días. Desde la primera vez que había puesto mis ojos en él, había reído, llorado, deseado y odiado. Me sentía viva, dichosa y deseada, pero también me preocupaba tener tanta dependencia emocional de él.

Era sobrecogedor sentir tanto.

—Flor, ¿estás bien? —me preguntó Alex acariciando mi brazo.

—Claro que sí Alex. Estoy más que bien.

Tardamos unas dos horas en llegar a San Diego. Bryan se encargó de recoger el coche de alquiler y llevarnos al Fairmond Grand del Mar, un hotel con tendencias mediterráneas, muy confortable y lujoso. Me sorprendió que Emma hubiera reservado dos suites, pero aún más que estuvieran tan alejadas una de la otra.

Esa noche, prefería relajarme y cenar en mi habitación, por lo que me despedí de los chicos hasta el día siguiente.

Cuando entré por primera vez en la habitación, decidí me iba a quedar allí para siempre. Era casi tan grande como la casa donde vivíamos Alex y yo, muy elegante y con unas maravillosas vistas al campo de golf. Me fijé en la cama king size y pensé que lo primero que iba a hacer esa noche cuando me fuera a dormir, sería rodar por la cama como una croqueta.

Me reí sola de mi propia estupidez.

En el baño había una bañera de hidromasaje que fue lo primero que estrené. Estuve cerca de una hora ahí dentro. Cuando vi que estaba más

arrugada que una pasa, decidí salir y mientras acababa de ponerme el pijama pedí me subieran la cena. No tenía sentido vestirme ya que no iba a tener compañía, así que me puse un pijama corto y fresquito que tenía con dibujos de Pluto, mi perro favorito.

Había pedido una cena fría, por lo que una vez me la sirvieron, decidí que primero iba a relajarme un poco en la terraza con una copa de vino blanco. Era ya de noche por lo que no se podían apreciar las vistas. Aun así, el cielo estaba plagado de estrellas y una suave brisa mecía la superficie del mar. El aire era cálido, pero no agobiante. Me apoyé en la barandilla disfrutando del silencio y la calma.

Era un lugar perfecto para relajarse y despejar la mente.

—Me encanta tu pijama —susurró alguien en mi oído mientras pasaba su mano desde mi sexo hasta mi trasero.

—¡Jake! —Un escalofrío atravesó todo mi cuerpo, ahora tembloroso por sus caricias.

—¿Me has echado de menos nena? —sonrió detrás mío.

—No.—Me negaba a que supiera que me moría por sus caricias. Se lo tenía demasiado creído.

—Bien. Entonces vamos a cenar. —Me cogió de la mano y me ayudó a sentarme para cenar.

Lamenté lo estúpida que había sido por desaprovechar el momento y gemí en silencio por la frustración.

—¿Qué haces aquí Jake?; pensé que tenías trabajo —dije más enfadada de lo que pretendía.

—Sí. Sin embargo, ya te lo dije. Eres mía, así que donde tú vayas yo también —contestó sin dejar de mirarme.

—No puedes estar siempre detrás mío, pegado a mis faldas —le aclaré provocándolo.

—Sí que puedo —me miró enfadado y no añadió nada más antes de ponerse a cenar.

La cena fue un desastre. Ambos en silencio y cada uno sumido en sus

propios pensamientos.

Me había comportado como una niña caprichosa y lo había despreciado. Cargaba con muchas responsabilidades y aun así había hecho el esfuerzo de venir para estar conmigo. No era propio de mí. Había sido cruel sin justificación. Y aunque Jake me había sacado varias veces de quicio por ser tan controlador y sobreprotector, le necesitaba tanto como respirar.

Lo observé discretamente, mientras se tomaba el café. Estaba agotado y tenía profundas ojeras. Incluso así era impresionante. Era tan guapo que daban ganas de rendirle pleitesía.

Tenía que arreglar este desastre.

—Jake, voy al baño. —Me levanté de la silla y fui al baño a lavarme los dientes. Aproveché para soltarme el pelo para la puesta en escena.

Cuando salí del baño, Jake estaba en la terraza observando la luna, como si le fuera a dar respuesta a lo que le preocupaba. Se giró cuando me oyó y me observó con detenimiento. Su mirada me acariciaba el cuerpo lentamente mientras me acercaba a la cama. Sabía que le encantaba ver mi pelo suelto. Sus ojos se oscurecieron por la pasión. Me agaché para abrir la cama y le escuché gemir.

—Jake me voy a dormir. —No contestó. Sus manos agarraban con fuerza la barandilla, mientras observaba todos y cada uno de mis movimientos.

—Hace demasiado calor. —Gemí a propósito y empecé a quitarme la camiseta del pijama. No llevaba ropa interior. Mis pechos quedaron expuestos a su mirada. Noté como mis pezones se endurecían, cuando empezó a tocarse el miembro mientras me observaba. Ambos jadeábamos ya sin control.

Me di la vuelta y me incliné levemente para bajarme los pantaloncitos del pijama. Cuando fui a incorporarme una fuerza demoledora me golpeó desde atrás, alzando mi cuerpo con una fuerte embestida.

Jake estaba completamente descontrolado. Me tenía agarrada con uno de sus poderos brazos por debajo del pecho. Embestía sus caderas, aún vestido contra mí, mientras me acariciaba el clítoris con fuerza y frotaba su cara contra mi pelo.

—Vamos Elena, córrete. No puedo aguantar más —suplicó al cabo de unos minutos.

—Más... necesito más —rogaba por la liberación. Estaba casi llegando, pero faltaba algo. Subió su mano para pellizcarme con fuerza uno de mis pechos mientras mordía mi hombro.

—¿Mejor cariño? —preguntó ya fuera de sí.

—Sí —jadeé por la impresión. A los pocos segundos llegué al clímax con fuerza a la vez que él.

Me giré para enfrentarlo y observé su cara congestionada por el placer. Me apretó contra él con cariño, besándome el cuello y el hombro mientras rozaba mis pechos con sus pulgares.

—Lo siento —susurré—. ¿Me perdonas?

Lo había sorprendido. Alzó su mirada y me observó con veneración.

—Siempre nena.

Me cogió en brazos y se dirigió al baño.

—Ahora vamos a ducharnos y después me vas a compensar por haberme dejado con la polla tiesa esta tarde en el despacho.

Estuvimos ocupados después de aquello hasta bien entrada la madrugada.

Capítulo 8

—Vamos nena despierta. Tienes el sueño muy profundo. —Jake estaba recién duchado observando mi cuerpo desnudo.

—Mmmmmmm. Vete y déjame dormir. —Me giré y metí la cabeza y el resto de mi persona debajo de la sábana.

—Hemos quedado en una hora abajo.

—No quiero ir. Mi cuerpo no funciona gracias a ti. Vete tú. Pienso quejarme a recursos humanos de lo que me has hecho esta noche. —Escuché como se aguantaba la risa.

—Elena, o te levantas o te levanto yo. Tú decides. —Saqué la cabeza de debajo de la sábana para observarlo. No me podía creer lo que acababa de decir.

Me miraba con una sonrisa burlona y los brazos cruzados a la espera de mi siguiente movimiento. Le lancé una almohada que impactó en su pecho y metí de nuevo la cabeza debajo de la sábana mientras me desternillaba de risa.

—Está bien. Tú lo has querido. —Retiró la sabana de mi cuerpo y abriéndome las piernas y los pliegues de mi sexo, empezó a chuparme y lamirme mientras me penetraba con dos dedos.

Estaba ya completamente despierta, con la respiración acelerada, excitada y bastante abrumada, por lo que estaba sintiendo.

—Joder Elena, que bien sabes —susurró con deseo.

No me podía creer lo que estaba haciendo este hombre. ¿Se había vuelto

loco o qué?

Intenté apartarlo, pero era más fuerte que yo y no pude. Al cabo de un rato ya no me importó.

Sentía mi cuerpo en llamas. Aceleró entrando y saliendo una y otra vez, mientras me chupaba cada vez con más fuerza.

—¡Jake, por favor...más! —Agarré con fuerza su cabello mientras me arqueaba necesitada.

—Pídeme perdón. —Dejó de chuparme y mantuvo sus dedos dentro de mí mientras me observaba a la espera de mi respuesta.

—¿Perdón... perdón por qué? —Era incapaz de hilar una sola frase debido a estado de excitación.

—Por tirarme el cojín y no hacerme caso cuando te he pedido amablemente que te levantas.

—Eres... eres...

—No te oigo nena.

— ¡Lo siento! Pero como no acabes lo que has empezado, te juro que te mato.

—A tus órdenes amor —dijo el muy sinvergüenza sonriendo. Sacó sus dedos de mi interior, puso mis piernas sobre sus hombros y empezó a embestirme con la boca chupando, mordiendo y pellizcándome con fuerza el trasero hasta que me desbordé y estallé en un espectacular orgasmo, aullando su nombre.

Subió encima de mí, observándome orgulloso y fascinado.

—Buenos días nena.

—Buenos días Jake —le miré con adoración. Se introdujo dentro de mí y me hizo el amor de nuevo de forma tierna y cariñosa hasta mucho tiempo después.

Al final bajamos tarde a desayunar.

Hoy se inauguraba la Comic-Con de 2017, la máxima convención mundial para los amantes de los cómics y las películas. Los estudios más grandes de Hollywood asistían a la convención para presentar los adelantos de sus

principales películas, acompañados de sus protagonistas.

Era espectacular poder asistir a un evento como aquel al que acudían todos los años cientos de miles de personas.

Alex está muy emocionado y nos lo transmitía a todos los demás. Lucas lo observaba con ternura disfrutando de su espontaneidad. Cada vez que los observaba me maravillaba de lo perfectos que eran uno para el otro. Era impresionante verlos juntos.

Decidimos separarnos para abarcar mejor todo lo que iba a pasar durante esos días.

Alex y Lucas irían a ver los avances de las series actuales, así como las presentaciones de nuevas series y películas y Jake y yo iríamos a los seminarios y talleres que se llevaban a cabo con los profesionales de las historietas.

Este año la Comic-Con contaría con la presencia del mítico Stan Lee, productor, actor de cine y guionista, responsable de superhéroes como Spider-Man, Hulk, Iron Man, Los 4 Fantásticos, Thor, Los Vengadores, X-Men, entre otros. Mike Baron de Nexus, Allen Bellman del Capitán América, Howard Chaykin de Star Wars y otros muchos que se sumaban cada año.

Durante esos días, Jake y yo tuvimos la oportunidad de conocer a Miguel Ángel Ferrada, director de la editorial independiente Arcano IV, que fue convocado a la Comic-Con gracias a su trabajo con una editorial que se especializa en la publicación de narrativa gráfica. Entre los títulos de su catálogo se cuentan Locke & Key, considerada una de las mejores series de novela gráfica a nivel mundial.

También pudimos conocer otros grandes ilustradores y guionistas. Nos empapamos de todo el ingenio y creatividad que desbordaban sus mentes y conseguimos cerrar varios acuerdos que preveíamos iban a ser muy buenas incorporaciones para el New York Pages.

El domingo, exhaustos, decidimos relajarnos y fuimos a conocer San Diego. Alex no quiso venir. Decía que iba a aprovechar al máximo la Comic-Con y que nada ni nadie se lo iba a impedir. Lucas, por su puesto, se quedó con él.

Estuvimos callejeando por San Diego toda la mañana, cogidos de la mano

y relajados. De vez en cuando Jake, aprovechaba la oportunidad para arrinconarme en lugares ocultos y besarme durante varios minutos.

Sus besos eran demoledores y solo ansiaba que nunca dejara de hacerlo. Me había vuelto adicta a él. A su cuerpo, su olor; incluso a sus cambios de humor.

Fue el final de unos días maravillosos. Creamos nuestros primeros recuerdos como pareja y prometimos hacer muchas cosas juntos.

Mientras lo observaba aquel último día comer, pensé que era una privilegiada. Estaba enamorada de Jake. Sin lugar a dudas. Con todo mi corazón. Lo quería tanto, que estaba convencida de que, si él no sentía lo mismo, yo tenía amor más que suficiente para los dos. Aceptaría lo que me pudiera ofrecer y esperaba que con el tiempo llegara a quererme tanto como yo a él. No sabía cómo era posible que hubiera pasado en tan poco tiempo ni me importaba. Mi mente, mi alma y mi corazón lo reconocían como si fuera parte de mí. Tenía que buscar el momento para decírselo... —No es posible —escuché que decía una voz delante de mí—. ¿Elena?

Alcé la mirada y mi sorpresa fue enorme cuando vi a un hombre muy parecido a mí, casi idéntico. Era muy guapo y me miraba atónito, como si no fuera capaz de entender qué estaba pasando.

—¿Elena? —volvió a repetir.

—¡Quién coño eres y qué quieres de mi mujer! —bramó Jake.

El desconocido hizo caso omiso a Jake y continuó:

—Necesito sentarme. —Se sentó en una mesa al lado de nuestra. Se recostó hacia delante tapándose la cara con las dos manos.

Los demás comensales del restaurante empezaban a mirarnos con curiosidad intentando averiguar que estaba pasando.

Un camarero se acercó a preguntarnos si todo iba bien y si necesitábamos algo. Jake se acercó al camarero y empezó a darle instrucciones. No sé qué fue lo que le dijo ni cómo lo hizo, pero a los pocos minutos ya no quedaba nadie en el restaurante; sólo nosotros tres.

Mi mente empezó a reaccionar. Necesitaba acercarme a él y abrazarlo. No sabía el motivo, pero sentía que era importante para mí ayudarlo. Empecé a

levantarme y Jake me retuvo por el brazo:

—Si le tocas le mataré —gruñó enfadado.

—Si me quieres tanto como yo te quiero a ti, no té opondrás a lo que voy a hacer. —Se quedó quieto conmocionado. Le acaba de decir que lo quería en unas circunstancias no muy favorables y por primera vez estaba mudo. No había sido capaz de reaccionar. Soltó mi brazo sin dejar de mirarme fijamente.

—Está bien Santa Elena, pero luego tú y yo vamos a hablar de muchas cosas. —Se cruzó de brazos a la espera de mi próximo movimiento.

Me acerqué al desconocido lentamente y me agaché para retirarle las manos de la cara. Me miró con miedo y angustia como si en cualquier momento fuera a desaparecer. Los ojos le brillaban mucho. Parecía que iba a llorar. Una lágrima cayó por su mejilla. Yo sé la limpié con mi mano mientras le acariciaba el rostro.

—Hola; me llamo Elena y ahora te voy a abrazar. —Abrió las piernas y lo apreté contra mí con fuerza.

No estaba loca, aunque lo pareciera. Lo reconocía. Era parte de los sueños de mi niñez; parte de mí. Lloraba agarrándome como si fuera su tabla de salvación. Y yo necesitaba calmarlo. Sentía que era lo correcto. Poco a poco sus lágrimas fueron menguando. Parecía que no fuera a soltarme jamás; sin embargo, lo hizo aún a mi pesar. Me miró acariciando mis mejillas y memorizando todos mis rasgos. Nos complementábamos el uno al otro.

—Eres mi hermana —fueron sus primeras palabras.

Me hubiera caído al suelo si no hubiera sido por Jake, que me agarró a tiempo y me ayudó a sentarme al lado del desconocido.

No era posible. Yo era huérfana. Mi abuelo nunca hizo mención de que tuviera familia más que él y menos un hermano.

—Yo.... no tengo familia. Soy huérfana. Solo estábamos mi abuelo y yo y él murió hace un tiempo.

—Eres mi hermana gemela. —reiteró de forma contundente—. Me llamo James y al igual que tú, nací el 5 de mayo de 1995. Tu nombre es Elena Montgomery y desapareciste cuando tenías cuatro años.

Sé que eres tú. Lo siento aquí —dijo tocándose el corazón—. Y sé que tú

has sentido lo mismo. Mírame Elena, mírame bien y dime que no es verdad.

—Tú.... — no era capaz de continuar. Eran tantas las emociones que sentía que me ahogaba. Tenía que ser verdad. Yo había nacido ese mismo día. Me había sentido muy cercana a él y me había provocado mucha tristeza verlo sufrir. Existía una conexión muy profunda entre ambos.

—¿Qué pasó? —pregunté con ansiedad.

—Ese día habíamos ido al parque a jugar. Éramos inseparables. Estabas subida encima de un columpio y yo te empujaba desde atrás. Maria, la niñera, me llamó para que la ayudara a coger la pelota de un niño que se había metido en un sitio muy estrecho. Cuando volví al columpio ya no estabas. Esa fue la última vez que te vimos.

Me pasé años sintiéndome culpable por haberte dejado. Tuve que ir a terapia hasta que me convencieron que yo no tenía la culpa de nada. Con el tiempo llegué a creer que nunca volvería a verte de nuevo.

Lo siento. Siento haberme dado por vencido. Siento no haberte buscado con más ahínco y siento que hayas perdido tantos años sin tu familia.

Quiero que sepas que nunca te olvidé. Y que en el fondo de mi corazón sabía que estabas viva. Creerás que estoy loco, pero te sentía dentro de mí.

Me apenaba profundamente la tristeza de James.

—Yo también siento tu tristeza en mi corazón. Siento que hayas tenido una niñez tan infeliz. Yo tampoco fui feliz. Mi abuelo, es decir, la persona que cuidó de mí de pequeña, jamás me dio un beso o un abrazo. Y nunca jamás me consoló cuando estaba triste o se alegró cuando conseguía algo por mí misma. A pesar de ello, con el tiempo, tuve la suerte de conocer a grandes personas como mi amigo Alex y como Jake, que han compensado con creces todas las carencias que tuve de pequeña. —Jake me miró con veneración y me besó la mano con galantería.

—Vámonos Elena —susurró Jake. Después giró la cara y continuó hablándole a James—. No tengo claro aún quién eres y qué quieres, pero ya está demasiado angustiada. Por hoy se ha acabado. Debe descansar.

—Jake espera. —Le cogí de la mano y le miré mientras se la acariciaba. Luego continué—: James si eres mi hermano, sabrás cómo es la marca de nacimiento que tengo en la espalda. —Era una tontería lo que le estaba

preguntando y aun así tenía curiosidad.

—No tienes ninguna marca de nacimiento que yo sepa. Sólo tenías una cicatriz en forma de media luna de una caída en bici. —Me toqué la cicatriz inconscientemente en el inicio de la espalda—. Papá siempre decía que era tu primera marca de guerra y en verano, cuando íbamos a la playa te encantaba enseñársela a cualquiera que pasaba cerca de nosotros. En cualquier caso, papá y mamá te lo podrán confirmar.

—¿Papá y mamá? —Ahora era yo la que no podía dejar de temblar—. Pero...pero... —miles de lágrimas se asomaron a mis ojos sin que pudiera evitar que cayeran por mis mejillas. Me abracé a Jake buscando consuelo y fuerza.

—Si cariño. Cuando te vean no se lo van a poder creer. No te angusties Elena. Lo haremos todo a tu ritmo. Sólo te pido que no desaparezcas de mi vida. No creo que pudiera soportarlo de nuevo. —Me miró esperanzado a la espera de mi respuesta.

—Yo....necesito pensar e intentar asimilar todo esto. ¿Lo entiendes verdad? Se que crees que soy tu hermana y yo también lo siento, pero no podemos saberlo al cien por cien. Creo que deberíamos asegurarnos de ello.

—Me parece bien cualquier cosa que decidas. Yo tengo muy claro que eres mi familia, pero si te quedas más tranquila haremos lo que necesites. ¿Podemos venir a verte mañana?

Miré a Jake como suplicándole comprensión. Suspiró sonoramente, pero asintió.

—Estamos en el Hotel Fairmond Grand del Mar. Apunta mi número de teléfono. Tenemos que volver a Seattle por la tarde, así que si quieres podríamos quedar por la mañana. De momento creo que no debes decirle nada a tus padres por si acaso. Es mejor que vengas tú solo. No soportaría ver angustia y decepción en sus rostros si no soy su hija.

—¿No puedes quedarte más tiempo? —preguntó preocupado.

—¡Ni hablar! Ella se viene conmigo. —soltó Jake.

—¡Jake cállate! —James miraba a Jake intentando aguantarse la risa.

—¡Mira lo que has hecho! ¡Ahora se ha enfadado conmigo por tu culpa!

¿Qué clase de hermano eres tú? No me gustas nada, que lo sepas —gruñó Jake para después cruzarse de brazos indignado.

Empecé a contar hasta veinte intentando apaciguar mi furia antes de enfrentarle.

—¿Estáis casados? —nos preguntó James antes de poder continuar.

—No.

—Si. Como si lo estuviéramos —dijo a la vez Jake—. Ella es mía. Elena deja de cabrearme. —Me miró indignado.

Bufé. No tenía remedio. Se merecía un buen pellizco y eso fue lo que intenté hacer en su pierna disimuladamente. Pero no me salió muy bien. Tenía la pierna tan dura que parecía más una caricia que otra cosa. Aun así, me miró con sorpresa. No esperaba esa reacción por mi parte. Sonrió como un canalla y se puso detrás de mí.

—Se hace así nena —me dijo al oído y me pellizcó con fuerza el trasero.

Pegué un salto por la impresión e intenté golpearle por detrás de mi espalda, pero me cogió de la muñeca con fuerza mientras con la otra me acariciaba el trasero dolorido.

James nos miraba con curiosidad y una media sonrisa muy sospechosa. Daba la sensación que él ya había vivido algo parecido. Esperaba que no fuera tan posesivo como mi grandullón.

—James, nos vemos mañana ¿vale? —Le di un fuerte abrazo, ignoré a Jake mientras pagaba la cuenta y salí del restaurante. Aproveché que pasaba por ahí un taxi, me subí y le indiqué la dirección del hotel. Iba a enfurecerse como un loco cuando se diera cuenta de lo que había hecho, pero no me importó.

Capítulo 9

Cuando entré en el hotel decidí que no iba a subir a la habitación. Sería el primer sitio a donde él iría, así que me dirigí al bar. Necesitaba beber algo para calmar los nervios. La verdad es que no me gustaba mucho el alcohol, pero era una ocasión excelente dada la situación.

Era increíble lo que me había pasado. En cuestión de unas horas había descubierto que posiblemente tenía un hermano —y nada menos que un gemelo — y unos padres que sí todo iba bien, esperaba conocer en breve. Deseaba con todo mi corazón que James fuera de verdad mi hermano. Y sabía que él también me necesitaba a mí. ¡Ojalá todo fuera bien!

¿Quién era entonces aquella persona que se había hecho pasar por mi abuelo? Ahora entendía porque jamás me había demostrado afecto alguno. No era nadie para él. Sólo una carga. Aun así, fueron muchos años los que pasé junto a él. Tenía que averiguar qué había pasado.

Necesitaba hablar con alguien sobre todo lo que había sucedido hoy. Con Jake no podía hacerlo porque era demasiado posesivo y protector y no iba a

ser objetivo. Quería llamar a Alex para contárselo todo, pero si lo hacía vendría corriendo a buscarme y no quería estropearle su último día en la Comic-Con. Por primera vez, eché de menos como me consolaba con sus payasadas.

Estaba claro que no iba a poder desahogarme con nadie, así que me resigné y me entretuve mirando a varias parejas que bailaban alrededor de la pista.

Después de una hora iba ya por mi tercera copa de cava y ya empezaba a ver doble. Entre la multitud me pareció ver cómo Jake se acercaba como un depredador al acecho y me entró la risa.

—Nena, algún día me vas a matar del disgusto. ¿Se puede saber por qué me has vuelto a abandonar? Eres una descarada. No puedes dejarme abandonado cada vez que te da la gana.

En cualquier otra circunstancia le hubiera respondido con cualquier soez, pero supongo que como estaba achispada, por mi boca salió todo lo contrario a lo que pensaba.

—Dios, si pudiera te embadurnaría de chocolate y te lamería todo entero.

—Joder Elena, ¿Cuántas llevas ya?

—Mmmm... Las suficientes, grandullón —y le sonreí de forma seductora.

En ese momento se acercó a mi hombre una pelirroja preciosa.

—Hola hermoso. ¿Me sacas a bailar? —le susurró zalamera poniéndole los pechos casi en la cara.

Este hombre es mío, pensé clavándome las uñas en las palmas con fuerza. Sentí como mi cuerpo enrojecía por la rabia. Y más cuando Jake me sonrió con petulancia, agarró a la chica y se dirigió a la pista de baile.

No me lo podía creer. “Maldito engreído, insufrible, rufián...” y así iba murmurando nuevos insultos mientras salía por la puerta del bar.

—¿Otra vez huyendo, nena? —oí que decía a mi espalda. No sé dónde habría dejado a la pelirroja, pero me sentí perversa. Al final Jake me había seguido y la había dejado plantada.

Lo miré con calma. Esta vez no iba a caer en su juego. Le sonreí con

autosuficiencia, mientras me observaba con los brazos cruzados.

—Hermoso, creo que te has dejado algo en el bar.

—¿Y que puede ser eso? —Una sonrisa engreída asomaba en su cara.

—Tu dignidad amor. Y ahora si no te importa, me voy a dormir.

Me salió con todo el efecto que pretendía. Me pareció oír chirriar sus dientes; parecía a punto de atacarme. Estaba orgullosa de mí misma. Había conseguido utilizar mi ingenio por primera vez con él sin que se me cayeran las bragas por el camino.

Caminaba un poco inestable hacia la habitación mientras él me seguía, prácticamente pegado a mí por si me caía o me golpeaba contra las paredes. En algún momento del trayecto, tuvo que enderezarme para que no perdiera el equilibrio y me golpeara la cara contra el suelo.

—Te voy a pasar esto porque has bebido mucho. —Me amonestó. Abrió la puerta de la habitación y me instó a entrar con él.

—¿Qué tú qué? En serio. ¿Se puede saber, en qué mundo vives? Déjame tranquila. Ya no te quiero. Así que...que.... —maldita sea, porque no podía echarlo de mi vida. ¿En qué clase de persona me convertía eso? ¿Tan poca personalidad tenía?

—¿Qué?

—Te odio.

—No es verdad.

—No me gustas.

—Sí que te gusto.

—No te quiero.

—Sí que me quieres.

—Sí. Es verdad —¡Ups! Maldita sea mi boca— Me caes mal.

—Estás divagando nena. —Sonreía mientras acababa de quitarme la ropa y me ponía el pijama.

Le miré enfurecida echando chispas por los ojos. ¡Ostras! sus ojos me habían frito el cerebro. Eso tenía que ser. Seguro. Me miraba como si fuera la

mujer de su vida y estuviera orgulloso de ello.

—Te amo, Elena —seguía mirándome sin apartar la vista.

—Tengo sueño. Quitá de en medio. —Me metí en la cama aún enfadada y me tapé hasta la cabeza para no escucharlo. Oí como suspiraba cansado.

A los pocos segundos él también se metió en la cama. Me apretó contra él y aunque intenté separarme, no me soltaba. Era él o el suelo. No tenía más opción que aguantarme.

—Te amo Elena, deja ya de huir de mí. —me suplicó con un susurro— Necesito que hables conmigo cuando tengas la necesidad de huir y esconderte, pero deja ya de abandonarme. Cada vez que lo haces siento que te alejas un poco de nosotros. Sufro pensando que un día te irás y ya no volverás a mí.

Giré mi cuerpo y lo observé con culpabilidad.

—Lo siento. No sé cómo hacer lo que me pides. No sé si pueda alguna vez.

—Está bien pequeña. —Me miró con tristeza—. Aprenderemos juntos. No te preocupes más. Descansa cariño.

Apoyé mi cabeza en su hombro mientras el sueño se apoderaba de mi cuerpo.

—Jake...

—Dime.

—Te quiero. —La oscuridad de la habitación no me permitió ver su sonrisa, pero sí noté como su corazón se aceleraba.

Se pegó más a mi cuerpo abrazándome con fuerza y ambos nos dormimos a los pocos segundos.

Me desperté de madrugada hambrienta. No había cenado y necesitaba comer antes de volver a dormirme. Jake, como era habitual, no estaba en la cama. Estaba apoyado en la barandilla de la terraza hablando con alguien en susurros:

—Ni hablar. Se vuelve conmigo a Seattle.

—Yo me podría quedar con ella unos días. —Era Lucas con quien hablaba.

—No.

—No puedes ser tan posesivo.

—Sí que puedo. No la pienso compartir con nadie. Si la quieren ver, tendrán que ser ellos quienes se desplacen.

—¿Qué pasa en realidad Jake?

Parecía que Jake se tomaba su tiempo para contestar, como si estuviera decidiendo si hacerlo o no.

—La quiero. La quiero demasiado y no sé si es buena para mí. Temo que si un día me abandona, no sea capaz de superarlo. Por primera vez en mi vida tengo miedo. Creo que en cualquier momento se me va a escapar de entre los dedos. —Su voz y su postura reflejaban mucha angustia.

—Entonces, ya sabes lo que debes hacer amigo.

Ya no quise oír nada más. Me metí corriendo en la cama disimulando dormir. Mi corazón bombeaba a gran velocidad. Me puse la mano en el corazón intentando calmarme.

Jake no había vuelto a la cama. Observé disimuladamente cómo se vestía y salía de la habitación sin mirarme ni una sola vez. Me incorporé asustada y muy angustiada. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué era lo que debía hacer Jake? ¿Me iba a dejar? o ¿Ya lo había hecho? No. No creía que me hubiera dejado sin decirme nada. Jake no era así.

Estuve toda la noche en tensión esperándolo, pero no volvió. Mi primer instinto fue huir de nuevo, pero no lo hice. Iba a llamarlo. Esta vez no volvería a desconfiar de él sin pedirle antes una explicación. Respiré profundamente varias veces para calmarme y cuando estaba marcando el número de su móvil, llamaron a la puerta.

Abrí y vi a Alex descompuesto detrás de ella. Me miraba con lágrimas en los ojos.

—¿Qué ocurre Alex? —pregunté muy asustada.

—Flor... por favor, ven conmigo. —Nos adentramos en la habitación y me hizo sentarme en el sofá de la salita. Me cogió las manos y empezó a acariciármelas con ternura.

—Alex por favor, dilo sin más.

Asintió, me miró con tristeza y prosiguió:

—Jake... —empecé a temblar antes de que continuara—. Iba caminando y un conductor no lo ha visto y lo ha atropellado.

Centenares de lágrimas caían sobre mi cara y no tenía fuerzas ni para evitar que dejaran de caer.

—¿Está...está... —no me salían las palabras.

—No, no cariño. Está inconsciente. Al parecer se golpeó la cabeza contra el suelo y por eso creen que no despierta. Todo lo demás está bien. Sólo algunas contusiones y un par de costillas rotas. Creen que unas horas despertará sin ningún tipo de secuelas.

—Espérame dos minutos que me visto y nos vamos.

—Cariño no es tan fácil. Al parecer, sus padres están ahí y no permiten la entrada a nadie.

—Pero... tienen que entender que yo debo estar a su lado. Él me necesita. Si despierta y no estoy... —Me levanté para ir a vestirme.

—Elena siéntate. —Creo que desde que lo conocía era la primera vez que me llamaba por mi nombre —. Jake hace años que no se habla con ellos. No sé bien el motivo. Lo que sí que sé es que por mucho que lo intentes no vas a poder verlo. Ni siquiera Lucas, su mejor amigo, ha sido capaz de hacerlo. No se lo han permitido.

Lo miré intentando asimilar lo que me estaba diciendo. ¿Qué estaba pasando en realidad?

—Suéltalo todo Alex. —Percibí que había algo más y que no sabía cómo contármelo.

—Yo... Los he visto esta mañana en recepción pidiendo dos habitaciones. Una para ellos y otra...otra... para la prometida de Jake.

—Alex, no... —fue lo último que dije antes de desmayarme.

Cuando desperté, aún conmocionada, me encontraba entre los brazos de Alex. Me miraba con preocupación y pesar.

—Menos mal que has despertado peque. Estaba muy asustado. Iba a llamar a una ambulancia.

—Alex... —no era capaz de hablar del nudo que tenía en la garganta—. Por favor, dime que no es verdad. Te lo ruego.

—Lo siento mucho cariño. —Me abracé a él buscando como nunca

consuelo, pero no conseguía serenarme. Sentía tanta angustia que no me llegaba el aire a los pulmones.

Me dejé consolar durante un buen rato por él, deseando que todo fuera un mal sueño, pero pasado unos minutos tuve que aceptar la realidad de mi nueva situación. Dejé de llorar y por segunda vez en mi vida me encerré en mí misma para intentar sobrellevar mi dolor. Decidí que era el momento de volver a casa y tratar de recomponerme, aunque sabía que esta vez iba a ser inútil.

Mi teléfono sonó y lo cogí sin mirar quién era.

—Elena, ¿Qué ocurre? —Era James. Me hubiera hecho gracia su llamada si las circunstancias hubiesen sido otras.

—Lo siento mucho James, pero tengo que volver a casa ya. Tendremos que vernos más adelante. —No se merecía que lo ignorara, pero ahora no era capaz de lidiar con nada más.

—¿Estás bien?

—No.

—En quince minutos estaré ahí. Mi avión privado te llevará donde tú quieras.

No me dio tiempo a decir nada más. Ya había colgado.

—Alex, vuelvo a casa.

—Y yo contigo. —No quise preguntar por Lucas, pero intuí que estaba afectado tanto o más que yo.

A los quince minutos, tal y como prometió, mi hermano estaba esperándome. No comentó nada cuando vio a Alex a mi lado ni tampoco preguntó por Jake, lo cual agradecí mucho. No hubiera podido explicar nada porque ni yo sabía qué había pasado para que todo se torciera tanto.

Le prometí que le llamaría todos los días y que en breve nos veríamos. También quedamos en hacernos pruebas durante los próximos días para confirmar que éramos hermanos. Me abrazó apenado por el poco tiempo que habíamos podido compartir.

Después, subí a ese avión sin mirar atrás.

Sólo una vez me puse en contacto con Lucas ese día. Me confirmó que Jake

estaba bien. Luego desconecté el teléfono y me metí en la cama al lado de Alex.

Aquella noche no dormimos ninguno de los dos. Estuvimos llorando abrazados ahogándonos con nuestro propio dolor, sin conseguir consuelo alguno.

Mi mente era un caos y empecé a sentir pánico. Me convencí a mí misma que estaba todo claro. Mi relación con Jake, si es que había sido una relación, había durado únicamente unos pocos días y todo había sido una mentira.

Y ni siquiera podía recriminarle nada. Porque jamás me había hecho ninguna promesa.

Era sobrecogedor intentar aprender a gestionar tantas emociones. Me había pasado toda mi vida, al parecer en un estado vegetativo, sin sentir ni padecer y ahora en cuestión de unos días, tenía miedo, frustración, angustia, celos, deseo, amor y otros muchos sentimientos que no quería. Pero sobre todo estaba rota, deshecha y muy cansada. Necesitaba irme; escapar durante un tiempo para poder reorganizar mi mente. No quería sentir tanto. Me sentía vulnerable y odiaba esa sensación.

Otra vez, iba a ser una cobarde. No quería enfrentarme a un posible futuro sin él. No quería mirarle a cara mientras me confirmaba que nunca me había querido y sobre todo no quería verlo con la otra.

Había tomado mi decisión.

Envié mi dimisión al departamento de Recursos Humanos de la editorial con efecto inmediato.

—¿Te vas? —nunca me había hablado tan serio y triste, apoyado en el marco de la puerta de mi habitación, mientras observaba como hacía la maleta.

—¿No puedes dormir? —le miré sonriendo con tristeza, lamentando lo que iba a dejar atrás.

—¿Te vas? —volvió a repetir con voz descarnada.

—Sólo por un tiempo. Necesito distanciarme.

—¿Sabes que estás huyendo verdad?

—Sí.

—Necesito tu promesa.

—Dime.

—Prométeme que volverás a casa conmigo—sus ojos estaban brillantes de la emoción. Me lancé a sus brazos y lo abracé como nunca lo había hecho. Por primera vez, pude ver por mi culpa, la desolación, la tristeza y la angustia en los ojos de una persona a la que quería.

—Te prometo que volveré. No te preocupes. Sé cuidarme bien. Sólo necesito algo de tiempo.

Y allí, abrazada a mi más querido amigo me di cuenta que había algo que sí tenía claro: nadie me separaría nunca jamás de él, mi familia.

Me llevé sólo lo que me cabía en *La Maleta* y salí por la puerta de casa dejando atrás todo lo demás; incluso mi móvil.

Capítulo 10

Dos semanas después de irme de Seattle, le confirmaron a James que yo era su hermana. Había llegado el día de conocer a mis padres.

Fue muy emotivo. Eran una familia muy cariñosa y divertida. Hubo muchos besos, abrazos, lloros y risas ese día.

También nos pegamos un pequeño susto. Mi madre se emocionó tanto cuando me vio por primera vez, que tuvimos que llamar a emergencias para que la tranquilizaran. La metimos en la cama y nos quedamos con ella hasta que se durmió.

Después de aquello, mi padre me retuvo durante una hora entre sus brazos, hasta que James nos separó con cuidado. Luego se puso a llorar por la angustia que había padecido durante tantos años.

Cada día se sentaba un rato conmigo en el jardín de su casa y me abrazaba durante un buen rato. Decía que era mi deber de hija procurarle ese capricho cada día, pues tenía que recuperar toda una vida de besos y abrazos con su pequeña.

Poco a poco fuimos adaptándonos unos a otros y aunque a veces me sobreprotegían un poco, era increíble poder pertenecer a una familia como la mía.

Mi madre era una mujer impresionante, muy sociable y espontánea. Era psicóloga y trabajaba con un grupo de reinserción social. También era profesora en la universidad de San Diego. Me encantaba ir a buscarla a la universidad; uno de mis refugios emocionales de cuando estudiaba.

Mi padre era constructor de barcos y dueño de varios cruceros. Era más discreto que mi madre. A veces los observaba detenidamente porque no entendía como dos personas tan distintas podían ser a la vez tan afines, pero cuando los veías juntos eran la envidia de todos los demás. Eran un todo. Se complementaban de una forma tan perfecta, que hasta yo sentía envidia de ellos.

Mi inteligencia la había heredado de mi padre. Manteníamos largas conversaciones de todo tipo de temas. Nos abstraíamos de todos en general hasta que llegaban mi hermano y mi madre y se volvía todo una locura de risas y juegos.

Mi hermano James, era dueño de varios hoteles distribuidos por todo el país. Era muy cariñoso y espontáneo como mi madre, pero ocultaba una gran tristeza. Me recordó a Emma. Sufría mucho, pero trataba de que no se notara.

En general, eran personas muy ocupadas y activas, pero siempre encontraban uno u otro, tiempo para estar conmigo.

Llevaba un tiempo viviendo en un apartamento en San Diego, cerca de mis padres. Me había negado a vivir con ellos. No estaba preparada para relacionarme de forma tan continuada con nadie después de todo lo que había vivido con Jake. Y había momentos del día que necesitaba pasarlos en soledad. Necesitaba mi propio espacio.

Mis padres se negaban a entenderlo, pero no consentí que me manipularan. Al final se dieron por vencidos cuando James consiguió las llaves de mi casa. Dijeron que era por si acaso y tuve que aceptar para no angustiarlos más. Era importante ceder en algunas cosas. Ellos sabían que no estaba bien y necesitaban algo de control sobre ello.

Me mantuve en contacto con Alex. Todos los días, cuando llegaba a casa, nos contábamos por FaceTime todo lo que habíamos hecho ese día. Echaba de menos nuestros ratitos en la terraza, pero sobre todo echaba de menos sus bromas y su ingenio tan agudo.

No me contaba nada sobre Lucas, por lo que deducía que las cosas no habían acabado nada bien para él tampoco. Se notaba que lo estaba pasando muy mal. Era como si su luz se hubiera apagado. Le ofrecí en varias ocasiones que se viniera a vivir conmigo a San Diego, pero me dijo que no. Su casa y su vida estaban en Seattle y me recordó que en algún momento, había prometido volver a casa con él. Las promesas se tienen que cumplir, me decía cada vez que intentaba hablar sobre ello.

Sabía que era muy egoísta. Debería estar ahí con él apoyándolo y cuidándolo; pero mi depresión era tan grande que no me veía capaz ni siquiera de ayudarme a mí misma, mucho menos a uno de mis seres más queridos.

Curiosamente también empecé a mantener una relación de amistad con Emma que poco a poco fuimos profundizando. Un día me envió un e-mail para pedirme que me leyera un libro porque quería comentarlo conmigo. Decía que me necesitaba desesperadamente porque todos los demás editores eran unos muermos, palabras textuales. Desde entonces hablábamos también casi todos los días bien por teléfono o por e-mail. Nos hicimos muy buenas amigas. Jamás hizo mención de su hermano y aunque pudiera parecer una locura, por su parentesco con Jake, esperaba todos los días su llamada con ilusión.

Lo peor eran las noches.

Durante el día estaba siempre ocupada, pero por las noches la tristeza se filtraba por mi cuerpo como si se tratara de un cáncer.

Cada vez odiaba más la angustia que padecía durante esas horas. No soportaba echarlo tanto de menos. Los primeros días me ahogaba. Intentaba respirar, pero no me llegaba el aire a los pulmones. Lloraba todas las noches hasta casi el amanecer. Creía que iba a morirme de pena. Pero luego me

acordaba de mi familia y mis amigos y aunque el dolor seguía ahí, la calma también llegaba.

James había respetado mi silencio y no me atosigaba con preguntas. Únicamente un día me vio tan apagada que se sinceró conmigo:

—Elena, tengo algo que contarte —susurró con vergüenza y preocupación.

—¿Qué ocurre James? —me cogió de la mano y empezó a acariciármela.

—Hace dos semanas, sobre las ocho de la tarde, no nos cogías el teléfono y sentía que algo no iba bien así que decidí venir a ver si estabas bien. Llamé a la puerta, pero no abriste. Lo lamento. No pretendía invadir tu intimidad. — Esa noche fue una de las peores. Ni siquiera recordaba cómo había llegado a la cama—. Estuve llorando contigo pared contra pared, hasta que te calmaste. Luego te recogí del suelo y te metí en la cama.

Mi dolor era tan grande que la vergüenza pasó a segundo plano. Lamentaba que mi hermano hubiera tenido que presenciar como me rompía y que hubiera sufrido por mi culpa. Lo miré dispuesta a disculparme, pero él prosiguió antes de que tuviera tiempo de decir nada.

—Peque, llegará un día que te duela menos y a partir de entonces cada día respirarás algo mejor y aunque nunca puedas olvidarlo, aprenderás sólo a ver todo lo bueno que compartiste con él. Yo siempre estaré a tu lado para cuidarte y protegerte. Te aseguro que superarás esto. Eres una Montgomery, fuerte y capaz y un orgullo para todos nosotros.

—Gracias. Lamento que hayas podido verme en ese estado. —Lo abracé con un nudo en la garganta—. ¿Sabes James? He estado sumida tanto en mi propia desdicha que no he sido capaz hasta ahora de ver la tuya. Te quiero y espero que algún día me cuentes qué te pasó. Yo también te protegeré y cuidaré siempre.

Desde ese día, mi hermano y yo nos unimos aún más si cabe.

Después de aquello, decidí apuntarme a un gimnasio. Me decía a mí misma que iba todos los días a ponerme fuerte y quemar toda la grasa que había consumido ese día, pero en realidad me ayudaba a dormir por las noches. Llegaba tan cansada a casa, que después de cenar caía rendida hasta el día siguiente.

Dos días después...

—James, vete de mi casa. No te voy a acompañar a ningún sitio. Es muy temprano y no pienso moverme de casa hoy. —refunfuñaba aquel día por la mañana.

—Vamos peque, te necesito. Solo serán un par de horas. No entiendo cómo te cuesta tanto levantarte. Eres una gruñona.

Tenía un desayuno de trabajo y me necesitaba para entretener a la mujer del empresario con el que había quedado. Al parecer le encantaba leer como a mí y esperaba le diera conversación para poder avanzar más rápido las negociaciones.

—James, es la última vez que te ayudo. Dame un respiro ¡por favor!

—Gracias. Vamos dormilona. He quedado en una hora. Te espero en el salón.

Cada vez que venía a casa se adueñaba de mi salón. Decía que mi sofá era tan confortable que el día menos pensado se lo llevaría. Se sentaba allí a trabajar con su portátil. Parecía el rey del universo. Se transformaba en un hombre de negocios justo pero implacable.

Muchas veces lo observaba y me recordaba a Jake. Estaba convencida, tal y como había dicho, que un día dejaría de dolerme lo suficiente como para desear ser feliz de nuevo. Quería que ese momento llegara para poder disfrutar de mi familia y amigos sin ningún tipo de pesar.

Me duché, me vestí y salimos a la calle. La reunión se celebraría en un club de golf a las afueras de San Diego. James me había explicado que iba a ser algo bastante informal, por lo que me puse un vestido de manga corta acampanado hasta las rodillas de color verde. Me miré al espejo para hacerme una recogida informal y aplicarme algo de color en los labios.

La pareja con la que habíamos quedado era muy agradable. Mientras ellos se concentraban en sus proyectos de negocios, su mujer Lidia y yo, estábamos muy entretenidas hablando de novelas románticas que nos habían enamorado. Era tan amena la conversación que cuando nos dimos cuenta, Jake y su marido habían cerrado ya un acuerdo y era hora de comer.

Nos invitaron a su casa a pasar el resto del día. Habían preparado una fiesta de cumpleaños para su hija Melanie de ocho años y fuimos incapaces de negarnos.

Comimos muchísimo y lo pasamos estupendamente hasta que todo se desmoronó.

Lidia estaba sacando el pastel de cumpleaños cuando lo vi entrar con una mujer impresionante a su lado. Había pasado casi un mes desde la última vez que lo había visto y había esperado no hacerlo nunca más. Me impactó tanto que tuve que apoyarme en una pared cercana para intentar recuperar de nuevo el aliento. Creía que me iba a desmayar. Poco a poco fui respirando mejor hasta hacerlo con total normalidad. Cuando conseguí calmarme lo suficiente, alcé la mirada buscándolo. Estaba apoyado en una chimenea hablando con Lidia y la mujer con lo acompañaba. Esta última se colgaba de su brazo de forma posesiva. Aproveché que él no me había visto aún para observarlo con atención.

Era la primera vez que lo veía vestir tan informal. Con unos vaqueros azules, que se amoldaban a sus fuertes piernas y una camiseta de color gris que definía los músculos de sus brazos con suavidad. Lo complementaba, con unas converse de color gris azulado.

Con su metro noventa y su barba de dos días, era como un imán para hombres y mujeres por igual. Era sencillamente perfecto.

Pero lo que más me impactó fueron sus ojos. Eran preciosos como siempre, pero no había en ellos profundidad. Estaban completamente apagados como si ya nada le importara. No entendía qué estaba pasando y que le había afectado tanto para que estuviera así y aunque mi corazón deseaba acercarse a él para consolarlo, en realidad ya no era posible.

La mujer que lo acompañaba era muy guapa también. Morena con ojos azules y un cuerpo de infarto. Llevaba puesto un vestido ibicenco tan ajustado y corto, que no dejaba nada a la imaginación. Era la clase de mujer que impactaba la primera vez que la veías por su físico, pero su comportamiento era tan superficial que era fácil de olvidar. El tipo de mujer, que no dejaba huella. Por un momento creí reconocerla, pero no pude asociarla con nadie en particular.

Me dolió verlo con ella y aunque no tenía derecho a recriminarle nada, el

nudo de mi garganta aumentó.

Desvié la mirada buscando desesperadamente a mi hermano, pero no lo encontré. Probablemente estaría escondido por ahí con una de las amigas de Lidia que había conocido esa tarde. Era un ligón consumado.

Necesitaba una vía de escape. Aún no me había visto, por lo que esperaba poder huir de esa casa antes de que pasara. Busqué una salida y aprovechando que había varias personas en mi recorrido, intenté caminar entre ellas de forma discreta sin llamar la atención.

Sólo conseguí llegar hasta la puerta de aquella habitación.

—¡Elena!, ven a probar la tarta. Te va a encantar. Está increíble. — exclamó Lidia.

Me di la vuelta abochornada, para dirigirme donde estaba Lidia rezando para que no hubiera oído nada. No tuve tanta suerte.

Alcé la mirada y vi pasar por su rostro todo tipo de emociones: amor, deseo, rabia, odio y nada. Me miraba sin ningún tipo de emoción. Como si no me conociera. Como si nunca me hubiera amado ni deseado. Como si nunca hubiera existido para él.

Necesitaba salir de allí. Ya. En ese momento. No podía soportarlo.

Me fui acercando a Lidia sin dejar de mirarlo fijamente. Sabía que mis ojos estarían teñidos de tristeza y pesar, pero quería demostrarle que yo también había rehecho mi vida y que no lo necesitaba para nada.

Estaba tan absorta mirándolo, como tantas veces me había pedido, que no pude ver, como la mujer que lo acompañaba me observaba con rabia y odio.

Al final fui yo quien desvió la mirada para poder dirigirme a Lidia.

—Lidia, me ha surgido algo. Disculpa, pero debo irme. —Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para que no se notara mi angustia, pero el nudo en mi garganta cada vez era más grande.

—Qué pena Elena. Me lo he pasado genial contigo. Me gustaría que quedáramos de nuevo ¿quieres? —Parecía por como me hablaba y miraba, que sospechaba algo, pero fue muy discreta al respecto.

—Claro vamos hablando ¿vale? Gracias por todo. Tienes una familia

maravillosa.

Me acompañó hasta la puerta y se despidió de mí. Afuera estaba ya esperándome un taxi. Cuando subí dejé de contener la respiración.

Mientras el taxi se dirigía hacia mi destino le envié un mensaje a James para avisarle que me había ido. Luego miré por la ventana suspirando por lo mal que había acabado aquel día. Era una noche oscura y fría y llovía suavemente. Las gotas heladas que caían en la ventana se mezclaban con mis lágrimas calientes. No era capaz de entender por qué no era capaz de seguir adelante. Él lo había hecho; entonces ¿Por qué yo no podía? Me limpié las lágrimas mientras mi mente rememoraba una y otra vez la misma escena.

Era increíble que hubiéramos coincidido de nuevo. Tendría que averiguar qué relación tenía con Lidia, pero de momento no pensaba ponerme en contacto con ella. No quería volver a ver la mirada fría y carente de emoción de Jake.

Estaba buscando las llaves para entrar en el portal de mi edificio cuando alguien me tapó la boca y me alzó por la cintura. En cuestión de unos segundos me encontré atrapada con la espalda pegada a la pared de un callejón que nadie vería mientras unos ojos verdes me taladraban con odio y rabia.

No hubo palabras inútiles por parte de él y yo tampoco dije nada.

Me besó con fuerza y sin emoción como si intentara desquitarse conmigo. Yo era una marioneta de trapo en sus brazos. Me rendí. Lo había echado tanto de menos que me daba igual lo que hubiera pasado. Le necesitaba de cualquier forma. Si eso era lo único que iba a obtener de él lo iba a aceptar. Soporté que me tocara y me besara como si fuera una cualquiera sin presentar ningún tipo de defensa ni batalla.

Cuando se dio cuenta de mi sumisión paró y volvió a mirarme a los ojos.

—¿Qué te ha pasado? —me dijo. Soltó varias maldiciones y se fue.

Llegué a casa casi en estado de shock. Me senté en el sofá mientras intentaba calmarme. No entendía qué había pasado. ¿No debía ser yo la parte ofendida? Era él quien me había engañado y en cambio me había tratado como si fuera la peor persona del mundo. Era terrible ser consciente de que había pasado de ser la persona más amada a ser la persona más odiada.

Pero lo peor estaba por llegar aquella noche.

Alex me llamó para decirme que lamentaba mucho todo lo que había sufrido hasta ahora, porque no tenía razón de ser. Se había equivocado. Esa mujer que había visto en el hotel, no era ni había sido nunca la prometida de Jake. Todo había sido un montaje de sus padres y de la propia chica. Al parecer se había enterado hacia un rato por Lucas mientras discutían.

Intenté tranquilizar a Alex, aun a pesar de que había sido parte importante de mi desdicha. Pero si lo pensaba bien, era yo la que había decidido dejarlo tirado en el hospital y la que no le había dado ninguna oportunidad para explicarse.

Ahora entendía todo lo que había pasado esa noche. Me merecía eso y mucho más.

Me miré de verdad, por primera vez en mucho tiempo en el espejo. Cuanto más me miraba más me horrorizaba de mí misma. Había dejado que la depresión me ahogara de tal manera que no quedaba prácticamente nada de mí ni física ni mentalmente.

Decidí en ese momento, que, aunque el futuro se presentaba incierto, debía pedir perdón a la persona que más había querido y dañado; pero antes debía sanar y aprender a vivir de nuevo.

Todos somos responsables de nuestras decisiones y yo debía afrontar las consecuencias de las mías. Era prácticamente imposible recuperar lo que, por cobardía, había dejado atrás. No sabía muy bien que era lo que habíamos tenido, pero para mí, la palabra memorable se quedaba corta. Viviría con ese recuerdo para siempre, porque no creía poder volver a sentir esa conexión tan rápida y profunda con alguien nunca más.

Volví a hacer la maleta. Me iba de nuevo. Pero esta vez iría a despedirme de mis padres y mi hermano. No iba a huir simplemente. Iba a recuperar mi futuro.

Capítulo 11

Tres meses después

Había estado viajando durante tres meses por toda Europa, —España, Francia, Italia, Austria... —conociendo y experimentando nuevas culturas y aprendiendo a conocerme a mí misma, mis nuevos límites, dejando atrás el miedo a lo desconocido y sobre todo aprendiendo a enfrentarme a los

problemas. Dejé de huir. Fui libre, y soñé mucho. Quizás demasiado.

Me recuperé completamente.

Fue un viaje maravilloso, que me permitió entre otras cosas dejar volar mi imaginación. Empecé por entonces, a escribir mi primer libro juvenil de aventuras, que acabé en menos de un mes. Mi cabeza estaba llena de muchísimas ideas, que necesitaba plasmar en un papel. Quería que otros pudieran disfrutar de mi escritura, pero para continuar, debía comprobar la opinión de alguien experto. Así pues, llamé a Emma.

—Hola cariño —exclamó—. ¿No habíamos quedado en hablar esta noche? ¿Te ocurre algo? —oí el ruido de una silla al moverse—. Espera que estoy con.... bueno...

—No te preocupes Emma. Llámame cuando te vaya bien. —Imaginé que la había pillado en una reunión así que colgué tras despedirme precipitadamente.

Al cabo de una hora me llamó por FaceTime.

—Lo siento Elena; estaba en medio de una reunión un poco complicada. Últimamente es un poco estresante trabajar en esta empresa. Desde que tú te fuiste... —pareció darse cuenta de lo que estaba diciendo e intentó dar marcha atrás—, perdona, sé que no debería haber dicho nada.

—Emma, estoy bien. ¿Qué ocurre? ¿Es por Jake? Puedes contarme lo que quieras. No pasa nada.

—No quiero romper nuestra amistad, así que es mejor olvidarlo. —Su expresión reflejaba mucha tristeza.

—Emma Stern, suéltalo ya. Tómatelo como una terapia para las dos. Si superamos esto ya no habrá nada que nos separe.

Sabía que iba a ser muy dura, pero era capaz de soportarlo. No huiría nunca más.

Estuvo varios segundos considerando lo que me iba a decir. Y por fin se decidió a hablar de forma suave para no que no sufriera más de lo debido.

—El día que despertó en el hospital lo primero que hizo fue buscarte con la mirada. Su primera palabra de vuelta al mundo real fue “Elena”. Tuvieron que sedarlo para tranquilizarlo cuando se enteró por mis padres que te habías ido. —Estaba siendo muy duro escucharla, pero se merecía que lo hiciera

hasta el final—. Cuando pudo salió del hospital en tu busca. Se dirigió desesperado hacia hotel y allí encontró tu nota.

—Perdona Emma, —la interrumpí— ¿Mi nota? Yo no dejé ninguna nota.

—Elena, me la enseñó y la leí tantas veces que al final se me quedó grabada en la memoria. ¿De verdad no fuiste tú?

—No Emma. No fui yo. —La miré angustiada—. Dime qué decía.

Jake

Necesito estar con mi familia durante un tiempo

y tú no eres parte de ella. Lo nuestro ha sido

muy bonito, pero no es lo que necesito ahora.

Es mejor dejarlo aquí. Espero que lo entiendas.

Elena

Ahogué un sollozo con rabia y mi corazón empezó a romperse de nuevo. Me tapé la cara con las manos intentando calmarme. Era importante para poder continuar.

—Lo siento —suplicó Emma con la mirada—, Nadie pensó que la nota no fuera tuya, excepto Lucas. Intentó convencernos a todos de que tú jamás la habrías escrito y que tuvo que pasar algo grave para que lo hubieras abandonado de esa manera.

Desde entonces no ha vuelto a pronunciar tú nombre. Si antes era duro, ahora es implacable con todo el mundo. Se ha encerrado en sí mismo y nos ha apartado a todos de su vida. No sabemos nada de él desde aquel día. ¿Qué pasó Elena?

—Fui una cobarde. Creí que Jake estaba prometido y que me había engañado y en vez de enfrentarle y dejar que se explicara, huí como había hecho siempre. No confié en él por miedo a sufrir. Me arrepentiré de lo que hice todos los días de mi vida.

—Tenemos que explicarle todo esto. Debe saber que no escribiste la nota y que, aunque equivocada, te fuiste por una buena razón. Seguro que todo fue

una treta de mis padres para conseguir manipularlo como siempre.

—Emma, Alex me comentó que Jake no se habla con sus padres... —su rostro reflejaba una tristeza tan grande, que por un momento me arrepentí de haber preguntado.

—Sí, es verdad. Lo que no llegó a decirte es que yo tampoco. Y no quiero que te sientas peor de lo que estás ahora cuando te cuente el motivo.

—No te preocupes. No hace falta que me cuentes nada. Siento haber invadido vuestra privacidad.

—No, cariño. No pasa nada. Es que es muy duro a veces recordar.

Desde que yo tengo memoria, mis padres siempre nos habían dejado solos en casa al cuidado de otra persona. Se pasaban el día fuera y no aparecían hasta las tantas de la noche y únicamente para dormir. Después de aquello se iban de nuevo.

Al principio yo era muy pequeña y no me daba cuenta. Amaba a mi hermano tanto, que no necesitaba a nadie más, pero con el tiempo cuando veía a mis amigos como interactuaban con sus padres, sentía nostalgia de lo que ellos tenían y yo no. Jamás me habían dirigido ni una palabra y con mi hermano prácticamente había pasado lo mismo.

Lo que no entiendo es como nadie se había dado cuenta de nuestra situación. Supongo que pagaban muy bien al personal para que tuvieran la boca bien cerrada.

Con diez años decidí que yo quería lo mismo que otros niños y aunque mi hermano intentó disuadirme de ello, no quise escucharle y me enfrenté a ellos para pedirles explicaciones. Te puedo asegurar que ese fue uno de los peores días de mi vida.

Se encargaron de hacerme saber que no nos querían y que jamás lo harían. Sólo éramos una carga para ellos.

El mazazo final fue cuando mi madre me dijo que nos había tenido porque era la única manera de que su padre, ya fallecido, aceptara por entonces entregarles su herencia. Y mi padrastro lo remató diciéndole a Jake que, si por ellos hubiera sido, jamás habría nacido y que se lamentaban todos los días por ello.

Como verás, no podemos quejarnos de maltrato físico. Sólo una vez tuvimos un enfrentamiento y tal y como salieron por la puerta mi hermano cogió todo lo que teníamos de valor y nos fuimos para siempre. Jamás se preocuparon de buscarnos.

Con el tiempo nos enteramos que habían malgastado de forma tan salvaje la herencia de mi madre que se habían arruinado. Mi hermano por entonces, ya era poseedor de una gran fortuna, gracias a mucho esfuerzo y su inteligencia.

Intentaron ponerse en varias ocasiones en contacto con él según decían para arreglar las cosas, sobre todo su padre, pero al final lo único que querían era dinero. Luego volvían de nuevo los desprecios. Hasta que un día mi hermano se cansó y les amenazó para que jamás se pusieran en contacto de nuevo con nosotros.

No volvimos a saber de ellos hasta el día del accidente de Jake.

—Siento mucho todo lo que tuviste que pasar Emma. Tiene que haber sido muy duro.

—No te preocupes. Con el tiempo aprendí a sobrellevarlo y tuve a mi hermano siempre apoyándome en todo. Es más, de lo que hubiera podido desear.

—Ahora entiendo muchas cosas.

—Lo siento Elena, no lo tienes nada fácil. Debemos contarle a mi hermano la verdad. Será la única forma de que podáis intentar rehacer vuestra relación.

—No Emma. Te agradezco que intentes ayudarme, pero ya no va a haber más intromisiones. Quiero recuperarlo, pero esta vez, lo haré a mi manera. Estoy decidida a ello y también muerta de miedo, pero lo voy a intentar, aunque tenga que pasar por encima de él. Tienes que estar preparada porque va a ser duro para todos y te pido que confíes en mí.

—Cualquier cosa será mejor que ver a mi hermano muerto en vida. Cuenta conmigo para lo que quieras.

—En realidad necesito dos cosas. Quiero que leas un libro que ha llegado a mis manos y necesito me vendas tu parte de la editorial. —Me miró con la boca abierta, luego la cerró y luego la volvió a abrir. —Se dio cuenta de lo que pretendía rápidamente—. ¿En serio quieres presentar batalla en su propio terreno?

—Sí y lo voy a derrotar. Tienes que prometerme que no le vas a contar nada. Confío en ti y sé que no me vas a defraudar. —Tenía un plan y aunque duro, también iba a ser divertido ponerlo en marcha. Mi oponente era muy inteligente, pero yo también. Además, yo sentía algo que él había olvidado: un amor inmenso. E iba a conseguir que lo recordara.

—Lo prometo Elena. Pero si veo que las cosas se descontrolan, ninguna promesa me va a detener para decir toda la verdad.

—Me conformo con eso. Gracias Emma.

Al día siguiente Emma me llamó para comentar el libro.

—Hay libros tan especiales que nos enseñan a soñar despiertos, a querer vivir aventuras maravillosas y a desear que nunca acabe la explosión de emociones que nos transmiten. Es increíble. No tengo palabras. ¡Por favor! Necesito ponerme en contacto con el autor. Pásame sus datos.

—Soy yo. —Me emocioné con sus palabras mientras ella asimilaba mi respuesta—. En breve vuelvo a casa y empezaremos a trabajar.

—Una semana Elena. Te dejo una semana para que vuelvas si no iré a buscarte.

—Nos vemos en una semana. Te quiero.

—Eres increíble —oí como intentaba contener el llanto—. Yo también te quiero.

Estaba preparada para enfrentarme a mi nueva vida, y para ello lo primero que debía hacer era volver a casa. A Seattle.

Había mantenido también contacto, todos los días con mis padres, con James y con Alex. En una de esas conversaciones les había informado, que tenía intención de volver con mi amigo Alex. Sorprendentemente, mis padres y James lo aceptaron con total naturalidad. Aunque era injusto, me apené un poco. Había esperado un poquito más de resistencia.

Alex se volvió loco de alegría.

Hablar con él de nuevo, volvía a ser de risa. Era como una mamá gallina. —Que si estaba bien, que si comía lo suficiente, que cuando volvía...— siempre preocupado por cómo estaba.

Ese día lo llamé para hablarle de mi vuelta a casa.

—Alex, mañana llego a casa.

—Por fin flor, creía que al final tendría que ir a buscarte. La señora Candela, del quinto ya me dijo que si no volvías me iba a adoptar. Que sepas que estuve llorando por todas las esquinas de la casa y hacía tanto ruido que al final la pobre mujer se apiadó de mí y empezó a traerme galletas y magdalenas. Y una cosa llevó a la otra y al final acabé haciéndole algunos arreglillos en la casa. Te he sido infiel. Muy infiel que lo sepas. Así que ya sabes, vuelve ya o me divorcio.

—¡Te quiero! —Mi primer instinto fue echarme a reír, pero acabé llorando. ¡Lo había echado tanto de menos!

—¡Eh pequeñaja! ¡Que era broma! Yo a ti no te cambio por nada. Bueno, al mejor por una de las magdalenas de la señora Candela...

—¡Alex! ¡No tienes vergüenza!

—Flor, es que están muy buenas. A ver si cuando vuelvas le robamos la receta.

—Sí, echo de menos la comida casera. Mañana nos vemos. Un beso guapo.

—Un beso cariño. Hasta mañana.

Me senté en la cama del hotel donde estaba hospedada, mirando la maleta que estaba aún por hacer. Volvería a casa con recuerdos maravillosos que me habían encantado de mi viaje y muchos regalos para mis padres, James, Alex, Lucas y los señores Peterson. Pero lo más valioso para mí iba en mi bolso a buen recaudo. Lo llevaba siempre conmigo, incluso cuando dormía. Era mi secreto, mi obsesión y lo más improvisado que había hecho nunca. Y aunque imperfecto, era perfecto para mí.

Cuando visitaba España, encontré un cuaderno precioso, hecho a mano, del que me enamoré; pero lo realmente importante era su contenido. Cada noche, cuando el sueño me evadía, me dedicaba a buscar información sobre Jake. No sabía qué era real de todo lo que había encontrado por internet y durante mi viaje. Pero me consolaba pensar que tendría un pedacito de él en ese cuaderno.

Lo describían como a una persona entrañable, cariñosa, discreta y amable,

pero no hablaban de su parte fuerte, dominante y posesiva. Esa parte era mía y jamás la compartiría con nadie.

Esa noche me dispuse a dormir con un poco de añoranza, por el pasado, y aunque no feliz, sí con fuerzas renovadas para afrontar esta nueva etapa de mi vida.

Al día siguiente...

El avión ya había aterrizado y estaba esperando a que saliera mi maleta

—¿Flor?, ¿Elena? —me giré al oír quien me llamaba.

—Lucas... —dije tartamudeando. No había esperado ver aún a nadie tan cercano a Jake.

—Te veo bien —y continuó— ¿Cómo estás?

—Bien... ¿Y vosotros? —era una conversación demasiado impersonal.

—Perdona, pero me tengo que ir. Me alegra ver que estás bien. —Se giró y se fue, pero después de unos segundos no lo pude soportar y le llamé.

—¿Lucas..., está bien?

—No. Pero eso a ti no debe preocuparte —me dijo a distancia—. Cuídate flor.

No, no. Tenía que arreglarlo.

—¿Espera Lucas! Por favor. ¿Puedes darle un mensaje de mi parte?

—¿Por qué no lo haces tú? —me dijo suavemente.

—Por lo mismo por lo que tú no has ido a buscar a Alex aún a pesar de lo mucho que lo quieres. —Sus ojos brillaban por la emoción al igual que los míos.

Se acercó a mí en dos zancadas y me abrazó con mucha fuerza.

—Te he echado mucho de menos Elena. Te dije una vez, que eras un diamante en bruto. Si hubiera sido posible, te habría querido más que a nadie en este mundo.

—Gracias Lucas. —Lo miré durante unos segundos y proseguí mintiendo por primera vez en mi vida—. Dile que es un gran hombre, pero que se encontró con una piedra en el camino. Yo no estaba hecha para él. Todo era nuevo para mí y confundí las cosas. Dile que espero que pueda perdonarme y dile que le deseo sea muy feliz.

Me miró muy sorprendido para después asentir. Se giró lentamente y esa vez sí se marchó.

Había hecho mi papel a la perfección y era el momento de seguir mi vida. Iba a recuperar a mi grandullón, aunque fuera haciéndolo rabiar.

Cogí un taxi que me dejó en media hora en casa. Por fin. Me metería en la cama y no saldría hasta el día siguiente. Estaba agotada. Y necesitaba cada gramo de mi fuerza para lo que estaba por venir.

Alex estaba fuera de la ciudad y no llegaría hasta por la noche. No había podido aplazar una reunión que tenía para ese día.

Abrí la puerta de casa y me emocioné cuando los vi. Mis padres, mi hermano, los señores Peterson e incluso Alex, estaban allí esperando mi llegada. Por primera vez en mucho tiempo me sentía feliz y tenía un propósito.

Después de muchos besos y abrazos mi hermano habló: —Peque aquí está tu vida y lo respetamos, pero no nos gusta. Así que hemos decidido trasladarnos a Seattle para estar contigo. No queremos vivir sin ti nunca más.

Volví a besarlos y abrazarlos llorando de felicidad.

Habían comprado una casa muy cerca de la nuestra. Allí vivirían de momento los tres hasta que James encontrara algo que le gustara. Me preocupó que dejaran sus trabajos por quedarse conmigo, pero ya se habían organizado para trabajar desde allí y viajar cuando fuera necesario.

Mi madre había pedido una excelencia en la universidad y de momento había aceptado un proyecto en la universidad Washington.

Unas horas después, todos se fueron. La casa estaba prácticamente vacía. Alex y yo nos miramos y nos sonreímos con nostalgia.

—¿Cómo estás Alex? —No era una pregunta de cortesía. Esperaba una respuesta sincera.

—No muy bien, flor. No quiere saber nada de mí.

—Lo siento Alex. Ambos metimos la pata, pero yo voy a intentar arreglarlo. ¿Qué quieres tú?

—Lo amo y haría lo que fuera para que me perdonara.

Le sonreí con afecto y empecé a hablarle de la compra de las acciones de Emma, del libro y de todo lo demás. Necesitaría a alguien como Alex para la portada del libro, por lo que se sumó a mi plan. Ambos tendríamos la oportunidad de estar cerca de los amores de nuestra vida aún a pesar de ellos.

Esa noche recibí el primer mensaje

Jake: ¿Una piedra en el camino? ¿En serio? Que poco original.

Mi plan empezaba a funcionar. Emma tenía que dejar disimuladamente mi nuevo número de teléfono cerca de él. Había estado conteniendo el aliento a la espera de que aceptara el reto y así había sido. Solté el aire poco a poco aliviada.

Elena: La primera vez que te vi, pensé que eras el hombre más guapo que había visto nunca. Era imposible que fueras real. Me desmayé y te olvidé.

Después de haber leído mi mensaje se desconectó.

Capítulo 12

Eran las ocho de la mañana y ya estábamos preparados, pero también muy nerviosos. Empezaba para unos la guerra y para otros la resistencia. Por supuesto, Alex y yo íbamos a ser los que empezáramos la guerra.

Se había convocado a los socios de la editorial a las nueve de la mañana para informar del traspaso de acciones de la señorita Emma Stern. Sospechosamente, la señorita Stern, había estado incomunicada desde que se les había notificado hasta hoy. Habíamos tenido que contratar un abogado ajeno a la empresa para llevarlo todo en secreto. Paralelamente se había firmado un acuerdo entre Emma y yo para devolverle todas las acciones máxime en un plazo de seis meses. No tenía ninguna intención de quedarme con las acciones de Emma, sólo las necesitaba temporalmente.

Entramos después de cuatro meses de nuevo en la editorial, tras haber saludado al señor Peterson con un gran abrazo, directos a la sala de reuniones. Emma ya estaba allí esperándonos.

—Espero que no nos estemos equivocando. No quiero perder a mi hermano —susurró Emma.

—No te preocupes Emma, se le pasará. Es una persona justa y con el tiempo lo entenderá. Tú mantente firme. —Me miró con poca seguridad, pero asintió.

Le presenté a Alex y nos dispusimos a esperar a todos los demás. El primero en llegar fue nuestro abogado. Estábamos tratando cómo iba a dirigir la reunión cuando entraron todos los demás.

Si hubiera tenido una cámara de video, hubiera grabado lo que ocurrió entonces.

Entraron todos con mucha energía. Primero Jake, fuerte y orgulloso apresando con su mirada a todos cuantos estábamos en la sala. Yo ya me había preparado para la sobrecarga emocional que supondría verlo de nuevo después de tres meses. Los demás iban detrás de él leyendo varios documentos.

Cuando me vio frenó de golpe, por lo que los demás asistentes chocaron unos contra otros como si se tratara de piezas de dominó. A duras penas consiguieron mantenerse en pie. Me miró como si fuera una mosca pesada, se acercó a la mesa y se sentó a la espera. No dijo nada; sin embargo, aunque intentaba mantener una expresión neutra, no era capaz de conseguirlo lo bastante como para que no me diera cuenta.

Los demás siguieron los pasos de Jake y se sentaron en su sitio.

El primer problema surgió cuando Lucas entró y vio a Alex.

—¿Qué haces aquí? —Se dirigió directamente a él sin importarle que hubiera alguien más en la sala.

Alex lo miraba sin abrir la boca por lo que tuve que intervenir.

—Lucas buenos días —dije con mucha suavidad. Giró su cuerpo en busca de mi voz y su expresión se dulcificó. Sabía que jamás se atrevería a hacerme daño por lo que, aunque no era propio de mí, me aproveché de la situación—. Está aquí en calidad de mi colaborador. Por favor siéntate y empecemos la reunión. —Lucas me miró con dolor, pero se sentó sin mediar palabra.

Nuestro abogado empezó a informar del traspaso de las acciones y por lo tanto de todos los derechos y obligaciones de las que era partícipe hasta entonces Emma.

La editorial estaba dividida en tres partes iguales, cuyos socios eran Jake, Emma y Lucas. Paralelamente a eso, hacía unos meses se había creado un nuevo acuerdo por el que Jake le cedía el control de todas sus acciones a Emma temporalmente, durante cinco años, para que ella pudiera dirigir la editorial con Lucas. En cualquier caso, no se había establecido una alternativa en caso de que ella cediera sus acciones, por lo que todos los derechos y obligaciones pasaban a mí hasta que venciera el acuerdo de los cinco años.

De ahora en adelante yo tomaría todas las decisiones.

Jake se levantó hecho una furia. Miró a su hermana con resentimiento y

luego a mí con más rabia que la que había visto jamás en alguien.

—Todos fuera. —No gritó, pero era una orden que nadie se atrevió a desobedecer.

Asentí con un gesto a Alex para que se fuera tranquilo. Estaba nerviosa por el primer enfrentamiento después de tanto tiempo, pero contenta de ver por fin alguna reacción en él, aunque fuera negativa.

Se acercó a mí casi rozándome. Tan cerca, que podía oír su respiración. Sólo tenía que levantar la mano y podría tocarlo.

—¿Qué pretendes? —Intentaba intimidarme, pero no se lo iba a permitir.

—Que me perdones —dije suavemente con todo mi amor. Me miró pasmado para luego proseguir—: ¿Quitándome mi empresa?

—Sí.

—¡Joder! —Podía ver su lucha interior. No sabía si agarrarme del cuello y estrangularme o follarme encima de aquella mesa.

—¿Sabes lo que pensé la segunda vez que te vi? —No quería escucharme, pero lo agarré del brazo para que no tuviera otra opción—. Quería arrancar tu ropa y pasar mi lengua por todo tu cuerpo. Comerte cómo si fueras un bollo de chocolate. —Lo miré con deseo, esperando escogiera la segunda opción.

Estaba tan excitado que su miembro rozaba casi mi cintura. Alcé la otra mano y empecé a acariciarle el miembro muy lentamente. Me miró pasmado durante una eternidad incapaz de creerse lo que estaba haciendo.

Al final, se decidió por la tercera opción. Salir de la sala sin más y sin mirar atrás.

Había conseguido sacarlo de quicio, pero al final había tomado una decisión que no era la que hubiera deseado.

Fui la última en salir de aquella sala de reuniones y no precisamente con sensación de triunfo. Cerré la puerta detrás de mí y observé a mi alrededor. Todo seguía igual en la editorial; el mismo mobiliario, los mismos colores y olores. Pero algo había cambiado radicalmente. Se trabajaba en tensión y a marchas forzadas como si hubiera pasado un huracán por allí. Ya no existían conversaciones ajenas a lo estrictamente laboral ni armonía entre compañeros. Ni risas. Mi hombre había sido implacable con todo el mundo, pero eso se iba

a acabar.

El abogado reunió a todo el personal y me presentó como nueva accionista y responsable de la editorial. Hubo murmullos durante la reunión. Menos mal que no era real. Era todo, una tapadera. Emma seguiría a través de mí, dirigiéndolo todo, mientras yo me concentraba en preparar la publicación de mi libro.

El abogado continuaba informando a los presentes, cuando vi salir a Alex del despacho de Lucas. No parecía muy contento, pero tampoco abatido como otras veces. Me miró y forzó una sonrisa. Me acerqué a él disimuladamente, susurrándole al oído: —cariño súbete la bragueta—. Se sonrojó y se la subió rápidamente mientras yo le tapaba ante cualquier curioso. Estaba claro que él había avanzado mucho más de lo que lo había hecho yo.

Una vez finalizada la reunión, Emma se acercó a nosotros y nos dirigimos hacia nuestro despacho. Estaba deseando empezar a trabajar cuanto antes en mi libro y sabía que los demás también. Cuando Emma abrió la puerta, vi a Jake al fondo del pasillo hablando con la misma mujer que había visto en la fiesta de Lidia. Estaba convencida que la había visto en otra ocasión, pero no era capaz de recordar dónde. Estaba de espaldas a mí acariciando la mano de Jake mientras le hablaba de forma sugerente. Él la miraba educado, pero sin pasión alguna. Aun así, estaba celosa de ella. Tenía lo que yo más ansiaba. No había consuelo posible.

Me vio y sus ojos chispearon. Después bajo su cabeza hacia la mujer y la besó.

Sentí como Alex se tensaba detrás mío. Había visto lo mismo que yo. Le cogí de la mano y entramos en el despacho dejando atrás al tozudo grandullón.

—Elena —¡Ostras! Cuando Alex utilizaba mi nombre es que algo malo pasaba—. Es ella.

—¿Ella? —preguntamos Emma y yo a la vez.

—La que creí que era la prometida de Jake.

—¿Theresa? ¿Fuiste tú quien le dijo lo de la prometida a Elena?

—Sí. Oí como se presentaba así en la recepción del hotel. Sus padres no dijeron nada por lo que no lo puse en duda.

Emma miraba a Alex con enfado así que ese día tuve que intervenir por segunda vez ante una posible disputa.

—Tú —me dirigí a Alex—, ya hablamos de esto y todo quedó zanjado. Estamos bien y no vamos a volver a hablar de ello nunca más. Y tú —esta vez hablaba con Emma—, lo quiero, al igual que a ti y si yo le perdoné, tú debes respetarlo. Alex es una de las mejores personas que he conocido en mi vida y moriría por él al igual que por ti, así que asúmelo cuanto antes y vayamos a lo que nos interesa. ¿Quién es Theresa? ¡Ostras! ¿Y se puede saber por qué tocaba tanto a mi grandullón? ¿Os podéis creer que la haya besado? ¿Si está más tiesa que un palo de fregona por Dios!

Ya estábamos otra vez de nuevo.

Alex y Emma muertos de risa, mientras yo los observaba esperando que se calmaran. Ahora eran dos los chistosos con los que tendría que tratar. Esperé con impaciencia mirando el reloj apoyada en una mesa y suspirando hasta que consiguieron calmarse. Emma me miró con cariño antes de contestar.

—Te lo he dicho ya en otra ocasión Elena. Eres increíble y me siento muy afortunada de ser tu amiga.

—Es única —finalizó Alex sonriendo.

Ambos me abrazaron a la vez con cariño, espachurrándome en el proceso. De reojo vi a Jake caminando al lado de Theresa. Él también me vio entre Emma y Alex y se paró. Cerró las manos con rabia y parecía que iba a decir algo, pero al final se lo pensó de nuevo y siguió caminando al lado de aquella mujer.

Sonreí perversamente. Definitivamente, me estaba volviendo una bruja.

Estuvimos trabajando durante todo el día con mi libro y Alex no paraba de dibujar. Era una afición que tenía desde hacía muchos años. Le encantaba dibujar todo lo extraía de las conversaciones de otros. Sabía que la carátula del libro iba a ser impresionante, pero esperaba que no más que el libro.

Aquella noche me metí en la cama con el portátil. No se lo había comentado aún a Emma, pero estaba acabando ya mi segundo libro.

Recibí de nuevo un mensaje de Jake.

Jake: ¿Crees que una empresa se dirige con besos y abrazos?

No era posible. ¿Estaba celoso de Alex y de Emma? Volví a leer varias veces el mensaje. Cada vez que lo hacía me gustaba más.

Elena: La primera vez que me besaste, me dejaste sin aliento. Era la primera vez que alguien me besaba. Tu lengua acariciaba la mía a un ritmo lento pero intenso. Sentía cada parte de tu cuerpo y deseaba fundirme en él.

Volvió a desconectarse; pero esta vez, tardó mucho más en hacerlo.

Los días transcurrieron más o menos de la misma manera, trabajando para poder publicar lo antes posible mi libro y disfrutando de mis nuevos compañeros de trabajo que, aunque muchas veces perdían el tiempo riéndose de mí, tenían unas ideas buenísimas.

Quería que fuera una sorpresa para mi familia. Tenía pensado regalarles el segundo ejemplar que se imprimiera. El primero estaba reservado para Jake.

Hacía días que no se pasaba por la editorial y me complacía vetar la entrada a Theresa a través del señor Peterson, alegando que Jake no se encontraba en las oficinas y, por lo tanto, no estaba permitida la entrada a personal ajeno a la empresa. Emma me sonreía, pero luego me recordaba el carácter gruñón de Jake. La venganza iba a ser terrible, decía. Yo le restaba importancia al asunto, pero en él fondo, estaba deseando llamar la atención del grandullón a toda costa.

Alex seguía igual con Lucas. Se acostaban juntos, pero sin implicaciones emocionales y eso desquiciaba cada día más a Alex.

Esa noche cené con mis padres y mi hermano en su casa. James ya había encontrado un piso a su gusto y se mudaría en breve. Cuando estábamos comiendo el postre, el muy sinvergüenza aprovechando que mis padres estaban presentes, atacó.

—Peque te necesito. Mañana tengo que asistir a una cena benéfica y no tengo acompañante. Además, te vendrá bien salir unas horas. No puedes estar siempre trabajando cariño.

—Ni hablar James. Ya te lo dije la última vez. No pienso ayudarte más. Además, mañana es sábado y quiero descansar.

—¡Por favor!

—Eres un aprovechado. No entiendo porque no te acompaña alguna de tus amiguitas.

—Porque tengo que parecer serio y además no son tan guapas como tú. — Me miraba poniendo morritos. En serio, a veces actuaba como un niño pequeño.

—Tú mismo. Pero tengo una condición.

—Lo que quieras —me sonrió.

—Te acompañaré con dos amigos. Esas fiestas son muy aburridas y necesitaré apoyo moral. No entiendo para que te acompañe si al final te enredas a hablar de trabajo y acabo aburrida mirando las macetas de un salón insulso. —Esto último lo dije con voz lastimosa.

James me miraba sorprendido, mi padre sonreía mirándome con admiración y mi madre le reñía por no cuidar de mí adecuadamente.

Llegué a casa agotada y después de pedir a Alex y a Emma que me acompañaran a la gala benéfica del día siguiente, me acurruqué en el sofá del salón para ver la televisión un rato. Estaba muy cansada, pero no podía dormir. Habían pasados dos semanas desde la última vez que vi a Jake y los nervios me estaban consumiendo.

No aguantaba más, así que cambié el orden del juego y le escribí un mensaje.

Elena: Tardé menos de tres minutos en tener mi primer orgasmo. Me chupabas los pechos con ferocidad mientras pellizcabas y golpeabas con fuerza mi sexo. Una y otra vez. Fue maravilloso. Recordaré ese orgasmo toda mi vida.

Tardó menos de un minuto en responder

Jake: Corre, porque cuando te pille te vas a enterar.

¡Ostras! ¿Había reaccionado así por mí mensaje o por lo de Theresa?

Sonreí de nuevo perversamente. Estaba deseando que llegara nuestro próximo encuentro.

Capítulo 13

—Mamá no necesito ningún vestido nuevo. En serio ¡déjame dormir! ¿Os habéis puesto todos de acuerdo para no dejarme dormir nunca por las mañanas o qué?

—Cariño ya me ha advertido James que tenías muy mal despertar. Vamos dormilona que se nos echa el tiempo encima.

Y encima el gracioso de turno. De fondo se oían las carcajadas de Alex. Me incorporé y le tiré una almohada con tan mala suerte que mi madre se puso en medio y el cojín impactó en su cara.

A Alex se le cortó la risa de repente y ambos la miramos conteniendo la respiración a la espera de la regañina. Mi madre recogió la almohada del suelo para dejarla en la cama, pero en el último momento, cambió de parecer giró y golpeó con ella a Alex en la cara.

—Eso te pasa por reírte de mi niña. Daos prisa que el desayuno se enfría. Se retocó su atuendo y salió por la puerta de la habitación toda digna.

Empecé a reírme a carcajadas. Era tan sorprendente mi estado que Alex me miraba atónito. No podía parar y cuanto más le miraba, más ganas tenía de reírme.

—Ya sabes Alex, la próxima vez que te metas conmigo llamaré a mi madre.

Seguimos riéndonos durante un buen rato. Y el desayuno acabó por enfriarse.

Aprovechamos la mañana para comprar un vestido para la gala. A mí cualquiera me gustaba, pero mi madre decía que esta vez debía llevar algo muy especial. Estaba convencida de que algo iba a pasar esa noche.

Llevábamos varias horas buscando sin encontrar nada que a mamá le pareciera especial. La tenía ya medió convencida para irnos, cuando lo vi.

Era un vestido palabra de honor muy sensual y elegante, largo y de color negro decorado con tonos grises como si fueran perlas. Era muy ajustado con la espalda al aire y sin mangas.

Entré en el probador para ponérmelo. Era perfecto, aunque un poco justo por la parte delantera. Me sentía extraña sin sujetador, pero resaltaba mis pechos sin llegar a ser vulgar.

—Es este cariño —dijo mi madre emocionada.

No hacía falta ningún retoque así que pagamos el vestido y nos fuimos a tomar algo. Estuve hablando con mi madre durante un buen rato. Me encantaba escucharla. Tenía un timbre de voz muy agradable. En un momento de la conversación me emocioné y una lágrima cayó rozando mi mejilla.

—¿Qué ocurre cariño? —me preguntó mi madre con preocupación.

—Tengo miedo mamá. Miedo de despertar y que todo esto sea un sueño. Que todos vosotros desaparezcáis de mi vida. Me moriría de la pena si eso pasara. No entiendo qué pasó, porque me separaron de vosotros. ¿Quién querría hacernos tanto daño, como para destrozar una familia entera?

—No lo sé cariño, pero lo vamos a averiguar. Deja que sean tu padre y tu hermano quienes se encarguen de ello. Te quiero hija y nadie va a volver a

sepárame nunca jamás de tu lado. No lo voy a permitir. —Me besó y abrazó con fuerza.

Al día siguiente iría al trastero donde estaban guardadas las cosas de mi supuesto abuelo y que no había donado a la beneficencia. Tenía que haber algo que explicara qué había sucedido. No le comenté nada por qué no quería angustiarse sin motivo.

Después de comer, me dejó en casa. Quería aprovechar para descansar un rato antes de la gala. Si era tan pesada, como todas las demás a las que me había obligado a ir James, me haría falta. Una vez empezaba la función, tal y como decía mi hermano, podían pasar muchas horas antes de poder volver a casa.

En estos eventos, las conversaciones en general eran bastante insípidas con un contenido bastante pobre. Rara era la vez que había encontrado a alguien que no hablara de coches, casas, moda y otros tantos temas sin fondo.

Frené al aproximarme al pasillo. La puerta de la habitación de Alex estaba entreabierta y se oían fuertes gemidos. Me acerqué para cerrarla intentando no mirar hacia dentro, pero al final no pude evitarlo de todo.

Alex mantenía inmovilizado a Lucas con una mano en la cama embistiendo su miembro por detrás de Lucas a la vez que lo masturbaba. Lo que más me impactó fue que en todo momento se expresaba con palabras cariñosas. En cambio, Lucas no paraba de maldecirlo a la vez que suplicaba por más.

Sentí pena por ambos y me encogí de dolor cuando comprendí que a mí me podía pasar lo mismo con Jake. Quería que me hiciera el amor porque me deseaba no porque no lo pudiera evitar, como estaba pasando en esa habitación.

Pasé de largo y me encerré en mi habitación. No quería de nuevo intrusos no deseados. Últimamente a todos les encantaba molestarme mientras dormía. Me estaba desvistiendo cuando oí a Alex hablar con voz desgarradora:

—Sal de mi vida para siempre. Cometí un terrible error y dañé a dos buenas personas. Lo siento. Siento haber hecho daño a tu amigo Jake y a Elena. Pero no merezco ser tu puta. No volveré a buscarte nunca más.

La puerta se cerró y supuse que Lucas se había marchado. Me volví a vestir rápidamente para ir en su busca corriendo por el pasillo.

No era Alex el que lloraba de forma desgarradora en el suelo de la entrada. Era Lucas.

—Lucas...

—Lo siento... lo he estropeado todo —Me arrodillé a su lado y lo sostuve entre mis brazos hasta que se calmó.

—Lucas, esto se tiene que acabar. No podéis estar peleados siempre por lo que nos pase a Jake y a mí. Os queréis y tenéis que hacer vuestra vida independientemente de lo que hagamos nosotros. Cuando seáis capaces de entender lo que te he dicho, todo empezará a ir bien.

—Siempre he pensado que eras muy inteligente flor —me dijo sonriendo limpiándose la cara.

—Ya. Y seguro que no tiene nada que ver mi cociente intelectual de 175 ¿verdad?

Me miró a la cara con adoración y luego procedió a abrazarme de nuevo.

Unas horas después, recién duchada, me miraba en el espejo. Si me recogía el pelo iría más elegante, pero si me lo dejaba suelto el efecto sería más sensual. Me sentía atrevida ese día así que me lo dejé suelto. Sin embargo, me negaba a creer a mi madre cuando me dijo que algo importante me iba a pasar aquella noche.

Alex ya estaba preparado cuando llegué al salón. Estaba imponente. Si Lucas lo viera en este momento, no sería capaz de resistirse a él. Quería hablar con él sobre lo que había pasado hacía unas horas, pero decidí esperar hasta el día siguiente.

—¡Madre mía flor! Estás preciosa. Nunca he visto a alguien tan bello como tú. —Me besó delicadamente la mano—. Déjame hacerte una foto. Quiero inmortalizar este momento.

Nos estuvimos haciendo fotos durante un buen rato hasta que llegó el momento de irnos.

—Alex, ¿No deberíamos esperar a Emma?

—Perdona flor, me ha llamado hace un rato. Estaba liada con un cliente y me ha dicho que no llegaría a tiempo. Hemos quedado directamente en la gala.

Tenía que hablar muy seriamente con Emma. Su vida era trabajo, trabajo y más trabajo. Tenía que aprender a divertirse.

Cogimos un taxi que nos dejaría en nuestro destino en unos veinte minutos.

Alex estaba ensimismado mirando a través de la ventana absorto en los edificios que dejábamos atrás. Cogí mi móvil para seguir con el acoso a mi grandullón. Tenía que hacerlo ahora porque luego ya no sería posible.

Elena: Perdí mi virginidad contigo. Te deseaba tanto entonces... Te movías dentro de mí primero poco a poco y después las embestidas eran más rápidas y profundas. Noté como tu miembro se hacía más grueso cuando hundí mis manos en tu trasero. Empezaste entonces a moverte despiadadamente, más duro, más profundo. Llegué al orgasmo en cuestión de segundos y tú me seguiste poco después.

Jake: Tú y yo.

No entendía su mensaje. ¿Qué había querido decir?

Tuve que dejar mi abstracción para otro momento. Habíamos llegado a la mansión de lujo donde se iba a celebrar la cena.

James me había explicado que pertenecía a un multimillonario que se dedicaba a la importación y exportación de vinos entre otras cosas.

Era una casa de aproximadamente quilómetro y medio, en una zona muy alejada de posibles vecinos, rodeada de jardines y con unas vistas increíbles al mar y a los frondosos árboles que la rodeaban. Tenía un aire renacentista francés y parecía de cuento de hadas. El interior estaba decorado con estilo rústico entremezclado con el aire de la época clásica con muy buen gusto y de lo más especial. Era una casa de ensueño.

Nos hicieron pasar al comedor para la cena. Había una larga mesa que ocupaba gran parte de la habitación y que daría cabida a unas cincuenta personas.

James ya estaba allí, conversando con varias personas. Nos acercamos para saludar y hacer las presentaciones oportunas. Era hora de cenar, por lo que fuimos colocándonos en nuestros asientos. Emma aún no había llegado y empezaba a estar preocupada.

—James, Emma no ha llegado y estoy inquieta. Voy a salir un momento a llamarla.

—Espera flor que te acompaño. —Alex ya se estaba levantando para salir conmigo.

—No es necesario Alex. En seguida vuelvo.

Salí por la puerta y solicité a uno de los camareros que me indicara un lugar privado para poder hacer la llamada. Me hizo pasar a la habitación más increíble que jamás había visto. Allí, situada en el centro de la habitación, mirara por donde mirara sólo había libros. Empecé a girar maravillada. Ni en mis mejores sueños podía haber imaginado algo tan bello. Parecía que el tiempo se hubiera detenido hacía siglos, por sus hileras de estanterías en madera oscura y bellas escaleras que rodeaban la habitación, pero también por la paz que se respiraba.

—Si hubiera sabido que esto era lo que hacía falta para retenerte, te lo hubiera enseñado antes.

Me giré siguiendo el sonido grave de la voz de James. Sus palabras estaban teñidas de rabia y pesar.

—¿Esta...es tu casa? —tartamudeé sin poderlo evitar.

—¿Jake? ¿Dónde estás? —A lo lejos se oía la voz de una mujer.

No contestó. Me miraba profundamente con deseo animal. Observó lentamente mi cara, mi pelo, mis brazos y cuando llegó a la zona del pecho su rostro empezó a congestionarse. Sabía que estaba deseando decir algo, pero no tendría oportunidad de hacerlo. Alguien más estaba a punto de entrar en aquella biblioteca.

Le sonreí con autosuficiencia. Él me sonrió a mí, canalla. Giró y se acercó rápidamente a la puerta para cerrarla. Jadeé por la sorpresa.

—¿Jake? —se oyó la voz estridente de la mujer pegada a la puerta, pero no hizo nada por contestar. Seguía observando todo mi cuerpo, desnudándome con la mirada. Parecía un león a punto de atacar. Era muy excitante. Estaba muy húmeda y mi sexo palpitaba a la espera de sentirlo dentro de mí. Me sentía eufórica y muy necesitada.

—¿No crees que deberías abrirle la puerta a tu mujer? —fue el último

intento de distracción.

—Tú y yo —fueron las únicas palabras que salieron de su boca antes de abalanzarse sobre mí.

Sabía por sus besos que no tenía ningún control. Su grado de excitación se igualaba al mío. No dio ninguna explicación, ni hubo palabras bonitas. Me bajó la cremallera del vestido que cayó al suelo sin ceremonias, me tumbó en los escalones y allí me penetró con fuerza jadeando y embistiéndome con fuerza. Sus ojos evadieron los míos, no hubo besos ni abrazos ni caricias. Sólo golpeaba mi sexo como si únicamente fuera un recipiente para saciar su pasión. Aun así, era tal mi necesidad que me corrí a la vez que él.

—¿Estás bien? —fueron las únicas palabras amables que me dirigió, mientras me limpiaba con un pañuelo improvisado.

—Sí —contesté intentando recuperar el aliento. No quería reconocer que, aunque había sido muy excitante, tenía la espalda un poco dolorida por la posición en la había estado.

—Vístete —me ordenó carente de emoción.

Me subí lo más rápido que pude el vestido y me di la vuelta, esperando me ayudara. Pareció dudar, pero unos segundos después, se acercó para subirme la cremallera de forma impersonal.

Abrió la puerta de la biblioteca antes de que tuviera tiempo de arreglarme adecuadamente. Theresa seguía allí esperándolo. Me fulminó con la mirada y como si no hubiera pasado nada, se agarró de su brazo y empezaron a caminar en dirección al comedor.

Fueron sus últimas palabras las que fragmentaron de nuevo mi corazón: —Tenía un último asunto con la señorita Baker, pero ya se acabó cariño. Nunca más. Ahora soy todo tuyo.

Sabía que no iba a ser fácil, pero jamás pensé que iba a tratarme de aquella manera. Era un desconocido para mí. Por un momento creí que me había equivocado y que en realidad nunca lo había conocido. Dudé por primera vez desde que había vuelto. ¿Estaba haciendo lo correcto? Sabía que me deseaba y no estaba segura a estas alturas del juego, que fuera suficiente.

Respiré profundamente, una dos y hasta diez veces intentando recomponerme. Esa noche ya me habían humillado suficiente.

Entré en uno de los baños para adecentarme lo mejor posible. Me miré al espejo y me sorprendí al ver mi cara. Mejillas sonrosadas y labios completamente hinchados. No había forma de ocultar lo que había hecho breves momentos antes. Volví a respirar profundamente y me sonreí a mí misma. Iba a ser interesante ver si era capaz de darle celos.

Volví a entrar en el comedor, esta vez caminando de forma sensual y con una sonrisa en los labios. Muchos de los presentes se giraban para observarme caminar. El placer que había sentido minutos atrás, aun se reflejaba en mi cara y en mi cuerpo. Era un potente imán sobre todo para los hombres que ocupaban aquella mesa. Me sentía como una diosa. En mi recorrido por la mesa, me paré varias veces pasar conversando con varios hombres que me desnudaban con la mirada. Cerca ya de mi asiento, lo miré de reojo y me felicité a mí misma. Estaba tan enfadado que parecía que iba a saltar en cualquier momento por encima de la mesa para estrangularme.

Sostenía una copa entre sus dedos con tanta fuerza que se rompió en miles de trocitos, salpicando de vino parte del vestido de su acompañante.

Hubo un poco de revuelo en la sala y más cuando Alex y James se percataron de quién era su anfitrión. Habían estado distraídos conversando con otros comensales, por lo que no se habían dado cuenta hasta ahora. Puse mi mano en el hombro de ambos y les supliqué con la mirada que no intervinieran.

Theresa se levantó indignada fulminándome con la mirada. No entendía su reacción. Su odio estaba descompensado con la situación. Como si me conociera de antes. De nuevo intenté hacer memoria, pero no recordaba haberla visto antes de la fiesta del cumpleaños de la hija de Lidia. Nunca había inspirado en alguien un sentimiento tan negativo. Después salió huyendo para intentar arreglar aquel estropicio. Jake no se movió. Continuaba mirándome fijamente. Una promesa de venganza se reflejaba en su rostro. Sus ojos despedían llamas por la rabia acumulada.

—Es curioso ¿Verdad Jake? Ahí va otra huyendo de ti. Quizás deberías ir a socorrerla no sea que se te escape también. —Me sentí cruel por lo que acababa de decir y más cuando la culpa de que estuviera en esta situación era completamente mía. Sin embargo, no iba a permitir que me humillara nunca más como había hecho en aquella habitación, tan sagrada para mí.

Me miró enfadado, pero sabía que había entendido perfectamente mi mensaje.

Había ganado la batalla, pero no la guerra.

Ya no tenía sentido seguir allí. Mi hermano, Alex e incluso yo estábamos demasiado alterados por la situación, así que decidimos irnos lo más discretamente posible, en cuanto fuera posible.

Theresa ya había vuelto y aprovechaba cada momento que Jake le permitía para restregarse contra él. Jake no correspondía a sus insinuaciones, pero tampoco las evitaba, como si fuera un mero espectador.

Por fin la cena había acabado y empezaba el baile. Era el momento de decir adiós. No podíamos irnos sin despedirnos, sería una descortesía por mucho que me sintiera ignorada como si fuera una mosca molesta.

—Gracias por todo. Buenas noches. —James se despidió de Jake antes de que pudiera abrir la boca. Theresa me miraba con desprecio envalentonada. Ella se iba a quedar con mi grandullón y yo no. Una lágrima cayó por mi mejilla. No había podido evitarlo. Nadie se dio cuenta, excepto él. Me miró sorprendido e hizo un amago de acercarse a mí, pero en el último momento se contuvo.

Le dio la mano a mi hermano con indiferencia y nos fuimos.

—Gracias James. —Me sonrió con cariño mientras nos acercábamos a la limusina.

—¿Elena? —pronunció Emma, con voz trémula a mi lado.

Me giré dispuesta a regañarla por su desplante. No pude hacerlo. Tenía la boca abierta y la mirada fija en James. Ambos se miraban como si se reconocieran. Moví la cabeza tres veces de uno al otro con asombro.

—¿Tú?... ¿él?... —balbuceé. No podía ser. Definitivamente no podía tener tanta mala suerte, pensé mientras me agarraba la cabeza y los observaba mirarse con rabia.

Iba acompañada de Lucas que también observaba a Alex con tristeza mientras el otro le ignoraba. Era todo una locura. Y para acabar de rematarlo, Jake se acercaba supongo, en busca de su hermana.

—Vete a casa Elena. Yo me voy a quedar un rato más —Era la primera vez

que veía a mi hermano tan enfadado.

—Emma, ¿quieres que me quede? —No me importaba que James se enfadara, pero iba a quedarme si ella me lo pedía. Además, no quería que surgiera una disputa entre ambos hombres. Jake estaba llegando.

—No hace falta cariño. James y yo tenemos una conversación pendiente —dijo con tranquilidad.

—Elena, tenemos que hablar. —me dijo suavemente Jake, tendiéndome una mano. Observé a los demás en estado de confusión. Emma me miró como disculpándose. Pero lo que más me preocupó fue la tristeza que vi en sus ojos. Al final no había podido cumplir su promesa. Le sonreí de manera cariñosa para que supiera que lo entendía.

—Ella no va a ir a ningún sitio contigo —declaró James.

—James, quedamos aquí en una hora —le supliqué con la mirada.

—¡Maldita sea Elena! Te pasaste meses sin levantar cabeza por él. Creíamos que ibas a morir de pena. ¿Vas a volver a lo mismo? —fue consciente en ese momento de que había metido la pata y me había avergonzado. No pude ver la tristeza abrumadora en los ojos de Jake.

—Elena...yo...lo siento.

—No te preocupes James —por primera vez desde que había vuelto, quería huir, huir para siempre. Lo había intentado, pero había fracasado. De nuevo—. En una hora estaré aquí —y seguí a Jake al interior de la casa.

Entramos de nuevo en la biblioteca y me acomodó en uno de los sillones. Me sonrojé de forma violenta cuando recordé lo que había pasado en esa habitación unas horas antes.

—Quiero pedirte disculpas por todo lo que ha pasado esta noche. —Fueron sus primeras palabras.

—¿Por qué? —Los nervios me estaba matando.

—Te odié con toda mi alma cuando leí la que creía era tu nota. Sin embargo, Emma me contó toda la verdad ayer. Y tú hermano también ha contribuido en algo hace unos momentos. —Su expresión era de tristeza absoluta. Se mantenía alejado de mí en cuerpo y mente. Intentaba decirme algo y no le salían las palabras.

—Jake...dilo sin más —le supliqué con la mirada. No quería sufrir más, pero iba a ser inevitable. Era como un deja vú. Había huido hacía meses para evitar este momento y ahora me encontraba en la misma situación.

—Quiero que acabe este juego estúpido, que sólo me hace daño. Quiero que te olvides de mí y me dejes seguir con mi vida. Necesito aprender a vivir sin ti y no puedo hacerlo si te tengo cerca. No somos buenos el uno para el otro. Ambos hemos sufrido lo indecible y se tiene que acabar. Es hora de que dejemos las tonterías y nos comportemos como adultos.

—Yo.... —definitivamente había perdido la capacidad de hablar. Intenté recomponerme lo suficiente para poder contestar. —No te preocupes Jake. Lo entiendo. Yo también quiero disculparme por lo que hice. No confié en ti y te abandoné. Y sé que es lo peor que te podría haber hecho. Lamento que hayas sufrido tanto por mi culpa y acepto asumir las consecuencias de lo que te hice. Lo siento y espero que algún día puedas perdonarme. Me acerqué para abrazarle una última vez. Sus brazos me sostuvieron como nunca. Parecía que no fuera a soltarme jamás, pero lo hizo.

—Hasta otra Elena.

—Cúidate Jake —susurré con tristeza. Me dirigí hacia la puerta, pero en el último momento cambié de opinión. —Jake, no te preocupes por mí. Aprenderé a ser feliz de nuevo y espero de todo corazón que tú también puedas hacerlo y consigas lo que necesitas. Adiós Jake. —Salí por la puerta con el corazón roto, dejando detrás de mí al amor de mi vida.

Capítulo 14

Dentro de aquella habitación seguía una persona con los puños apretados y tirado en el suelo mientras lloraba lamentando lo que había hecho. Al cabo de un buen rato se recompuso y cogió el teléfono.

—Ya he cumplido con mi parte. Ahora desapareced de mi vida y de la de mi mujer —y colgó sin esperar respuesta.

Jake

Esto no iba a quedar así. Me aseguraría de encontrar a los que habían amenazado a mi mujer y los destruiría. Pero hasta entonces, debía mantener mi tapadera para protegerla.

El mismo día de su vuelta a Seattle había recibido la primera amenaza. O la echaba de mi vida o ella moriría. Al principio me lo tomé como una broma y me reí de la voz del teléfono. A las dos horas recibí una foto de ella en un supermercado y alguien que no se distinguía bien detrás suyo apuntándola con un arma. Casi me da un infarto en ese instante y más cuando vi su sonrisa y lo tranquila que estaba. Se sentía a salvo en aquel lugar sin ser consciente de la terrible amenaza que se cernía sobre ella.

Necesitaba ayuda y me puse en contacto con la policía y el F.B.I para intentar averiguar qué estaba pasando. También tuve que informar al padre de Elena de la situación para que procuraran estar cerca de ella todo lo posible, ya que a mí me iba a ser imposible hacerlo.

Me levanté del suelo y me senté en el mismo sillón donde había estado ella minutos antes. Aún se notaba el calor de su cuerpo y su olor. No pude evitar entristecerme de nuevo, por la situación.

Mirando a través de la ventana rememoré lo que había pasado hacía unos meses.

Había sentido todo tipo de emociones cuando la vi en casa de Lydia. Amor, rabia, odio y muchos otros sentimientos hasta que pude controlarme lo suficiente para no expresar nada. Me negaba a que pudiera ver mi desesperación por ella. Me había comportado durante muchos días como un ser patético. Deseando que volviera a mí, que me dijera que se había equivocado y que me amaba. Conforme pasaban los días mi optimismo fue desvaneciéndose hasta no quedar nada. Comprendí entonces que no iba a volver conmigo y que, aunque me ahogaba por la pena, debía rehacer mi vida. Sabía que jamás podría amar a alguien como la había querido a ella; sin embargo, tenía que aprender a seguir adelante.

Me engañaba a mí mismo. Cuando vi que se marchaba a los pocos segundos de verme, entré en pánico y mi angustia fue tal que creí que me ahogaba de nuevo. No pude evitar seguirla para comprobar que llegaba bien a su casa. En realidad, quería ver dónde vivía y con quién.

La situación se me fue de las manos cuando la cogí entre mis brazos y la besé y acaricié en aquel oscuro callejón. Quería vengarme por todo lo que había sufrido por su culpa. Pero la persona que sostenía entre mis brazos no era mi Elena. La miré y me horroricé por su aspecto. Muy desmejorada, prácticamente en los huesos, había asumido el ataque con pasividad. Maldije varias veces por lo que había estado a punto de hacer y huí como un cobarde. No pude enfrentarla y pedirle explicaciones.

Desde entonces, una persona de mi entera confianza la protegía y me informaba de todos sus movimientos.

Fue mejorando gradualmente con el tiempo. Sus mejillas volvieron a tener color y su cuerpo empezó a rellenarse de nuevo en los sitios adecuados. No

entendía que podía haberle pasado para encontrarse en aquel estado.

Me hubiera gustado castigarla por haberse descuidado tanto y después besarla hasta que se desmayara, pero no podía. No, si quería rehacer mi vida.

Tres meses después apareció de nuevo en mi vida y con ella las primeras amenazas.

Me quedé atónito el día que entré en aquella sala de reuniones de la editorial y su abogado me informó que durante los siguientes cinco años no tendría control alguno sobre las acciones de la editorial. Me sentí furioso, pero no por la pérdida de las acciones sino porque el abogaducho que había contratado la trataba con demasiada familiaridad. No soportaba que nadie que no fuera yo la tocara de aquella manera. Tuve que enmascarar mi profundo desagrado y mis ganas de romperle las piernas a aquel hombre. Aun así, creo que ella pudo percibirlo durante breves momentos.

Eché a todo el mundo fuera de la sala dispuesto a enfrentarme a ella. Me acerqué todo lo que pude sin llegar a rozarla intentando intimidarla, pero cuál fue mi sorpresa cuando empezó a acariciarme el pene mientras me hablaba de forma sugerente y seductora. Orgullosa y fuerte intentaba seducirme y tuve que contenerme con todas mis fuerzas para no correrme como un adolescente y salir de aquella sala sin mirar atrás. Realmente hubiera preferido follármela en la mesa de reuniones, pero sabía que me jugaba mucho y no quise arriesgarme.

Después de aquello, se pasó muchos días provocándome, hasta que al final no pude más.

El día anterior me había acercado a la editorial para enfrentarla de una vez por todas. Quería que por fin me dejara tranquilo. Necesitaba olvidarme de ella y de lo que sentía. No pensaba de ninguna manera dejar de vigilarla hasta que no acabara la amenaza. Sin embargo, pretendía que mi contacto con ella fuera mínimo por no decir nulo. Pero no la encontré. En cambio, sí alcancé a Emma, y aproveché para recriminarle lo que había hecho con mis acciones que, ante mi presión, me lo había contado todo.

Lo primero que sentí fue un gran alivio, porque realmente no sé si hubiera podido alejarla de mí vida completamente. No me veía capaz de rehacer mi vida sin ella. Después rabia, porque me demostró de nuevo que la confianza no se daba por ambas partes. No fui lo suficientemente importante para que me

esperara y se enfrentara a mí. Huyó como siempre, tal y como le había prácticamente rogado que no hiciera.

Sin embargo, la rabia me duró escasos minutos. La amaba y la necesitaba demasiado para dejar que mi orgullo pesara más que mi amor por ella. El alivio me invadió de nuevo y por primera vez en varios meses, pude respirar bien. El nudo de mi garganta había desaparecido y me sentí libre.

Decidí aún a pesar del riesgo, que debía tenerla, aunque fuera sólo una vez más hasta que consiguiera averiguar quién coño la estaba amenazando. Así que utilizando mis influencias conseguí tenerla en mi casa por primera vez.

Era toda una revelación observarla mientras disfrutaba de mi biblioteca como si fuera el mayor regalo que hubiera podido soñar jamás. Miraba fascinada los libros, con tal intensidad que por un momento sentí celos.

Aún a pesar de las amenazas, no pude evitar follármela en las escaleras de mi biblioteca. Mi cuerpo la había necesitado tanto, que hubiera imposible no hacerlo.

Me había vuelto loco con ese vestido de infarto. Creía que se le iban a desbordar los pechos en cualquier momento. Estaba preciosa y me miraba con tanto deseo que no lo había podido evitar. Me provocaba sin fin para que abandonara aquella habitación sin más, pero sus ojos me rogaban que fuera a por ella. Se había vuelto una descarada y me tenía fascinado.

Me metí a fondo y con más fuerza que nunca dentro de ella, intentando que fuera algo impersonal. Mi corazón se desgarraba por momentos, pero no la besé ni abracé y, aun así, me lo puso tan fácil que por un momento estuve a punto de mandarlo todo a la mierda y contárselo todo. Apreté con fuerza los dientes y seguí embistiendo hasta que conseguimos alcanzar el orgasmo. Fue como volver a casa después de mucho tiempo.

Después de aquello, quería abrazarla y decirle lo mucho que la amaba. Sin embargo, las circunstancias no me lo permitieron.

Muy al contrario, tuve que interpretar el papel más importante de mi vida aquella noche. Dejar de mirarla con amor y rematar lo que acababa de hacer avergonzándola delante de Theresa mientras me alejaba de ella por el momento.

Un buen rato después, seguía sin tomar su lugar en el comedor. Pensé que

había sido demasiado cabrón y me disponía a ir en su busca para disculparme cuando la vi de nuevo entrar en la sala. Mi rabia llegó a su punto máximo cuando la observé caminar de forma descarada, parándose varias veces para hablar con varios de aquellos degenerados que sólo hacían que comérsela con los ojos. Realmente parecía recién follada y cualquiera que tuviera dos ojos era capaz de percibirlo.

Entendí entonces que intentaba darme una lección: No iba a permitir que la humillara más para poder deshacerme de ella.

Sabía que estábamos jugando con fuego y con todo el dolor de mi corazón tuve que forzar una ruptura definitiva. Estaba convencido de que podía hacerla sentir culpable y usé esa última baza para deshacerme de ella el tiempo suficiente para arreglar la situación. Curiosamente hizo efecto. Esperaba más lucha por su parte, pero no fue así. Me cabreeé y el sentimiento de pérdida cuando abandonó aquella habitación me hundió completamente del todo.

Cuando todo acabara, iba a enseñar a Elena a no volver a decirme jamás adiós.

Elena

No podía creer como había acabado todo. Mis esperanzas se desvanecieron por completo. No había tenido tiempo de nada. Tenía que reconocer, sin embargo, que Jake tenía razón. Era una relación abocada al desastre. Había pasado mucho más tiempo sufriendo que siendo feliz. Era momento de seguir adelante por mi bien y por él de las personas que me amaban.

Jamás iba a olvidarme de él. Era mi grandullón; el hombre que amaba con todo mi corazón y su recuerdo bastaría para seguir hacia delante.

Esa noche necesitaba estar sola, por lo que pedí un taxi para que me llevara a casa. Le envié un mensaje a James para avisarle de que me había ido ya. Esperaba que a él le hubiera ido mejor. Una sonrisa apareció en mi cara al darme cuenta que había tenido a la persona más importante para mí hermano tan cerca de mí y a la que consideraba desde hacía tiempo como una hermana más.

Entré en casa y dejé todas mis cosas en el recibidor. Caminé unos pasos y me encontré en el sofá del salón a Alex y a Lucas dormidos y abrazados en el sofá. El nudo de mi garganta se aligeró un poco al verlos juntos de nuevo. Me alegraba realmente que hubieran podido arreglar sus diferencias. Me acerqué sigilosamente y los tapé con cuidado.

—¿Todo bien Flor? —Alex abrió los ojos y me observó preocupado.

—Claro que sí cariño —me acerqué y besé a ambos hombres en la mejilla con cariño y me fui a dormir.

Le escribí por última vez un mensaje a Jake.

Elena: Jake: supongo que te lo habrá contado Emma, pero por si acaso, existe un acuerdo privado entre ella y yo de devolución de las acciones en un plazo máximo de seis meses. El lunes daré orden a mi abogado de que se efectúe de forma inmediata dicho traspaso. Lo único que te pido es que me dejes acabar mi trabajo durante esta semana. Tengo un proyecto que quiero finalizar. Procuraré no cruzarme contigo. Después de eso desapareceré.

Jake: ok.

Esa noche me despedí de él, cogí el cuaderno que había hecho con tanto amor y lo guardé en el fondo del armario. Aun no podía tirarlo, pero en algún momento lo conseguiría.

Capítulo 15

Por primera vez en mucho tiempo, me levanté temprano. No quería molestar a los chicos. Tenían muchas cosas de las que hablar y yo me había hecho el propósito de ir a investigar entre las pertenencias de mi supuesto abuelo. Tenía una nueva meta, que me iba a proporcionar estar ocupada y así evitar pensar en lo que no debía.

Me duché y vestí rápidamente y fui acercándome a la puerta de la salida lo más sigilosa que pude si tenía en cuenta mi torpeza habitual.

—¿Se puede saber a dónde vas flor? —Me sobresalté al oír la voz ronca de Lucas.

—¡Lucas! Ostras que susto. Eres un cotilla. Déjame en paz —y seguí mi camino mientras el metomentodo sonreía de oreja a oreja.

—Flor, no pensarás que te vas a ir sin nosotros ¿verdad? —Esta vez fue Alex el que preguntó a mi derecha.

—¿Qué os pasa a los dos, estáis tan aburridos que no sabéis qué hacer o qué? —Cuando me di cuenta de lo que había dicho me sonrojé profundamente.

Me cogí la cabeza con las manos intentando despertar de un mal sueño: Frente a mí tenía a risitas uno y a risitas dos. Sólo faltaba que apareciera Emma, risitas tres.

El timbre sonó. Alex y Lucas me miraron sorprendidos, abrí la puerta y allí estaba Emma. Se les cortó la risa del todo. ¡Menos mal!

—Elena yo... lo siento mucho. De verdad no quería pero...

—No pasa nada. Fue una estupidez lo que hice. —La corté en seco. No deseaba recordar la despedida de Jake. Luego la abracé hasta que se calmó—. Y ahora me voy que tengo prisa. Por cierto, tú también me debes un montón de explicaciones.

—Flor, No se te ocurra salir por esa puerta sin nosotros —gruñó Alex.

—Brrrr. ¿En serio? Tengo prisa ¿sabes?

—Pues te esperas el tiempo que tardemos en vestirnos y podamos acompañarte.

—¿A dónde vais? —preguntó curiosa Emma.

—A revisar las pertenencias del supuesto abuelo de Elena que tiene guardadas en un trastero —explicó Lucas. Lo miré enfurecida a lo que me respondió—: en serio flor es culpa tuya que piensas en voz alta. No tienes secretos para nosotros. Creo que no tienes secretos para nadie.

Me senté indignada en el sofá del comedor a esperarlos con Emma a mi lado mirándome con preocupación.

—¿No deberíamos avisar a Jak... James y a tu padre?

—No. Son solo recuerdos lo que hay en ese trastero; sobre todo cosas más. No hay nada peligroso.

—De acuerdo. Yo también voy, por si acaso.

Estuve a punto de echarme a reír. Era imposible que alguien tan pequeño como ella pudiera hacer algo frente al peligro y aun así me sentía reconfortada. Debí de pensar en voz alta de nuevo, porque al momento dijo un poco indignada: —Soy cinturón negro de Taekwondo que lo sepas —y ambas nos echamos a reír.

Llegamos al edificio donde tenía el trastero en alquiler. Lo había mantenido hasta poder decidir qué hacer con todas sus pertenencias. Entonces aún creía que era mi abuelo. Ya no tenía sentido conservar nada. En breve me pondría en contacto con alguna asociación benéfica para regalarlo todo. Había varias cosas de valor que podían ayudar a muchas personas que realmente lo merecieran. Esperaba que su maldad, aunque destruyó a una familia entera pudiera servir ahora para ayudar a buenas personas que lo necesitaran.

Una lágrima asomó en mi mejilla. Hubiera deseado odiarlo con todo mi ser y, sin embargo, no fui capaz de hacerlo.

Entramos dentro y una total oscuridad nos envolvió hasta que encontramos el interruptor de la luz. Era un edificio blanco y lleno de puertas de color azul claro y bien señalizado. Encontramos nuestra puerta fácilmente, la número 222.

Era increíble la cantidad de cosas que se acumulaban durante toda una vida.

Estuvimos buscando durante un buen rato, pero no encontramos nada. Miramos entre los libros, en su ropa y en cada caja que había en aquella habitación.

—Elena mira que foto más bonita.

Emma tenía en sus manos un retrato en el que aparecía vestida como una princesita. Debía ser por la época en que me secuestraron. Era sorprendente. No recordaba cuando me la habían hecho. De hecho, hasta que conocí a Alex, no tenía recuerdo visual alguno. Les preguntaría a mis padres. Seguro que ellos tenían montones de fotos de antes...

Se oyó un fuerte chasquido y varios murmullos fuera del trastero. Emma se asustó tanto que el retrato se escurrió de entre sus dedos y cayó al suelo. El cristal se rompió y el resto quedó esparcido por el suelo. Nos agachamos a recoger el estropicio y cuál fue nuestra sorpresa cuando vimos otra foto escondida en el reverso del marco. En esta aparecía mi padre con casi veinte

años menos vestido de militar y detrás había alguien había escrito:

Destruyela. Ya sabes como diferenciarlos.

El lunes a las 17:30 parque Green Lake Park.

La niña estará ahí. No dejes rastro de ella.

No nos dio tiempo a reaccionar ante la nota. Escuché varios sonidos atronadores, alguien vestido de negro huyendo y un dolor en el brazo que hizo cayera de rodillas al suelo.

—¡Elena! —Oí la voz de Alex asustado intentando socorrerme.

—¡Tenemos que cortar la hemorragia! —gritaba desesperada Emma.

—No te duermas cariño. Ya llega la ambulancia. —Lucas lloraba sin consuelo. —Lo siento. No he conseguido alcanzarlo. —Miraba a Alex y a Emma lamentando se le hubiera escapado.

Las voces eran cada vez más lejanas. Notaba que estaba perdiendo la consciencia. Intentaba decirles que estaba bien y que no pasaba nada, pero mis fuerzas se estaban agotando.

—¡Elena! —Me pareció oír el bramido de mi grandullón antes de perder la consciencia por completo.

Me desperté desorientada y en una habitación que no conocía. Detrás mío alguien me sostenía con fuerza. Al principio de asusté, pero luego cuando giré la cabeza y lo vi, mi cuerpo automáticamente se relajó. No sabía por qué estaba ahí conmigo, pero pensaba disfrutarlo todo lo que pudiera. Me dolían todos los músculos, como si me hubieran pegado una paliza y un dolor punzante salía cerca de mi brazo.

Intenté estirarme para cambiar de posición. En ese momento me desperté del todo. Alguien me había disparado, justo después de encontrar la foto y la nota de mi padre. Empecé a temblar de miedo e impotencia. Era la segunda vez que atentaban contra mi vida y mi padre había tenido algo que ver. No, no podía ser. Empecé a llorar desconsolada temiéndome lo peor. Tenía mucho miedo de lo que pudiera averiguar.

—Nena, respira, vamos cariño respira despacio. Mírame nena.

Concéntrate en mi voz.

Me abrazaba con ternura, mientras besaba mis lágrimas. Poco a poco fui calmándome entre sus brazos.

—Tengo que irme. Tengo que hablar con mi padre.

Intenté incorporarme, pero no me lo permitió.

—No te vas a mover de aquí. Necesitas hacer reposo. El médico ha dicho que has tenido mucha suerte; Un poco más a la izquierda y hubieras muerto desangrada. —Gracias a dios se había quedado sólo en un pequeño rasguño.

—¿Dónde estoy? —notaba la boca seca.

—En mi casa.

—¿Por qué? Me dijiste que te dejara en paz. —Intenté soltarme de nuevo, pero seguía siendo su prisionera.

Me miró con frustración y enfado.

—Y tú te lo creíste muy fácilmente. En serio, tienes un concepto muy pobre de mí.

Lo miré pasmada a la espera de una explicación, pero solo me observaba enfadado.

—Quiero ir a mi casa con Alex.

—Ya estás en tu casa. De aquí no te vas a mover. Además, ¿qué clase de amigos tienes que son capaces de ponerte en peligro de esa manera? Pensé que me iba a morir de un infarto cuando te vi ahí tirada en el suelo llena de sangre.

—No seas grosero; tú no sabes nada. Sólo me estaban ayudando. Y te recuerdo que entre ellos estaba tu hermana.

—Ya lo sé. Es otra inconsciente, pero de ella se va a ocupar James. Yo contigo ya tengo suficiente trabajo.

—Yo no necesito que nadie se ocupe de mí. Además ¿qué va a opinar tu querida Theresa cuando me vea en vuestra cama? No creo que le haga mucha gracia ver a tu ex ocupando su lugar. —Estaba indignada y fuera de mí. Sólo quería que me soltara para irme cuanto antes y olvidarme de él.

—¡Joder Elena! ¡Ya está bien! —Apretó su cuerpo contra el mío

intentando distraerme. El muy sinvergüenza estaba excitado. Notaba su miembro duro contra mi sexo mientras se movía hacia delante y hacia atrás provocándome—. Theresa nunca ha estado en esta habitación. Ella no es nada mío, nunca lo ha sido ni nunca lo será. Sólo tengo una mujer y esa eres tú. — Estaba agotada y dolorida. Sin embargo, el placer de sentirlo pegado mientras me se mecía contra mí, hacía desaparecer todo lo demás.

—No entiendo... —Estaba muy confusa. No entendía que estaba pasando. Me puse los dedos de la mano en la frente intentando calmar el dolor de cabeza.

—Déjame a mi nena. Necesitas relajarte y descansar.

Empezó a besarme los labios con suavidad, tomándose su tiempo a la vez que masajeaba mi cabeza con delicadeza. Pasados unos minutos dejó de dolerme y pensé que me iba a quedar dormida cuando noté su mano bajando por mi cuello, mis pechos y mi ombligo hasta mi sexo que empezó a acariciarme despacio con el pulgar y el índice. Pensé que era muy placentero y no pude evitar una sonrisa. Él estaba también muy excitado. Su respiración estaba cada vez más agitada.

Acercó dos dedos de su mano justo a la entrada de mi vagina mientras seguía presionándome con el pulgar, provocando mi necesidad de penetración. Empecé a gemir moviendo la pelvis buscando me penetrara.

—Estás muy mojada amor mío —jadeó contra mi boca. Introdujo solo la yema de dos de sus dedos en mi interior. Utilizó su otra mano para masajearme el clítoris con movimientos circulares.

—Jake... más por favor —supliqué entre gemidos. Aun no me había penetrado del todo y creía que me iba a morir del placer-dolor que mi cuerpo estaba experimentando.

—Paciencia amor mío.

Metió los dedos completamente en mi interior, pegados a las paredes de mi vagina, encogiéndolos y estirándolos, para estimular mi punto g. Empezó poco a poco y segundos después, más y más rápido. Estaba a punto de alcanzar el clímax y de repente paró.

—¡Jake! —Ya no suplicaba. Le estaba exigiendo que acabara.

—Promete que vas a dejar que te cuide.

—No.

—Vamos amor dímelo. Si quieres correrte vas a tener que prometerlo — Intenté tocarme, pero el muy sinvergüenza me agarró las dos manos con una de las tuyas sometiéndome.

Volvió a introducir sus dedos de nuevo dentro de mí estirándolos y encogiéndolos poco a poco.

—¡Maldita sea Jake! ¡Te odio! —Le grité con lágrimas en los ojos.

—Promételo amor mío. Di que sí y haré que sea tan intenso que no te acuerdes ni de tu nombre.

—¡Sí! —me sonrió canalla, mientras sacaba los dedos de su interior y me penetraba con su miembro hasta el fondo. Nunca lo había sentido tan profundamente. Mordía rabioso mis pechos mientras me embestía ferozmente con su miembro a la vez que apretaba mi clítoris. Creí que iba a partirme en dos y lo único que deseaba era que continuara para siempre.

—Tú y yo. Siempre Elena. —Fue lo último que dijo mirándome con ferocidad antes de llegar ambos al orgasmo.

Tras varios minutos intentando ralentizar nuestras respiraciones, me miró de nuevo a los ojos.

—Elena, te prometo que mañana te contaré todo. Ahora duerme cariño. Tienes que descansar.

Se levantó de la cama y me lavó cuidadosamente. Después se metió conmigo de nuevo en la cama y me abrazó.

—Jake...

—Dime nena —por un momento tuve un deja vú.

—Hoy estoy muy cansada, pero te aviso que mañana cuando me despierte, me iré a casa.

—Puedes intentarlo cariño. —Sonrió con soberbia.

—Jake...

—Dime cariño

—Eres un dios del sexo, pero aun así no vas a poder evitar que mañana

vuelva a mi casa. —Sonreí con arrogancia. Realmente estaba convencida que iba a salirme con la mía.

Me miró con veneración y me acomodó entre sus brazos.

—Duérmete amor mío.

Capítulo 16

—Señorita Baker, es la segunda vez que nos vemos. Se está volviendo una costumbre. —el doctor intentaba ser amable mientras acababa de curar mi herida.

Un gruñido salió de la boca de mi grandullón. Estaba celoso del médico y eso que debía rondar los cincuenta años. Decidí seguir con la broma.

—Sí ya sabe, las malas compañías. Tendré que cambiar de ambiente y de amigos...

Jake me fulminó con la mirada mientras acompañaba al doctor a la salida.

Cuando volvió a la habitación, no lo hizo sólo. Mis padres y James estaban con él.

James y mi madre se acercaron y me abrazaron con alivio. Mi padre se mantenía en la entrada de la habitación a la espera de mi reacción. Observé sus ojos y supe en ese momento que él no era aquel hombre del retrato.

—¿Quién era papá? —me miró sorprendido.

Entró en la habitación y se sentó en la punta de la cama para empezar a contarnos lo sucedido.

—Era mi hermano gemelo Albert, la oveja negra de la familia, siempre metido en líos de drogas y alcohol. Por ello, mi padre decidió que yo me ocupara de su bienestar a mi consideración sin dejarle nada en su testamento. Desde entonces su odio por mí fue aumentado hasta que perdió la cabeza y decidió matarte. Quería quitarme lo que yo más amaba en este mundo para vengarse de mí. Un mes después, lo mataron por un ajuste de cuentas. Tu asesino tuvo un ataque de conciencia y no pudo acabar el trabajo. El motivo no lo sabemos y no creo que lo hagamos nunca. Sin embargo, doy gracias todos los días por ello.

—Papá lo siento mucho. —Me levanté de la cama para abrazar a mi padre aún a pesar del gruñido de Jake.

—Cariño eso no es todo —me interrumpió con preocupación—. Amenazaron a Jake hace un mes con matarte si no te dejaba. —James y yo miramos a Jake con asombro. Estaba claro que ninguno de los dos estábamos al corriente de ello.

—Tú...

—Sí Elena, tuve que decirte aquello para protegerte. —Por eso la noche anterior se había enfadado tanto cuando me dijo que había creído sus palabras sin luchar. No me dejaba por segunda vez en buen lugar.

—Decidimos ponernos en contacto con el FBI y ayer averiguaron que tuvo una hija y es quien ha intentado asesinarte para acabar el trabajo de su padre. Está en busca y captura, pero aún no la han encontrado.

—¿Una prima? ¿Alguien de mi propia familia está intentando matarme? —Era incomprensible para mí que alguien de mi propia sangre me quisiera verme muerta.

—Sí hija, por eso es tan importante que te quedes con Jake. El cuidará de ti hasta que la encontremos. Tienes que confiar en que hacemos lo mejor para protegerte. —Asentí con la mirada suspirando. No tenía sentido negarme. No quería angustiar a mis padres más de lo que estaban. Además, le había prometido a Jake, aunque bajo coacción, que permitiría que me cuidara. Y yo siempre cumplía mis promesas.

—Está bien papá; de momento me quedaré con Jake. —Lo que no le dije era que sería bajo mis condiciones.

Estuvieron acompañándome un rato más y luego se fueron prometiendo volver en breve. Jake los acompañó hasta la salida.

La situación se había vuelto irreal. Primero me secuestran por orden de mi tío y mi verdugo se convierte en mi tutor y se hace pasar por mi abuelo, y después la hija de mi tío intenta asesinarme de nuevo para acabar el trabajo de su padre.

Estaba demasiado nerviosa. Necesitaba moverme y hacer algo para cansarme lo suficiente para dejar de pensar.

—¡Mierda Elena! Te dejo sola unos segundos y te comportas como una irresponsable. Tienes que hacer reposo, ¿Qué parte no entiendes de eso? — Sus ojos despedían chispas. Empezaba a entender la forma de pensar de Jake. Realmente estaba preocupado por mi salud.

—Estoy demasiado nerviosa para quedarme en la cama. No me voy a relajar lo suficiente de nuevo hasta que no hayan pasado varias horas. Tengo mucho que hacer y tumbada es imposible. Tengo que acabar mi trabajo en la editorial. Tengo que hablar con Emma y con Alex sobre... —continué parloteando para explicar por qué era imposible que siguiera en la cama.

Me miró atónito por tanta palabrería para luego ponerse en plan hombre de las cavernas.

—Eres una inconsciente. —Me alzó en brazos y me metió delicadamente en la cama —. Como te muevas de aquí de nuevo voy a tener que atarte.

—¿Es una amenaza Jake? —Volví a intentar levantarme de la cama, pero me volvió a tumbar en la cama placándome y mirándome con ferocidad.

—No. Es una promesa. Tengo que salir. En unas horas volveré y hablaremos. —En ese momento perdí el habla al sentirlo pegado encima de mí. Cada vez que me rozaba mi cuerpo se incendiaba. Se levantó cuidadosamente y se alejó hacia la salida. El muy grosero pensaba dejarme excitada y sola. De eso nada. Si yo tenía que quedarme por obligación en su casa, él tendría que quedarse conmigo. Bajo ningún concepto pensaba perderlo de vista. Estaba preocupada por todo lo que estaba pasando últimamente y no pensaba dejar que le pasara algo malo y menos por mi culpa.

—Jake, te dije ayer que iba a irme lo quisieras o no. —Frenó su retirada para observarme con enfado—. Sin embargo, le he prometido a mi padre que me quedaría aquí, pero no puedes obligarme a permanecer en esta cama.

Me levanté rápidamente y antes de que pudiera alcanzarme, me quejé del dolor en el brazo.

—¿Qué te pasa Elena? ¿Te duele mucho? ¿Quieres que llame de nuevo al médico? —Se acercó a mí despacio y con cara preocupada, momento que aproveché para coger carrerilla y salir huyendo de aquella habitación.

—¡Maldita sea Elena! ¡Cuando te pille te vas a enterar! —rugió con fuerza.

Sabía que estaba muy cabreado y que si me pillaba esta vez nadie me libraría de unos buenos azotes. Corrí y corrí riéndome por dentro. Jamás sería capaz de cogerme si yo no lo deseaba. Esa casa era enorme y llena de escondites imposibles de encontrar.

Seguía corriendo mirando hacia atrás cuando choqué contra un muro enorme.

—¿Se puede saber dónde pensabas ir, nena? —Me sentí desorientada por el golpe. En cambio, Jake parecía no haber notado nada.

—¿Cómo sabías por dónde iba? —Me sentí ofendida por la facilidad con la que me había encontrado.

—Esta casa está llena de cámaras por un tema de seguridad. Bien sabes todo lo que está pasando últimamente. Y ahora hablemos de porqué me has preocupado sin motivo haciéndome creer que te dolía el brazo. Luego puedes seguir explicándome porqué siempre que hay un problema entre nosotros sales huyendo y por último puedes decirme dónde narices pensabas ir sin mi permiso.

—Necesitaba salir de aquella habitación. Sentía que me estaba ahogando. Odio estar sola y más en un sitio que no conozco y en el que aún no tengo claro si soy bien recibida. Muchas veces salgo huyendo porque eres un cabezón que no atiende a razones. He vivido sola prácticamente toda mi vida y llegas tú y pretendes que acate todas tus normas. No pienso hacerlo; yo decidiré que es lo mejor para mí. Y... y... cada vez que te miro o te acercas peligrosamente a mi persona, mi mente se derrite y dejo de tener voluntad propia para ser tu esclava. No confío en mí misma cuando estás tan cerca...—Conforme iba hablando su sonrisa se iba ampliando.

...Y por último quería distraerte lo suficiente para que no te fueras de casa. —Me sostenía entre sus brazos con sus labios casi pegados a los míos—. Si yo me tengo que quedar encerrada, es justo que tu hagas lo mismo. No quiero que te pase nada y desde aquí no puedo protegerte de ninguna manera.

—¿Cómo puedes preguntarte si eres o no bien recibida aquí? Te recuerdo que te pedí que te vinieras a vivir aquí conmigo y no quisiste. —Me levantó y se dirigió de nuevo a mi habitación mientras continuaba hablando—: Te recuerdo que fuiste tú la que me abandonó sin dejar que me explicara y te recuerdo que fuiste tú la que no quiso responder a mis mensajes y llamadas. Te

largaste y aun así me tienes a tus pies, así que no vuelvas a decirme nunca más que no sabes si eres bien recibida aquí. ¿Y se puede saber cómo coño pensabas protegerme en caso de que la loca de tu prima intentara hacerme daño? Te recuerdo que es a ti a quien quiere hacer daño no a mí. ¿Cómo puedes ser tan inconsciente? Si intentas alguna vez protegerme de cualquier forma te daré tantos azotes que no podrás sentarte durante un año entero.

Esto se tiene que acabar Elena. A partir de ahora no te vas a despegar de mi lado. —Me dejó de nuevo en la cama y se dirigió hacia la salida otra vez. Me tumbé en la cama sintiéndome impotente y esperando oír el sonido de la puerta al cerrarse. Sin embargo, volvió tras sus pasos y me dijo—: Cuando creas que puedes comportarte como una adulta y dejar de ser tan egoísta y asustadiza, quizás quieras saber por qué me fui aquella noche del hotel. Sabía que estabas despierta cuando me fui y había esperado que en algún momento de tu vuelta me preguntaras el motivo de mi marcha. Volviste dispuesta a enfrentarte a mí con todas las consecuencias. Y no era necesario porque yo jamás te hubiera negado nada. Ese es tu poder sobre mí. Pero tengo sentimientos y te has acostumbrado a pisotearlos cada vez que te ha dado la gana, para protegerte a ti misma. Hoy no saldremos de casa. Estaré en mi despacho si me necesitas. —Esta vez sí salió con la puerta y me dejó ahí sumida en mis pensamientos.

No pude descansar. Me atormentaba haber dado por supuestas demasiadas cosas que no eran verdad por miedo a sufrir. Había cometido demasiados errores e incomprensiblemente seguía a mi lado. Comprendí que era momento de dejar de huir y confiar en que Jake me cogería si caía. Tenía que tener fe en su persona, de una vez por todas. Me había demostrado, aun a pesar de mi comportamiento, que era más que capaz de cuidar de mí y aunque no iba a ser fácil, por lo posesivo que era, no debía dejar escapar lo mejor que había pasado en la vida.

Me levanté de nuevo de la cama y me dirigí decidida en su busca.

—Jake, ¿podemos hablar? —Le pregunté desde la entrada del despacho.

—Tendrías que estar acostada, Elena. Tienes que recuperarte y así va a ser muy complicado hacerlo. —Suspiró cansado.

—Yo...—me había quedado sin palabras de nuevo. Cada vez que pronunciaba mi nombre lo hacía de forma tan seria que me desconcentraba por

un momento de mi objetivo.

—Dilo sin más, Elena. ¿Qué pasa?

Se había acabado el miedo. Era ahora o nunca.

—Jake, ¿A dónde fuiste aquella noche en el hotel?

—¿Estás segura de que quieres saberlo? —Me miró fijamente esperando mi respuesta. Esta vez parecía él más nervioso que yo.

—Sí. Jake, necesito saber qué pasó.

—Siéntate.

—Prefiero quedarme de pie si no te importa.

Me volvió a mirar de forma penetrante y me hizo señas para que me acercara a él. Me acerqué lo suficiente para que estirara de mi mano y acomodara mi cuerpo encima del suyo en el sillón.

—Sabía desde la primera vez que te vi, que serías la mujer de mi vida. Fuerte, orgullosa y muy inocente son cualidades que me encantan de ti. La primera vez que creí oírte pensar en voz alta me sorprendiste. Eres tan tímida que conscientemente no te abres todo lo que me gustaría, pero inconscientemente eres un libro abierto. Sin darte cuenta con tus pensamientos en voz alta me dices muchas cosas como por ejemplo lo mucho que me deseas o que me amas. Otras veces intentas maldecir, pero no te salen las palabrotas o simplemente te abstraes tanto que empiezas a hablar contigo misma, sobre todo cuando te concentras trabajando. Es muy gracioso y también una maravilla escucharte. Atesoro esos momentos como lo mejor que me ha pasado en la vida.

Jamás había sentido nada parecido por nadie, ni siquiera por mi familia. Te necesitaba tanto que creía que me iba a volver loco cada vez que te ibas de mi lado.

Aquel día, conociste al que sería tu hermano y me sentí muy inseguro. Aún no había tenido tiempo suficiente para que me confesaras conscientemente que me amabas y cabía la posibilidad de que me abandonaras por tu nueva familia. Eres muy propensa a salir huyendo de las situaciones que no crees que puedas gestionar.

Era el momento de arriesgarlo todo así que esa noche, tenía pensado

separarme de ti por última vez, para ir a comprar un anillo de compromiso... —Un suspiro de sorpresa salió de mi boca. Me quedé en shock intentando asimilar lo que me acababa de decir.

...Quería atarte a mí de forma permanente, decirte lo mucho que te amo y pedirte que te casaras conmigo antes de que te lo pensaras mejor, pero por el camino tuve el accidente y todo se descontroló. En cuanto pude mantenerme sobre mis piernas fui a buscarte, pero ya te habías ido y sólo me quedaba tu nota.

En algún momento de la explicación había empezado a llorar, pero aun a pesar de mis lágrimas, esta vez fui capaz de mantener mis ojos sobre los suyos.

—Me estás mirando cariño. —No era una pregunta, era una afirmación.

Sólo pude asentir con gestos, pues el nudo que tenía en la garganta no me permitía emitir sonido alguno.

Me cogió entre sus brazos, se levantó sin ninguna dificultad y se dirigió hacia la biblioteca sin despegar su mirada de la mía.

—Mira a tu alrededor nena —susurró. No quería dejar de mirarlo porque temía que se perdiera nuestra conexión. Sin embargo, obedecí y observé con atención.

La biblioteca seguía igual, aunque en el centro de la habitación había una enorme cama rodeada de pétalos de rosa y a lado había una mesa preparada con todo tipo de comida a cual más exquisita. Aquella habitación había sido preparada para seducir y yo estaba deseando perderme en él.

Esperaba que me ayudara a sentarme en una de las sillas, pero para mi fascinación me acomodó en su regazo mientras nos dábamos de comer uno al otro. Seguíamos sin mediar palabra, pero manteníamos la mirada el uno en el otro sin desviarla cada vez a que podíamos.

Ya no aguantaba más. Necesitaba besarlo y amarlo, pero él tenía en mente otra cosa.

Deslizó los tirantes de mi camión hacia abajo y me bajó el camión hasta la cintura. Observó mis pechos con deseo mientras los acariciaba suavemente con ambas manos. Levantó su cabeza de nuevo y me miró a los ojos.

—No te he dicho porque más me enamoré de ti.

—¿Por qué? —Mi voz era un susurro débil.

—Eres muy bella y te deseo con locura. ¿Confías en mí? —Me pareció que me observaba con tanto amor, que sólo pude asentir con decisión. Sacó un pañuelo de su bolsillo y me vendó los ojos—. No tengas miedo nena, te va a encantar.

Se levantó conmigo entre sus brazos y me depositó suavemente en la cama. Por un momento me sentí abandonada y expuesta cuando se separó de mí; sin embargo, a los pocos segundos oí como se acercaba de nuevo.

—¿Preparada amor?

—Sí. Te deseo Jake por favor. —No pudo evitar emitir un gemido ante mi respuesta.

—Nena, necesito te dejes ir. Quiero que me sientas. Voy a saborearte durante horas enteras. —Estaba muy excitada y gemí profundamente cuando noté algo helado sobre mi pecho izquierdo.

—Me encanta tu sabor. Tranquila cariño, es sólo helado de chocolate. Tus pechos me vuelven loco. Son grandes y firmes y me encanta cuando suplicas que te los toque —susurró lamiéndome y mordiéndome el pezón. Me estaba volviendo loca y sólo acababa de empezar.

Más helado dejó caer en mi otro pecho que siguió lamiendo y besando hasta mi ombligo. Mi cuerpo ardía por el contraste de la calidez de su boca y el frío del helado. Noté mi sexo palpitar anticipándose a lo que estaba por venir. Me daba vergüenza reconocer que estaba empapada e intenté juntar mis piernas antes de que llegara con su boca, pero no me lo permitió. Abrió mis piernas completamente, dejándome expuesta a él y jadeé por la impresión cuando noté la frialdad del helado en mi sexo. Su lengua empezó a chuparme y lamerme el sexo cada vez con más fuerza y yo sólo podía gemir desesperada deseando que no parara jamás.

—Eres exquisita. Si pudiera me pasaría todo el día saboreándote. —Me abrió más aún si cabe las piernas y me echó más helado en el sexo y procedió a besarme y penetrarme de nuevo con la lengua cada vez más rápido, hasta conseguir que me corriera en un orgasmo increíble que me dejó sin fuerzas.

Me quitó el pañuelo de los ojos y me miró de nuevo.

—¿Sigues confiando en mi amor?

—Sí —le contesté yo sin ningún tipo de temor.

Me sonrió con adoración y procedió a atarme las muñecas al cabecero de la cama. Lo miré con suspicacia, pero cedí ante lo que estaba sucediendo.

—¿Estás conmigo nena?

—Siempre Jake. —Lo miré con adoración disfrutando de todo su cuerpo.

Sin dejar de mirarme, posicionó su miembro en mi sexo y se introdujo con fuerza dentro de mí. Empezó a empujar suavemente unas veces y otras con fuertes estocadas. Me tenía en vilo completamente. Cuando creía que estaba a punto frenaba de repente y volvía a empezar y así durante mucho tiempo.

—Jake por favor...—Suplicaba tras veinte minutos así—. No puedo más, te deseo tanto que duele.

—Vamos nena puedes hacerlo mejor —susurró mientras seguía empujando cada vez con más fuerza dentro de mí.

—¡Ja-Jake!. —Necesitaba tocarlo con urgencia, pero las ataduras no me lo permitían.

—Dime amor.

—Suéltame Jake. Necesito tocarte.

—No dejes de mirarme Elena. Necesito que comprendas lo que siento por ti —y salió de dentro de mí, para calmarse lo suficiente y empezar de nuevo una y otra vez.

Lo miré con amor mezclado con rabia por la impotencia de no poder hacer nada. Estaba a su merced y no parecía que tuviera ninguna intención de parar aquella tortura.

—¿Por qué huyes de mí?

—No lo sé.

Apretó con fuerza uno de mis pechos para luego acariciarlo con ternura.

—¿Por qué huyes de mí, Elena?

—No lo sé. Por favor...

Salió de mi cuerpo y con una de sus manos golpeó con fuerza mi sexo para luego meter de nuevo su miembro dentro de mí con fuerza.

—Dímelo, nena.

—¡Te odio!

—No me odias cariño. ¡Dime porqué! —me exigió apretando ambos pechos con fuerza esta vez.

La furia se desató dentro de mí con fuerza y me desbordé.

—¡Porque te amo estúpido! Y tengo miedo de perderte o que te pase algo malo. No sobreviviría si te perdiera.

—Cariño, por fin me has dicho la verdad. —Empecé a gemir cuando apreté uno de mis doloridos pechos y bajó la otra mano hasta mis piernas abiertas. Empezó a embestir su miembro dentro de mí a la vez que pellizcaba y frotaba mi sexo.

Un grito ronco salió de mi boca mientras mi cuerpo entero se convulsionaba con violentos temblores y el alivio me embargó. El orgasmo duró una eternidad y Jake siguió moviéndose sin tregua dentro de mí hasta alcanzar su propio orgasmo.

—Eres la única persona a la que he amado y siempre amaré. Te necesito y te quiero con locura, Elena. —Me besó con ternura y veneración—. Cásate conmigo cariño y hazme el hombre más feliz del mundo. —Cogió mi mano y me puso un anillo precioso en el dedo anular.

—Sí..sí ¡sí! —Lo abracé con fuerza y besé toda su cara con amor—. Te amo Jake, te amo, te amo, te amo....

—Te amo nena. —Me sonrió con cariño y se pasó toda la noche demostrándomelo.

Capítulo 17

—Jake, como no me dejes dormir me voy de tu casa.

—Venga nena. Son las diez de la mañana. No puedes quedarte todo el día en la cama. Luego te dolerá todo el cuerpo. Además, es nuestra casa. No sólo mía. Deja ya de cabrearme. Sólo llevamos unas horas prometidos y ya me estás provocando.

Me cogió en brazos y me llevó hasta el baño mientras yo sonreía. Me bajó los pantalones de pijama y me sentó en el váter. Mi cara era un poema. No me podía creer lo que acababa de hacer y lo había permitido porque estaba medio dormida y no sabía lo que hacía. Estaba roja como la grana por la vergüenza.

—No pienso hacer nada hasta que no salgas del baño —le gruñí.

—Y yo te recuerdo que ayer aceptaste ser mi mujer así que no pienso separarme de ti nunca más. —Se cruzó de brazos a la espera de que procediera.

—Sal fuera Jake o...

—No

—¡Vete Jake!

—No

—¡Jake!

—Tienes dos minutos. Luego volveré a entrar. No se te ocurra cerrar la puerta o la echaré abajo. —Salió del baño enfurruñado murmurando algo

como dar azotes a prometidas insolentes.

Acababa de tirar de la cadena del váter cuando entró de nuevo.

—Déjame cuidar de ti. —Me miró con adoración y fui incapaz de negarme.

Acercó una silla cerca del lavabo y me ayudó a sentarme para lavarme los dientes. Tendría que hablar en breve con él. Había cosas que necesitaban privacidad y debía entender que necesitaba mi propio espacio.

Después me ayudó a meterme en la ducha y ahí me lavó a conciencia. No tenía claro en qué momento la situación había cambiado hasta derivar a caricias cada vez más intensas. Incliné mi cuerpo contra las baldosas y me penetró por detrás mientras me besaba agarrando con fuerza mi pelo.

—Te amo Elena. Necesito que te toques mientras te follo. Vamos nena.

—Jake yo... no sé. —Gracias a Dios que no podía ver mi cara. Quería morirme de la vergüenza.

—Deja que te enseñe cariño. —Cogió mi mano y me enseñó como tocarme para volverme loca mientras continuaba con embestidas largas y profundas hasta conseguir que llegara al orgasmo.

Luego me soltó para coger más velocidad y correrse con espasmos duros y contundentes, gritando con fuerza mi nombre.

—Te amo cariño.

—Te amo Jake.

—Y ahora nos vamos a trabajar. Tengo muchas cosas pendientes y tú tienes trabajo también. Por cierto, tienes sólo dos semanas para preparar la boda.

—¿Estás loco? Es imposible preparar una boda en sólo dos semanas.

—Dos semanas Elena y después serás mía para siempre. No es negociable.

—No seas obtuso. No da tiempo a preparar nada en condiciones en dos semanas.

—No pienso volver a perderte de vista nunca más. Eres mía para quererte y cuidarte. Cuanto antes lo entiendas antes podremos empezar a vivir nuestra vida juntos.

No sabía si golpearlo o besarlo por lo que acababa de decir. En cualquier caso, me daba la sensación que debía ser yo la que tuviera paciencia hasta que aprendiéramos a convivir juntos, pero en ningún caso iba a someterme a todos sus caprichos. Me volvería loca si eso pasara.

—Luego lo hablamos Jake.

—Dos semanas Elena, ningún día más.

Una hora más tarde salíamos de casa para dirigirnos a la editorial.

—Buenos días Bryan.

—Buenos días Elena.

Me gustaba saber que Bryan estaba siempre cerca de Jake para protegerlo.

Miré a Jake frente a mí que me observaba enfurruñado.

—¿Qué ocurre Jake?

—No me gusta que te tomes tantas confianzas con Bryan —gruñó enfadado.

—Solo le he saludado como una persona educada.

—No es necesario que lo hagas más. Además, a mí no me has dicho buenos días aún.

Ya estábamos otra vez con los celos de mi grandullón. Intentaba aguantarme la risa, pero era un poco difícil disimular.

—¿Te hace gracia, nena?

Ya no pude aguantarme y empecé a reírme a carcajadas.

—Tú te lo has buscado. —Se abalanzó sobre mí y empezó a hacerme cosquillas por todo el cuerpo sin respiro.

—¡Jake! ¡Para, por favor!

—No hasta que no me pidas perdón.

—¡Perdón, perdón! — El muy canalla me soltó de repente volviendo a su lugar y mirándome con prepotencia. Me había provocado para luego salirse con la suya, pero lo que él no sabía es que yo había aceptado el reto.

Me acerqué despacio a él y subí encima de su regazo. Lo miré fijamente

durante varios segundos hasta notar que lo ponía nervioso. Esa era mi mejor arma. Le encantaba que me perdiera en sus ojos. Se excitaba tanto que no era capaz de controlarse. Lo tenía a mi merced y él lo sabía. Bajé la mirada y cogí su miembro con la mano acariciándolo durante unos segundos suavemente, arriba y abajo.

—Buenos días grandullón —fueron mis palabras antes de soltarlo y volver a mi sitio.

Intentó abalanzarse de nuevo sobre mí, pero antes de que tuviera tiempo de hacerlo, el coche paró. Habíamos llegado a nuestro destino, yo excitada a más no poder y Jake con una tienda de campaña imposible de disimular.

Nuestras respiraciones eran fuertes y profundas. Ambos intentábamos recuperar la normalidad. Me miró con deseo para luego salir del coche y ayudarme a salir sin dejar de mirarme.

—¡Jaki cariño! ¡Llegas tarde! ¿Qué te ha pasado?

La voz chirriante de Theresa se oía detrás mío sin compasión. Mi primer instinto fue lanzarme a su yugular, pero conseguí contenerme a tiempo antes de arañarle toda la cara.

—Amor, te dejo con tu amiga. Yo tengo mucho trabajo. —Bajé su boca hasta la mía y le di un beso impresionante, para dejarle claro de que era mío.

Después gemí con pasión, giré y caminé hacia la entrada de la editorial levantando el pecho y moviendo las caderas de forma insinuante. Sabía que Jake no había dejado de observarme en ningún momento y me sentí como una diosa.

“Supera eso guapa” le dije con la mirada a Theresa quien me observaba como venía haciendo últimamente, con odio y rabia.

Le sonreí con prepotencia y entré en la editorial.

Sin embargo, mi triunfo se desvaneció en cuestión de segundos. Había sido una idiota. Por demostrar que Jake era mío, lo había dejado a solas con aquella lagarta.

Respiré profundamente confiando en que Jake hiciera lo necesario para hacer desaparecer a aquella mujer de nuestras vidas. Reanudé mis pasos para llegar a mi despacho, pero alguien me agarró con fuerza alzándome por la

cintura y me encerró en la habitación de la limpieza.

—Chissss. No voy a permitir que no acabes lo que has empezado, nena.

—¡Jake, que haces! —susurré con emoción y excitación a partes iguales.

—Bésame como antes nena. Te necesito.

No quería saber dónde estaba Theresa, pero estaba claro que mucha conversación no había recibido por parte de Jake. Me sentí importante para él. Me había escogido por encima de ella. Lo besé con todo el amor de mi corazón. Quería que entendiera que ya no iba a volver a dudar de él jamás. Pasara lo que pasara siempre tendría mi confianza. Sabía que no existía la posibilidad de que pudiera leer mi mente, pero esperaba que mi beso le demostrara todo el amor y la confianza que había depositado en él. Confiaba y amaba a mi grandullón con todas las consecuencias.

Cuando se dio cuenta, dejó de besarme y me apretó contra él con fuerza.

—Te amo nena y voy a cuidar siempre de ti —susurró con voz ahogada.

—Te amo Jake —y volví a abrazarlo con fuerza contra mí.

—Vete cariño antes de que me lo piense mejor y decida secuestrarte.

Salí disimuladamente de aquella habitación y me dirigí al despacho con una sonrisa despampanante.

Jake

“Joder debo controlarme. Cada vez que la miro deseo follármela. En dos semanas será mi mujer aunque tenga que pasar por encima de ella. No pienso esperar más tiempo para hacerla completamente mía.

Necesito que se centre en mí y en lo mucho que la quiero. Odio cuando su mente se dispersa hacia otras personas. Sé que a los demás no los quiere como a mí, pero no me gusta que pierda un tiempo precioso que podría estar conmigo”.

La regañé en el coche por lo amable que había sido con Bryan a lo que ella se rió como si hubiera hecho alguna gracia. Decidí vengarme y estuve un buen rato haciéndole cosquillas hasta que me pidió perdón. Sin embargo, me

había olvidado de que mi mujer es también bastante vengativa y lo pude comprobar con se subió encima de mi regazo y me miró fijamente. Me excitaba hasta lo imposible la conexión que teníamos cuando nuestros ojos se encontraban. Sabía que era imposible y aun así deseaba no perder jamás ese vínculo.

Me puse nervioso porque pensaba que iba a eyacular en aquel momento. Hubiera sido muy vergonzoso la verdad y me quedé atónito cuando su mano bajó hasta mi pene y empezó a acariciármelo suavemente de arriba a abajo durante unos segundos.

La muy gamberra me soltó de repente y se sentó de nuevo en frente mío.

No pude abalanzarme sobre ella porque el coche acababa de pararse y me sonrió descaradamente cuando se dio cuenta de ello.

Ambos intentábamos recuperar la respiración. Por un fugaz momento estuve a punto de pedirle a Bryan que se pusiera en movimiento de nuevo para poder follármela a gusto, pero decidí que si yo podía sufrir, ella podía hacerlo un poquito también. Era demasiado orgulloso para reconocer que me moría por ella.

Salí de aquel coche conteniéndome a duras penas y procedí a ayudarla a salir a ella también sin dejar de mirarla.

En aquel instante pensé en volver a meterla de nuevo dentro del coche, pero la voz de Theresa nos interrumpió. Mi excitación se desvaneció inmediatamente para volver a renacer cuando Elena me besó. No era un beso cariñoso; era un beso posesivo y carnal y sólo pude quedarme embobado mirando su trasero cuando se fue.

En ese momento decidí que nadie tenía prioridad sobre mi persona más que ella.

—En media hora en mi despacho Theresa —fueron mis únicas palabras antes de ir en busca de mi mujer. Pensaba hacerla desaparecer de mi vida pasar siempre. No quería que nada empañara mi relación con Elena.

La vi a lo lejos ensimismada. Se había quedado inmóvil y su rostro reflejaba preocupación; como si algo la hubiera perturbado. Movié la cabeza como si intentara despertar de un mal sueño y continuó su camino hacia el despacho. Me lancé a por ella, la alcé contra mi cuerpo y la metí conmigo

en la habitación más cercana.

Joder, era tan guapa que me quitaba la respiración. Sencilla pero muy inteligente, cariñosa y con un gran corazón. Sin embargo, también era una gatita cuando la amaba. En aquellos momentos se olvidaba de su timidez para amarme con la misma pasión que yo a ella. ¡Mierda! No me cansaba nunca de mirarla.

Ella también me miraba con deseo crudo. No era consciente, pero realmente tenía todo el poder en esta relación. Haría cualquier cosa que ella me pidiera; cualquier cosa con tal de conservarla conmigo y eso a veces me asustaba. Era la dueña de mi corazón.

Le susurré que me besara y lo hizo. Sin embargo, esta vez algo había cambiado. Sus besos me hacían sentir feliz, deseoso y libre. Por un momento dejé de controlarme para concentrarme únicamente en sus besos. Estaba intentando decirme que me amaba y que había depositado su confianza en mí. Por fin. Era tanta la emoción que sentí en ese momento, que tuve que parar. La observé fijamente anonadado esperando no haberme equivocado.

Sus ojos transmitían lo mismo que me habían demostrado sus besos y lo único que pude hacer para evitar ponerme a llorar en aquel instante, fue abrazarla con fuerza mientras intentaba recomponerme. Necesitaba su abrazo protector. Me sentía el hombre más afortunado del mundo por haber tenido la suerte de conocer a la mujer de mi corazón.

Al final y aunque no me gustaba nada, tuve que soltarla. La otra opción hubiera sido follármela para después llevármela a Las Vegas y casarme con ella hoy mismo, pero le había prometido dos semanas. Y debía cumplir mi promesa.

Capítulo 18

Elena

Tenía entre mis manos el primer ejemplar publicado de mi libro. Me sentía

feliz conmigo misma y estaba deseando envolverlo y regalárselo a Jake. La portada era fantástica tal y como había imaginado. Alex y Lucas habían hecho un trabajo increíble.

—Enhorabuena Elena. Es el primero de muchos libros. Estoy convencida que vas a tener muchísimo éxito. ¡Vamos a celebrarlo! —Después de darme un fuerte abrazo, Emma abrió una botella de cava y sirvió cuatro copas para los que estábamos ahí. Alex, Lucas ella y yo.

Jake se había tenido que ir a otra de sus empresas hacía una hora por lo que aún no había podido explicarle nada sobre el libro. Estaba deseando quedarme sola para poder pensar en la dedicatoria que quería escribirle.

—Flor, Alex y yo tenemos que irnos. Esta noche saldremos a celebrarlo ¿te parece?

—Claro Lucas. Luego nos vemos. —Volvieron a abrazarme y se fueron.

—¿Cómo te sientes, cariño?

—Aún no me lo creo Emma. Espero que guste.

—Estoy convencida de que será así. Nunca he tenido entre mis manos nada tan bueno como tu libro.

—Por cierto, se me olvidó decirte que ya he terminado el segundo libro.

—¡Quééé! ¿¡Cómo se te puede haber olvidado algo tan importante!?

—Bueno, ya sabes que he estado liada con otras cosas. La verdad es que tu hermano no me deja mucho tiempo libre. Y ya que estamos, no te pienses que me he olvidado de lo tuyo con mi hermano así que ya puedes ir confesando guapa.

—Uf que tardes es. Tengo que irme. He quedado en el departamento de contabilidad.

—¡Emma!

—Lo siento cariño, luego hablamos.

—¡No te vas a escapar! ¡De esta semana no pasa que no me digas lo que pasa! —Mis últimas palabras se perdieron en el aire, pues Emma ya se había ido.

Soplé con fuerza y me senté en mi silla de nuevo. Tenía un propósito en

mente y empecé a concentrarme para llevarlo a cabo.

Quería que fuera perfecto, pero era muy difícil escribir con pocas palabras todo lo que sentía por él.

Después de escribirla y envolver el libro, me quedé ensimismada imaginándome como darle el regalo. Esperaba que le gustara la sorpresa y que me dejara seguir trabajando en la editorial con Emma. Se había convertido en mi lugar preferido para escribir.

Tenía muchos planes, entre ellos, si todo iba bien con este libro, seguir escribiendo continuamente. Desde mi viaje por Europa mi mente ideaba todos los días muchas historias a cual más fantástica. Me apasionaba la lectura, pero me había dado cuenta por entonces, que también me apasionaba escribir.

Estaba deseando que Jake me recogiera para darle mi regalo...

—Elena. —Por la puerta entraba Theresa sonriendo desquiciada y apuntándome con un arma.

Cerró la puerta del despacho ante mi sorpresa y entonces comprendí el motivo de aquel odio irracional que había sentido siempre por mí. Ella era mi prima, la persona que me había sentenciado a muerte para acabar con el trabajo de su padre.

Y era también la chica que había intentado asesinarme en la universidad.

Había estado tan distraída intentando recuperar a Jake y ensimismada en mis problemas personales y profesionales, que en ningún momento había asociado a Theresa con aquella chica desquiciada.

Por un momento me quedé sin habla. Su rostro estaba estaba deformado por la ira acumulada. No sabía quién la había dejado entrar y lo único que lamentaba era lo que iba a sufrir Jake cuando se enterara de mi muerte.

“¿Pero qué tonterías estaba pensando? Tenía que intentar sobrevivir como fuera. No iba a rendirme después de haber luchado tanto para encontrar mi final feliz.”

En ese momento me acordé que había dejado el teléfono móvil en el cajón que estaba abierto de mi mesa y conseguí marcar uno de los números de la agenda mientras ella tomaba posición sentada delante de mí. Esperaba que fuera alguien que me conociera bien y pudiera avisar a la policía.

—Por fin te encuentro sola.

—¿Por qué Theresa?

—Por venganza y porqué te odio con todo mi corazón.

—Pero yo nunca te he hecho nada.

—¡Eso no es verdad! —me gritó con furia—. Cada vez que te veo me arrebatas algo. Primero me quitaste a Geoffrey, el amor de mi vida. Perdí mi libertad como consecuencia de ello. Te odiaba tanto que sólo pensaba en lo mucho que te haría sufrir cuando pudiera salir de aquel lugar infernal. Cada día me imaginaba nuevas escenas de torturas para hacerte pagar por lo que me habías hecho, pero para ello lo primero que debía hacer era convencer a todos los médicos de que me había recuperado y de que merecía mi libertad. Fue como engañar a un niño. No me costó nada. —No osé interrumpirla. Era importante distraerla el tiempo suficiente para que pudiera venir alguien a socorrerme o bien yo fuera capaz de encontrar algo con lo que defenderme.

—Llegó el día de mi puesta en libertad y cuál que mi sorpresa cuando te vi junto a tu hermano en una fiesta y me di cuenta que eras mi querida primita. Por culpa de tu padre el mío no pudo recibir su herencia. Manipuló a mi abuelo para que así fuera.

¿Y qué me dices de Jake? Iba a ser mi prometido, pero cuando apareciste en su vida se olvidó hasta de que existía. Intenté amenazarlo para que se olvidara de ti. Pero el muy estúpido está tan enamorado de ti, que me pidió hace unas horas, muy cortés por supuesto, que desapareciera de vuestras vidas.

Te odio con toda mi alma y tu muerte pesará sobre todas las personas que hicieron de nuestras vidas un infierno. —Me apuntó de nuevo a la cabeza para disparar.

—Supongo que eres consciente que en el momento en que dispares, te detendrán e irás a la cárcel durante muchos años. —Se me acababa el tiempo y aún no había encontrado una salida. Intentaba mirar de reojo alrededor del despacho intentando buscar algo que me ayudara a salir con vida.

—Ah querida, que poco sabes de estas cosas. Como comprenderás, no es la primera vez que tengo el placer de matar a alguien. Tu supuesto abuelo fue el primero en sufrir una agonía hasta su muerte y nunca se contempló la

posibilidad de que hubiera muerto asesinado. ¿Te lo puedes creer? El pobre imbécil te cogió tanto cariño que no fue capaz de matarte. Antes de morir me dijo que se sentía tan culpable cada vez que se acercaba a ti que no había podido cuidarte como merecías. ¡Te camelaste hasta el asesino que contrato mi padre! —Estaba horrorizada con todo lo que estaba oyendo. Estaba realmente asustada, pues sabía que iba a ser imposible convencerla de que no utilizara aquella arma contra mí. Su odio era tan grande como su locura.

...En cuanto a ti, bueno...—se miró las uñas de una mano mientras con la otra seguía apuntándome con el arma—, el silenciador hará posible que no se oiga nada hasta que haya podido salir tranquilamente de la editorial. Nadie será capaz de relacionarme contigo jamás. He cubierto muy bien mis huellas.

Y lo mejor está por llegar querida. ¿Quién crees que consolará al pobrecito de tu novio? Como verás lo tengo todo planeado y tú serás la que abrirá las puertas de mi nueva vida. Por fin tendré todo lo que me merezco. —Una rabia como ninguna que hubiera sentido entonces se instaló en mi cabeza. Mi mente empezó a hacer cálculos vertiginosamente hasta que encontré la solución.

—Se te olvida una cosa Theresa.

—¿Y se puede saber qué es?

Era el momento de luchar. Esto se acababa ya y tenía que defenderme. Era ahora o nunca.

—Nunca infravalores la fuerza del amor. —Con toda la energía que pude acumular, levanté la mesa y la dejé caer encima de su cuerpo que golpeó su cara con fuerza. Cayó desmadejada al suelo inconsciente. Unos segundos después, James entraba en el despacho con la respiración agitada.

Rápidamente leyó la escena y se tranquilizó. Se acercó con precaución a Theresa le ató las manos y retiró con el pie el arma que aún se encontraba cerca de ella.

—Peque, veo que lo tienes todo controlado. La policía está al llegar. Ven aquí cariño.

Corrí hacia él y lo abracé con fuerza.

—Ya está cariño. Ya pasó todo. Eres una superviviente. Estoy muy orgulloso de ti. Siento no haber podido llegar antes para ayudarte. Pero por lo

que veo no ha hecho falta. —En ese momento entraba la policía por la puerta y se llevaban detenida a Theresa que había recuperado la consciencia segundos atrás.

Mientras se la llevaban gritaba enloquecida que me iba a matar y muchas otras barbaridades.

Minutos después, Alex, Lucas y Emma entraban corriendo también. Se lamentaban de no haber estado conmigo cuando aquella loca se había personado en el despacho.

Era contradictorio que tuviera que tranquilizarlos cuando era yo la víctima.

—¡Elena! —bramó Jake entrando en el despacho —¡Eres una inconsciente! ¿Se puede saber en qué estabas pensando para enfrentarte a esa loca?

Para asombro de todos los presentes me entró la risa floja.

—No es momento de risas, señorita —continuó Jake— ¿Te acuerdas de lo que te dije que haría contigo la próxima vez que me cabrearas?

La risa se me pasó de golpe. Lo miré avergonzada y excitada por lo que había insinuado delante de mi familia y amigos.

—Ni lo sueñes cariño. Cógeme si puedes. —Y me escabullí por debajo de él corriendo y riendo a la vez.

Lo tenía pegado a mis talones y de pronto me acordé de algo importante.

—Espera Jake. Me he dejado una cosa muy importante en el despacho.

Deshice mis pasos mientras él me esperaba con los brazos cruzados sonriendo canalla.

Los trabajadores se sonreían también disimuladamente. Se habían acostumbrado ya a nuestros enfrentamientos.

Entré de nuevo en el despacho. Todos los demás seguían con la boca abierta intentando averiguar qué había pasado entre Jake y yo segundos antes. Cogí el regalo y me dirigí de nuevo a la salida.

—Estoy lista amor.

Me cogió en brazos y me besó hasta hartarse. Luego se dirigió hacia la

salida y Bryan nos llevó a casa. Me mantuvo entre sus brazos todo el camino. No me soltó en ningún momento.

Le relaté todo lo que había sucedido con Theresa. El porqué de su odio hacia mí y lo que tenía planeado una vez me hubiera asesinado. Cuando llegamos estaba tan enfadado que no sabía si había sido buena idea contárselo todo. Su cara estaba congestionada por el cabreo así que decidí dejarlo unos minutos a solas para que se tranquilizara. Aproveché para darme un baño. Me hacía falta, la verdad, después de aquel día tan horrible.

En ese momento recordé que no todo había sido horrible. Iba a recordar ese día como uno de los peores, pero también como uno de los mejores días de mi vida, por la publicación de mi primer libro.

Llevaba más de una hora en la bañera y Jake seguía sin aparecer, por lo que decidí salir e ir en su busca. No iba a permitir que siguiera enfurruñado, por algo que había sido inevitable.

Me puse un pijama y me desenredé el pelo; luego fui en su busca.

Se me encogió el corazón cuando lo vi derrotado en el sofá del comedor mientras lloraba desconsolado. Corrí hacia él con gran preocupación y angustia.

—¡Jake! ¿Qué te pasa? ¿Te has hecho daño? ¿Dónde te duele? —Le toqué por todas partes buscando daños físicos, pero no encontré nada.

Me abrazó con fuerza sin dejar de llorar. Era horrible ver a la persona que más amas destrozada de esa manera sin saber el motivo.

—Por favor Jake dime qué te pasa.

—Te amo Elena. Por favor, no me dejes nunca.

Comprendí en ese momento que la causa de su estado era el miedo que había pasado por lo que me hubiera podido pasar.

Lo abracé con toda la fuerza que tenía intentando consolarlo lo mejor que pude.

—Te amo Jake y nadie me va a separar jamás de ti.

Un buen rato después de calmó lo suficiente para poder hablar sin dificultad.

—Nena, no quiero esperar más. —Sabía lo que me estaba pidiendo y no pude más que aceptar.

—Vamos Jake. Tenemos una boda que celebrar.

Epílogo

Ese día acabé casada con el amor de mi vida.

Hacía breves minutos me había casado con Jake. La boda había sido perfecta. Habían acudido las personas más importantes de mi vida y aunque mis padres refunfuñaban por las prisas de la celebración, prometimos hacer algo más elegante en los próximos meses.

Eran el lugar y el momento perfectos. Estaba muy orgullosa de lo que había conseguido hasta entonces y feliz de poder compartirlo con el amor de mi vida.

—Nena nos vamos —me susurró al oído, mientras me acariciaba con fuerza el trasero.

—¡Jake, no podemos! Hemos prometido quedarnos por lo menos a cenar.

—¡Ni hablar! Eres una descarada. Has sido tú quien ha aceptado sin mi consentimiento. ¡Vámonos!

—No. Y ni se te ocurra ponerte en plan posesivo porque entonces dormirás en el sofá. —Lo miré enfurruñada cruzando los brazos sobre mi pecho.

Delante mío estaban mis padres y todos los demás observándonos pasmados.

—Ni lo sueñes nena. —Se acercó a mí y con sólo un par de movimientos estaba encima de sus hombros.

—¡Jake Thorn! ¡Suelta a mi hija ahora mismo! —Mi madre le gritaba escandalizada. Alex, Lucas, Emma y James estaban muertos de la risa. Mi padre observaba en silencio a Jake como si lo estuviera evaluando.

—Jamás. Ella es mía. —gruñó—. Estáis todos invitados a la cena y a lo que queráis, pero ya os he visto demasiado y quiero estar con mi mujer a solas por los menos durante un mes. Os avisaremos cuando volvamos.

Salió del restaurante y se dirigió al ascensor conmigo en la misma posición. Lo último que pude ver fue a mi padre que sonreía complacido y feliz. Hasta que no llegamos a la habitación no me bajó. Lo hizo muy lentamente, pues estaba preocupado. No había abierto la boca desde que me había agarrado en el restaurante.

—Elena

—Mmmm?...

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —Realmente parecía muy preocupado.

—No... claro que no cariño. —Me encantaba mi grandullón. Tenía que reconocer que esa vena posesiva me gustaba demasiado—. Jake...

—Dime nena. —Su voz profunda era tan deliciosa que después de seis meses seguía perdiendo el habla.

—Ven conmigo. —Le cogí de la mano y me acerqué a la maleta para sacar un paquete de dentro. Luego nos acercamos a la cama y él se tumbó boca arriba. Yo me quedé sentada cerca de él, con el paquete entre mis brazos.

—Me gustaría hacerte un regalo. Hoy ha sido un día complicado para los dos, pero también uno de mis mejores días por dos razones. La más importante es que he podido casarme con el amor de mi vida. —Me besó apasionadamente durante breves momentos. Luego me separé para coger aliento. Tuve que parar porque se nos estaba yendo de las manos y necesitaba acabar de explicarme.

—Nena, ven aquí —gruñó suavemente mi grandullón.

—Espera Jake. Sólo un momento. Como te decía, quiero darte un par de cosas. Cuando estuve viajando, hace unos meses, hice dos cosas que me ayudaron a recomponerme de mi depresión y quiero compartirlas contigo.

La primera es esta. Le enseñé el diario que había creado durante mi viaje.

—Creía que te había perdido para siempre y me consolaba pensar que podía tener un pedacito de ti en este diario. —Observaba el diario concentrado mientras me escuchaba—. Quería tener un recuerdo del tiempo que pasé contigo pues sabía que nunca jamás podría querer tanto a alguien como te había amado a ti. Como te he dicho me consolaba pensar que este diario me acompañaría en las noches que no pudiera soportar tu pérdida. — Me puso encima suyo y acercó su cara a la mía para besarme de nuevo con fuerza.

—Elena, siento no haberme dado cuenta de que la nota no era tuya. Sabía de ti desde que te vi por última vez aquel día de la fiesta. Te vi tan mal que contraté a un guardaespaldas que me informaba de todos tus movimientos y se preocupaba de que no te pasara nada. Pero en ningún momento fui capaz de prever que estabas sufriendo por mí. Si lo hubiera sabido nos habríamos ahorrado mucho dolor.

—No te culpes Jake. Fui yo la que no confié en ti y la que huí por miedo a sufrir. Aunque ambos sufrimos mucho, probablemente fue lo mejor que pudo pasarnos. Aprendí a ver la vida de otra manera y maduré.

Por entonces, tenía muchas cosas que explicar, pero a nadie a quien contárselas así que, para no volverme loca, decidí empezar a escribir. Le enseñé lo que había escrito a Emma sin decirle que yo era la autora. Le gustó tanto que decidió publicar la novela. Me gustaría regalarte la primera copia que se ha impreso hoy. Espero que te guste tanto como a mí me ha gustado crearla.

—Será un honor recibirla, Elena —cogió mi presente emocionado—. Cariño, yo también tengo que confesarte algo. Yo fui la primera persona que leyó tu novela. Antes que Emma. Sabía que tenías contacto con ella y tenía acceso a su ordenador. Siento haber espiado a mi hermana, pero nada me iba a impedir que te pudiera proteger de cualquier amenaza.

Cuando la leí, lo primero que pensé fue que iba a recuperarte, aunque tuviera que raptarte y convencerte para quedarte conmigo; Alguien tan

increíble para crear algo tan maravilloso, era imposible que me hubiera hecho tanto daño a propósito; pero luego empezaron a amenazarme y el resto ya lo sabes.

Quiero que sepas que no hay nadie en este mundo que te conozca mejor que yo. Que te siento aquí —susurró señalándose el corazón —y que lo que más aprecio es que confíes en mí. Sé que para ti ha sido muy difícil depositar tu confianza en alguien, pero te prometo que jamás te arrepentirás. Te amo Elena, para siempre.

—Jake, no tendría que haber sido difícil para mí confiar en ti. En cada paso que has dado me ha demostrado siempre que eres una gran persona. Soy consciente de que la culpa es mía y aunque no es excusa, realmente he aprendido por primera vez lo que es el amor desde que estoy contigo. Jamás había podido experimentar algo parecido y no lo haré nunca más. Te amo ciegamente y siempre lo haré.

Cariño, lee la dedicatoria del libro.

Abrió el libro y empezó a leerla. Conforme pasaban los segundos sus ojos se empañaban cada vez más.

*Luchaste por mi corazón aún a pesar de mis miedos
Me cuidaste y amaste sin pedir nada a cambio
Eres el hombre más noble y cariñoso que he conocido
y me siento orgullosa de poder decir que te amo con todo
mi corazón. Gracias a ti encontré mi camino en la vida.
Eres mi grandullón, la persona a la que más he querido
y querré en mi vida.
Mírame siempre Jake.
Te amo.
Elena*

—Elena, te amo. Mírame siempre nena.

—Jake, te amo. Mírame siempre cariño.

Fin

